

Chris Razo

Beijos
com Sal!

Chris Razo
Besos
con sal



Título: *Besos con Sal*
2ª edición: marzo de 2020
© 2020 Chris Razo
Diseño de portada: Roma García
Corrección: Raquel Antúnez
Maquetación: Raquel Antúnez
Imágenes del interior de la maqueta: diseñado por Freepik

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial del libro sin permiso de la autora.

«La cocina es un lenguaje mediante el cual se puede expresar armonía, felicidad, belleza, poesía, complejidad, magia, humor, provocación, cultura».

Ferran Adrià

«La creatividad no llega en minutos, ni en horas: la creatividad llega en el momento que tiene que llegar».

Ferran Adrià

«Hemos convertido nuestra pasión en nuestra profesión».

Joan Roca

A todos los que hacen que mis sueños cobren fuerza.

Índice

[Prólogo](#)

[1 Comienzos](#)

[2 Besos con sal](#)

[3 Locuras](#)

[4. Todo sale a la luz](#)

[5. A destiempo](#)

[6. Tiempo para todo](#)

[7. Solo tienes que confiar](#)

[8. No te he fallado](#)

[9. Complicado](#)

[10. Viviendo el amor](#)

[11. Sintiendo](#)

[12. Decisiones difíciles](#)

[13. Duele el corazón](#)

[14. Volando](#)

[15. Verdades](#)

[16. Despedida](#)

[17. Lo que pudo ser y no fue](#)

[15 de octubre](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Me llamo Sara y estoy a punto de coger un avión para cometer una de las mayores locuras de mi vida. No lo hago sola, me acompaña mi amigo Samuel. Ambos nos vamos a Ibiza a probar suerte, nuevas experiencias y para encontrar el trabajo que no conseguimos aquí, en Zaragoza. Sí, es un cambio radical, pero nos gustan los retos.

Cuando Samuel y yo nos conocimos, los dos estábamos pasando por un mal momento sentimental y, sin haber hablado demasiado antes, nos contamos nuestros problemas. Creo que esa conexión que sentimos fue tan especial que nunca más pudimos separarnos.

Él es una persona risueña, muy responsable; aunque, en ciertos momentos, también muy alocado.

Hacemos una buena pareja, Samuel me da esa parte responsable, y yo le apporto la locura y las ganas de vivir.

Ninguno hemos tenido suerte en el amor. Yo rompí con el que fue mi novio durante tres años. No fue una ruptura fácil, incluso en ciertos momentos me acuerdo de él y me embarga la tristeza, aunque trato de mantenerla a raya. Nuestra ruptura sucedió hace más de un año y casi lo tengo superado.

Samuel, por su parte, es un enamorado, aun así, tampoco es capaz de olvidar a su ex. Un hombre que le dejó marcado y al que solemos poner verde en nuestras tardes de palomitas de colores y sofá.

Nuestro viaje es una nueva oportunidad. Hace unos meses terminamos nuestro Grado en Hostelería y decidimos que nuestra primera parada sería en Ibiza. Vamos recomendados a un restaurante que está al lado de la playa y parece que promete.

Empieza nuestra nueva vida.

1. Comienzos

Sara

Nunca he sido muy amante del mar, quizá sea porque no he disfrutado mucho de él, aunque tengo que decir que Ibiza es impresionante. Solo llevamos unas horas aquí y no me puedo sentir más feliz. Estamos en abril y la temperatura es exquisita. Samuel está como loco desde que llegamos, supongo que salir de Zaragoza ha sido una dosis de energía para él.

Tratamos de descansar, pero nuestra charla se prolonga hasta las cuatro de la mañana. Ambos estamos inquietos por lo que sucederá mañana. Somos buenos o eso dijo nuestro profesor. Y, aunque en ocasiones parecemos todo lo contrario con nuestra actitud alocada, muy responsables en el trabajo.

A la mañana siguiente, antes de que Samuel se despierte, yo ya he preparado café y estoy sentada al lado de la ventana. Hemos tenido mucha suerte. Conseguimos un apartamento frente a playa d'n Bossa, a tan solo cuatro minutos del trabajo. Por lo que nos dijeron, los precios por esta zona suelen ser desorbitados, aun así, al venir recomendados la suerte parece estar de nuestra parte.

Espero que nuestra entrevista salga bien y podamos empezar una nueva vida en este lugar tan maravilloso.

Dos horas más tarde estamos en el que puede ser nuestro restaurante. Por fuera se ve precioso y por dentro solo puedo decir que es espectacular. Está todo decorado en blanco y azul, con varios vinilos relacionado con el mar por las paredes. Las mesas son de color blanco y las sillas siguen la misma línea, aunque con toques azules. Las luces son... impresionantes. Cuelgan desde arriba y tienen forma de tenedores, cucharas y cuchillos, me pregunto de dónde habrán sacado algo tan original. El sitio es capaz de dejar sin aliento a cualquiera que entre por esa puerta. La comida no sé cómo será, de lo que sí estoy segura es de que yo pagaría por sentarme en cualquiera de esas sillas, aunque la comida fuera horrible.

Cuando llegamos nos hacen esperar solo unos minutos. Primero me entrevistan a mí. Al otro lado de la mesa, quien pregunta es un chico de unos treinta y tantos años, rubio, con el pelo corto, muy alto y, por qué no decirlo, muy atractivo. Me pide que le cuente mi experiencia y por qué quiero trabajar aquí. Trato de no enrollarme demasiado. El hombre me mira interesado y sonrío de vez en cuando. Cuando termino con mi discurso, es él el que comienza a hablar. Me comenta cómo funcionan las cosas en el restaurante y cómo quiere que se trabaje. No buscan a nadie temporal, necesitan personal estable con el que reforzar la plantilla. Me cuenta que ellos viven mucho del turismo del verano, aunque tienen clientes durante todo el año. Su restaurante es uno de los más conocidos de la isla y viene gente incluso del extranjero. En medio de la charla menciona a su socio, pero no vuelve a hacer referencia a él durante el resto de la entrevista. Lo que sí me asegura es que están muy pendientes de que las cosas marchen bien y que quieren a gente responsable, entusiasta y con mucha tolerancia al estrés. Algo que no me preocupa demasiado. Cuando terminamos, estrecha mi mano y me dice: «Bienvenida a bordo». Contesto con un «gracias» y una amplia sonrisa. Ha sido más fácil de lo que esperaba.

Por suerte, a Samuel le va igual de bien, y ambos salimos entusiasmados del que será o, mejor dicho, es nuestro nuevo trabajo. Creo que las referencias que han dado de nosotros han

ocasionado que consigamos el puesto.

Esa noche lo celebramos por todo lo alto y decidimos cenar en uno de los restaurantes de la playa. Charlamos, bebemos vino, nos reímos y recordamos todo lo vivido meses atrás. Fueron duros y en muchas ocasiones estuvimos a punto de tirar la toalla, no obstante, aquí estamos, dispuestos a formar parte de uno de los restaurantes más importantes de Ibiza, y juntos, que es lo más importante.

2. Besos con sal

Sara

Al día siguiente, llegamos puntuales al restaurante. Empezaremos haciendo un turno de comida y, según vayan comprobando cómo nos desenvolvemos, aumentará nuestro horario.

En cuanto llegamos conocemos a todos los compañeros, que nos reciben muy amablemente. En total somos ocho camareros en sala, dos en barra, el cocinero y cuatro pinches. Una recepcionista, que se ocupa de los clientes a su llegada, junto con las reservas; el gerente, que es el mismo hombre que nos hizo la entrevista, y parece que por el momento no hay nadie más.

El primer día resulta agotador, pero Samuel y yo salimos muy satisfechos. Conseguimos integrarnos rápidamente al equipo, algo que no es muy complicado, ya que nuestros compañeros son estupendos. Pronto formamos una piña y los días en el trabajo se vuelven especiales.

Un mes más tarde, ocurre algo en el restaurante que hace que todo se transforme.

Ese día cambio mi turno de mañana por el de la noche. Llego con tiempo, así que decido entrar en la cocina para coger una botella de agua. Cuando estoy abriendo la nevera, alguien me sorprende por detrás.

—¿Cogiendo cosas sin permiso?

Una voz de hombre me sorprende. El botellín de agua cae al suelo, me agacho para cogerlo y, cuando lo hago, me encuentro con algo que no esperaba. Un hombre de ojos azules, moreno y con el pelo revuelto. Sus ojos se clavan en mí, y nuestras manos se tocan al intentar coger ambos la botella. Me quedo embobada mirándole. Nunca había visto unos ojos con ese azul tan intenso. Trato de recomponerme y me pongo de pie.

—Lo siento. Pensaba que estaba sola —intento disculparme.

—No quería asustarte. Puedes coger lo que quieras. Soy Cristian. No me había presentado. —Me tiende la mano.

—Soy Sara. Encantada. ¿Eres nuevo? —pregunto curiosa.

—No, exactamente. Soy el chef, pero estaba de viaje.

—¡Vaya! No lo sabía. Nunca te había visto por aquí.

—Yo tampoco. Hace poco que trabajas aquí, ¿verdad?

—Algo más de un mes.

—Justo lo que llevo yo fuera.

—Entonces, ¿nos veremos por aquí?

—¡Claro!

Me dedica una sonrisa, y mi corazón se acelera; nada preocupante. Desde que la relación con mi ex se terminó no he vuelto a tener ningún lío, solo con él. Lo dejamos, aunque nuestros encuentros sexuales han seguido ahí. Hasta el momento no era algo que me importara.

—Tengo que empezar a montar cosas. No quiero que el jefe se enfade.

—Dudo que eso ocurra.

—La verdad es que no sé si él es jefe de todo esto. Cuando hice la entrevista entendí que eran dos socios, pero desde que estoy aquí no he visto a nadie más. ¿Tú lo conoces?

—Se podría decir que sí.

—¿Viene mucho por aquí? —En su cara se dibuja una sonrisa, y me doy cuenta de que

estoy preguntando demasiado—. Lo siento. No me gusta ser cotilla.

—No te preocupes. Yo creo que tarde o temprano lo conocerás. Es un buen chico. Se toma muy en serio su trabajo y cuida de cada una de las personas que forman Besos con Sal.

—Parece que lo conoces muy bien. ¿Hace mucho que trabajas en el restaurante?

—Desde que se abrió.

—¡Vaya!

—¿Qué tal tu primer mes aquí?

—Genial. Ibiza es una isla muy especial y este trabajo, aunque es muy estresante, me gusta mucho. Además, los compañeros son fantásticos.

—Me alegra saberlo. ¿No eres de Ibiza? —pregunta con curiosidad.

—No. Soy de Zaragoza. Cuando acabé hostelería quise cambiar de aires. Desde luego, fue la mejor decisión.

»Bueno, Cristian, ha sido un placer conocerte, pero ahora sí que tengo que empezar a montar todo. Nos veremos por aquí. —Le dedico una tierna sonrisa y me dirijo a la puerta, cuando él vuelve a hablar.

—Sara, no te lo he dicho..., me encanta tu pelo. —Me sonrojo al oír eso. Sé que su color no es muy particular, pero a mí me encanta.

Cuando decidí ponerlo rosa, sabía que era algo que llamaría la atención, aunque no me importó. Supongo que las personas que arriesgamos tanto con estos colores tenemos una personalidad muy marcada.

Mi madre siempre me decía que el rosa en mi cabello me traería problemas en el trabajo, hasta ahora eso nunca ha ocurrido, no ha sido un impedimento.

En menos de diez minutos tengo todo listo. Rubén, el gerente, entra y se dirige a mí. Me pregunta qué tal va todo. Hablamos un rato antes de abrir. Me comenta que esta noche solo estaremos nosotros dos para todo el local, hoy dejará de ser el dueño para ser un camarero más. No pregunto lo que ha ocurrido con los demás. Cojo aire y trato de mantener la cabeza fría. Una noche en Besos con Sal puede ser una locura y, cuando falta personal, mucho más. Aun así, soy una mujer que no le teme a nada, así que sigo adelante con todo.

Al principio todo parece tranquilo, hasta que dan las nueve y media, cuando los comensales comienzan a llegar, y yo, a correr. No sé cómo lo hago, pero todo sale perfecto.

A las tres terminamos de recoger la sala, y Rubén me dice que me vaya, está muy contento con el trabajo que he hecho. Me quedo sentada en un muro cercano a la playa y observo el paisaje, algo que me da mucha paz. Ha sido una noche dura, sin embargo, he salido airosa de la situación. Me enciendo un cigarro y pienso en mi familia. Sobre todo, en mi madre. Dos lágrimas se deslizan por mis mejillas que me apresuro a secar. «No, Sara, no es momento de ponerse triste. Tienes que sentirte orgullosa por cómo han salido las cosas esta noche», me digo a mí misma.

Alguien roza mi espalda, y me sobresalto. Esos ojos azules aparecen de nuevo. Cristian me dedica una sonrisa.

—Parece que siempre te asusto. Lo lamento —dice apenado.

—No te preocupes. Estaba distraída.

—¿Qué haces aquí tan tarde? Ya me ha dicho Rubén que has hecho un servicio excelente.

—Necesitaba respirar un poco. Ha sido una noche dura. Por suerte todo ha salido bien. ¿Has hablado con Rubén? —pregunto sorprendida.

—Sí. Creo que estar los dos solos en sala ha sido una completa locura, pero está muy contento.

—Me alegro mucho de eso. No ha sido fácil. Te juro que no sabía a quién le estaba

sirviendo cada plato, mis pies andaban solos. Gracias a Rubén todo ha salido perfecto. Se nota que está acostumbrado a trabajar bajo presión.

—Todos lo estamos. Para trabajar aquí es necesario. Te acostumbrarás. No creo que te quede otra.

—Las mañanas son un poco más calmadas. ¿Tú siempre estás de noche?

—Hasta hace un mes doblaba turno. Tanta presión, y no descansar, empezó a pasarme factura, así que decidí que durante los meses más flojos bajaría el ritmo e iría solo por la noche que es cuando más jaleo hay.

—¡Vaya! Eso debe de ser una locura.

—Lo es. Pero, tranquila, también te tocará. El verano es mucho peor que ahora. Por eso siempre hay que ampliar plantilla. Normalmente, unos meses antes, para que el equipo esté bien formado cuando llega la temporada alta.

—Me estás asustando. —Mi cara es de preocupación, él vuelve a sonreírme, lo que hace que me relaje.

—No pretendo eso. Solo quiero que estés preparada. Aquí el trabajo es muy duro. Es cierto que el dinero y el estar en esta isla hacen que lo que pasa dentro de Besos con Sal no te parezca un infierno.

—Solo espero estar a la altura. Volver a Zaragoza no es algo que esté en mis planes.

—¿No echas de menos nada de allí?

—Sí, pero son cosas que quiero olvidar. Estar aquí es un paso hacia delante. No sé si este será mi sitio, sin embargo, sé a dónde no debo ir de nuevo. —Sé que Cristian tiene curiosidad por lo que acabo de decir. No suelo hablar de mi vida privada con alguien a quien acabo de conocer, mejor dicho, no hablo de eso con nadie, solo con Samuel—. Creo que es hora de irse.

—Sí. Es un poco tarde. ¿Quieres que te acerque a casa? —Pienso detenidamente en la respuesta. Es un compañero de trabajo, no lo conozco de nada, bien podría ser un psicópata—. Veo que me estás analizando para saber si soy un depravado o, por el contrario, puedes fiarte de mí.

Una sonrisa pícaro asoma por la comisura de su boca, provocando un escalofrío en mí.

—No puedo negarlo. Se escuchan y se ven tantas cosas...

—Tampoco quiero que te sientas mal. Si quieres podemos pedir un taxi. Esperaré contigo hasta que llegue y después me iré a casa. ¿Te parece? —Ahora soy yo quien sonrío.

—Me parece una buena idea.

Ambos nos quedamos charlando hasta que llega el taxi. Me cuenta cómo son sus días en la isla, lugares a los que ir... Tan solo pasan quince minutos, pero puedo decir que me hubiera gustado que fuera una hora más. Tengo que reconocer que Cristian es un chico muy simpático y agradable, aparte de estar como un queso.

3. Locuras

Sara

Al día siguiente entro a las doce. Cuando llego, Rubén me pide que lo acompañe al despacho, y yo empiezo a inquietarme. Ayer parecía muy contento con mi trabajo y hoy su semblante es demasiado serio.

—Siéntate, Sara. Quiero hablar contigo.

—Tú dirás. —Mis manos comienzan a temblar.

—Ayer fue una noche complicada, pero supiste defenderte muy bien. Me quedé muy sorprendido y, después de darle vueltas toda la noche, tengo algo que preguntarte. —Trago saliva—. Quiero saber si te gustaría quedarte fija en el turno de noche. Es cuando más flujo de clientes hay y, viendo cómo te desarrollaste ayer, sé que te necesito en ese horario. Sin embargo, no me gusta obligar a nadie a estar en un turno tan complicado. Lo que sucedió anoche no tiene nada que ver con lo que pasa cuando es temporada alta. Por eso necesito que te pienses muy bien la decisión. Tengo a los mejores en el turno de noche, quiero contar contigo solo si tú estás de acuerdo con ello. —«¿Pasarme a la noche? ¿Me considera como una de las mejores? ¡Madre mía! ¿Qué se supone que tengo que contestar?», pienso—. No tienes que responderme todavía. Puedes tomarte unos días.

—Sí. Acepto. Gracias por pensar en mí —respondo con una sonrisa.

—¿Estás segura? Tienes tiempo antes de decidirte.

—Sí. Lo de ayer fue una locura, aunque tengo que reconocer que prefiero trabajar así. El tiempo pasó volando. Solo espero no defraudarte.

—Estoy seguro de que eso no ocurrirá. Confío mucho en ti. Ayer me demostraste que tienes madera para esto. Bienvenida al turno de noche, señorita. —Rubén me regala una bonita sonrisa y me tiende la mano.

—Gracias de nuevo.

—A ti. Creo que fue un acierto contratarte. —Me sonrojo al escuchar sus palabras—. Puedes cogerte el día libre mañana y te espero aquí el viernes en el turno de noche. Sé puntual, por favor.

—No te preocupes. Estaré aquí antes de las siete. Me voy a trabajar.

—Nos vemos luego. —Salgo del despacho con una sonrisa en los labios.

Lo que menos esperaba es que me fuera a pedir algo así, es más, me había puesto en lo peor y pensaba que había hecho algo mal. Ahora la sonrisa me acompañará durante todo el día.

Cuando salimos de trabajar, Samuel y yo decidimos ir a tomar algo y después a dar un paseo por la playa. Le pongo al día de todo lo que sucedió anoche y también de la propuesta de Rubén. Por supuesto, mi amigo se queda con la parte que le interesa, me pregunta por el chef *buenorro*, el apodo que ha decidido ponerle.

Por más que le digo que no pasó nada, y que simplemente me cayó muy bien, que creo entre nosotros puede desembocar una relación de amistad. Ignorando completamente mis palabras, entre burlas y bromas, me dice que el viernes me recogerá por la noche para ver a «nuestro cocinero». No puedo hacer otra cosa que reírme, la verdad.

Más tarde llegamos a casa, preparo algo de cena y seguimos con la charla.

—Hay algo que no te he contado —comienza diciendo Samuel. Por su cara, puedo imaginarme que lo que tiene que decirme no me va a gustar demasiado.

—Sorpréndeme, amigo.

—Anoche me llamo Saul.

—¿Y?

—Me preguntó qué tal estaba, si me iba bien en el nuevo trabajo, si lo echaba de menos...

—¡Samuel! —le reprendo. Conozco a la perfección lo que viene después de eso.

—No me regañes. Sabes muy bien la debilidad que siento por ese hombre.

—Por eso mismo, porque lo sé y también sé lo mal que lo pasas cada vez que te deja tirado. ¿No lo habías bloqueado? —pregunto cabreada.

Sé lo que ese chico es capaz de hacer con mi amigo. Y, al final, el resultado siempre es el mismo: Samuel tirado en mis brazos llorando por un cabrón que no tiene corazón.

—Sí, pero lo quité. ¡Vamos, Sa! Entiende que necesito hablar con él. Solo intentaba saber si me echaba de menos.

—¡Claro! ¿De verdad piensas que lo hace? Hace años que juega contigo y luego te deja tirado, Samuel. Por favor, abre los ojos. —La conversación se empieza a acalorar, y mi amigo se levanta de la mesa.

—¡No quiero discutir de nuevo contigo por este tema! Buenas noches.

Me quedo sola en la mesa. Samuel y yo casi nunca discutimos y, cuando lo hacemos, siempre es por el mismo tema: su maldito ex. Es cierto que yo tampoco he pasado página, aunque lo mío es muy diferente, no tengo tanta dependencia, y ambos sabemos muy bien a lo que jugamos; pero, en el caso de ellos, Saul se aprovecha de sus sentimientos para obtener lo que quiere y después dejarle en la estacada. Estoy cansada de ser testigo siempre de la misma historia. Samuel se merece a alguien mejor en su vida y no a un idiota que lo único que hace es destrozarle el corazón.

Me paso toda la noche recapacitando sobre nuestra conversación. Samuel sabe muy bien cómo odio irme cabreada con alguien a la cama y, aun así, se ha marchado sin arreglar las cosas. No puedo hacer nada más que pensar que mañana verá las cosas con otra perspectiva. Espero que pueda entender que lo único que quiero es su bienestar. Él haría lo mismo conmigo.

Cuando me levanto al día siguiente, él ya no está, y yo aprovecho para darme una ducha y salir. Necesito desconectar un poco de todo. Decido hacerme unos sándwiches e irme a una de las calas que Cristian me recomendó. Al recordarlo sonrío. Según Samuel, ese chico me gusta, yo creo que solo son cosas de él. Solo me parece atractivo y tengo muy claro que en el trabajo no se deben tener líos amorosos.

Cristian

Hoy es mi día libre y estoy tan cansado que no me apetece hacer nada. El domingo me toca salir de viaje otra vez para ultimar las cosas del nuevo restaurante de Barcelona. Rubén está de los nervios y, por consiguiente, me pone a mí también del mismo humor. Estamos teniendo problemas con las licencias y la fecha de apertura se retrasará hasta verano, algo que queríamos evitar por todos los medios, porque es el periodo en el que más trabajo hay en Ibiza, y me temo que es algo que no vamos a poder impedir.

Quiere que yo me vaya a trabajar allí los primeros meses, pero yo no estoy demasiado contento con ello. Ibiza es como mi punto de paz. Sé que también es mi negocio, sin embargo, no me entusiasma la idea de tener que cambiar de residencia por unos meses, aunque, conociendo a

Rubén y sabiendo lo terco que es, creo que no me va a quedar más remedio.

Sonríó al recordar lo que hizo ayer con la nueva. Les dio el día libre a todos los compañeros del turno de noche, solo para saber si aguantaría la presión. Y claro que lo hizo, es más, nos sorprendió a los dos. Cuando ella se marchó, ambos charlamos y coincidimos en que esa chica tenía que pasar al turno de noche. Tiene madera para este negocio y la mente fría en situaciones de mucha tensión.

Si por algo nos ha funcionado siempre Besos con Sal es porque nos hemos rodeado de buenos profesionales y hemos creado un equipo increíble. Muchos se han marchado para abrir sus propios negocios y nos sentimos orgullosos de que lo hayan conseguido gracias a Besos con Sal. Lo cierto es que es el restaurante de referencia en la isla y trabajamos mucho, y muy duro, durante todo el año. Cuando lo montamos lo hicimos con los ahorros de los dos y un préstamo que pedimos al banco, cagados de miedo, aunque con toda la ilusión del mundo.

Rubén y yo hemos sido amigos desde el instituto. Él estudió Dirección de Empresas, y yo me fui a estudiar a una escuela de cocina en Londres durante tres años. Desde que era pequeño siempre quise ser cocinero, mejor dicho, un chef reconocido. Rubén siempre me dice que, con mi talento, debería de estar recorriendo el mundo. Lo cierto es que me gusta estar dentro de Besos con Sal, en la cocina, y disfrutando de cada plato. Mi sueño es montar una escuela para que la gente aprenda a cocinar, pero con la apertura del nuevo restaurante todo se ha desvanecido. Un par de veces al año voy a algún seminario o hago algún curso para que la gente aprenda trucos de cocina, aunque lo que de verdad me gustaría es poder formar cocineros, enseñarles cada cosa que yo aprendí. Por el momento, es un sueño más que cumplir.

Rubén me llama esa misma mañana para decirme que el viernes tengo que encargarme de todo por la noche, porque ha quedado con unos posibles inversores.

Por el momento, no quiero que Sara se entere de que yo también soy el jefe. Me gusta mucho hablar con ella y sé que cuando descubra quién soy en realidad no volverá a ser la misma. Aunque no sé cómo lo haré, tiene que seguir pensando que solo soy el chef de Besos con Sal.

Sara

Por la tarde, cuando llego, Samuel se está preparando algo de comer. Me mira con gesto serio, pero enseguida corre a mis brazos.

—Siento lo que dije ayer. Sé que tienes razón en todo. Me di cuenta de que nos fuimos enfadados a dormir sabiendo lo que eso significa para ti.

—No pasa nada. Solo espero que no vuelva a pasar. He estado todo el día pensando en ti y en lo que ocurrió. Solo quiero tu felicidad, y ese tío no lo es, Sa.

—Lo sé. Sé que tienes razón. Tú solo tratas de que no vuelva a estamparme contra esa pared, pero...

—Estás enamorado. —Samuel asiente con la cabeza, y comprendo que hay cosas que no se pueden controlar. Le acaricio la cara, y él me sonrío.

—Ahora cuéntame cómo te ha ido en tu día libre —añade.

—Bien. He ido a una de las calas que... —Me detengo, y él levanta la ceja. «¡Mierda! Demasiado tarde», pienso.

—Continúa. Creo que me va a gustar cómo acaba tu frase. —Ríe maliciosamente, y yo pongo los ojos en blanco.

—Sé que vas a empezar con tus conjeturas, sin embargo, antes de que puedas decir nada, te comento que el sitio salió de una misma charla que tuvimos. Cristian me recomendó una cala, y

hoy he ido allí a relajarme. —Mi amigo me mira con gesto malvado y no para de sonreír. En cualquier momento dará paso a unas de sus maravillosas frases.

—¿Qué romántico! Te recomienda calas. ¿Y no será que te ha acompañado?

—¿Por qué dices tantas tonterías?! Por supuesto que no.

—He oído por ahí que también es su día libre.

—Samuel, por favor. Este tema ya no tiene ninguna gracia, ¿de acuerdo? Ya te lo he dicho; solo tenemos una relación cordial, somos compañeros. No sé para qué te cuento nada, de verdad.

—Mi tono es de cabreo. Puede ser muy persistente cuando quiere.

—Está bien. El tiempo me dará la razón. ¿Qué tal está ese sitio? ¿Recomendable?

—Mucho más que eso. Es muy especial. Me he relajado muchísimo. Lástima que no me haya podido quedar más tiempo.

—Podríamos ir una noche y me lo enseñas. ¿Qué te parece?

—Querrás decir una madrugada. Te recuerdo que he cambiado mi turno al de noche.

—Podemos ir el día que libres. Yo seguiré estando en el turno de mañana. Parece que no he impresionado al jefe. —Me da un codazo, y ambos reímos. Apoyo mi cabeza en su hombro mientras suspiro—. Todo va a salir bien, Sa. Te lo mereces.

Quiero creer en las palabras de mi amigo. Necesito que, por fin, este sea mi sitio.

Al día siguiente, me levanto tarde. La conversación con Samuel se alargó hasta altas horas de la madrugada y necesitaba descansar para poder estar activa esta noche. Es viernes y los fines de semana siempre hay más jaleo.

Llego antes de las siete al local y todavía no hay nadie. Algo que me parece raro porque normalmente Rubén siempre viene antes. Cuando estoy apoyada en el muro del restaurante, veo a un hombre aparcar su moto, se quita el casco y mi corazón comienza a acelerarse. Viene vestido con una chupa de cuero abierta, debajo una camiseta ajustada lo justo para que se marquen todos sus abdominales. Baja su pierna para ponerla en el asfalto y con la mano se revuelve el pelo. La boca se me seca y no puedo quitar mi vista de él.

Si Samuel pudiera ver esta escena, me diría que estamos a punto de presenciar una película porno, pero, por suerte, solo yo puedo ver y sentir lo que este hombre provoca en mí. Se acerca y me sonrío.

—Hola. Perdona, no sabía que estabas esperando aquí. —Me quedo embobada mirándole y soy incapaz de pronunciar palabra—. ¡Sara! ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estaba distraída.

Él se ríe, y yo solo puedo pensar en lo ridícula que parezco. ¿Se habrá dado cuenta de mis miradas? ¡Dios! Ahora tendré fantasías con las motos.

—Me encantaría saber en qué estás pensando —dice en tono juguetón. «¡Ay, Cristian! Yo prefiero que no lo sepas».

—¿Entramos? —digo tratando de esquivar el tema.

—¡Claro! —Él coge las llaves del bolsillo de su mochila y sube los cierres. Ya dentro enciende las luces y se dirige a la barra para encender la máquina—. Todo listo. ¿Llevabas mucho tiempo fuera?

—Solo diez minutos. Me gusta venir siempre con tiempo.

—Sí, a mí también, pero el tráfico hoy era horrible.

—Por cierto, ¿por qué has abierto tú?

—Rubén tiene una cena de negocios y me ha pedido que me encargue de todo.

—¡Vaya! Parece que el jefe confía mucho en ti.

Me mira impassible sin decir nada. «Sara, ¡tus comentarios no son nada acertados!», me

regañó a mí misma.

—Supongo que sí. Voy a la cocina. Tengo muchas cosas que preparar —añade y se marcha.

Me doy cuenta de que no le ha gustado lo que he dicho. Me voy al vestuario y me cambio para comenzar a trabajar. Me quito la camiseta y, justo en ese momento, me suena el móvil. Es Samuel, quiere saber si puede venir a recogerme esta noche, le escribo un mensaje rápido. Justo cuando estoy a punto de darle a enviar, se abre la puerta y Cristian entra. Clava los ojos en mí, y yo me pongo tan nerviosa que el móvil sale despedido de mi mano. Él se acerca para cogerlo y me lo tiende. Mis mejillas están sonrojadas. Nunca he tenido mucho pudor de que un hombre me viera en ropa interior, pero él no es cualquiera, me altera y me pone demasiado nerviosa, algo con lo que no estoy acostumbrada a lidiar.

—Lo siento. No quería entrar de esa manera. Perdóname. Espero que no le haya pasado nada al móvil —comenta apenado. Yo enciendo la pantalla y le devuelvo la mirada.

—Todo bien, tranquilo. Está a prueba de fuego. —Sonrío, mientras él no aparta la vista de mí.

—Lamento haber entrado así, de verdad. No pensaba que...

—Me he asustado, ya está, no tienes que disculparte más. Al fin y al cabo, no me has visto desnuda, es como si me hubieras visto en bikini, ¿no? —Se ríe ante mi comentario relajando el gesto.

—Supongo que tienes razón. Salgo para que te cambies.

—Gracias.

Cuando se va del vestuario creo que mi corazón explotará de un momento a otro. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me comporto como una quinceañera? Estoy trabajando y pillarme por el cocinero no es una opción. No, no lo es. Cojo mi móvil rápidamente y envío el mensaje a Samuel. Me pongo la camiseta, cierro la taquilla agarrándome al pomo de la puerta como si me fuera la vida en ello y cojo aire. Lo voy a necesitar.

Cuando llego a la cocina, Cristian ya tiene encendido el fuego y huele riquísimo. No lo veo y me acerco a curiosear las ollas. El aroma es delicioso.

—La curiosidad mató al gato —me dice con una voz muy sensual detrás de mi oreja, ante lo cual doy un respingo—. Parece que le estoy cogiendo el gusto a eso de asustarte. —Se ríe travieso.

—Solo estaba mirando qué era. El olor es increíble.

—Gracias. Eso dice mucho del cocinero. —Le dedico una media sonrisa—. ¿Quieres probar? —pregunta sin despegar sus ojos de los míos.

—Yo...

Coge una cuchara y la introduce dentro de la olla, se aproxima a mí y la acerca a mis labios. El sabor es excelente. Paladeo despacio, es una mezcla entre lo dulce y lo salado, podría adivinar el ingrediente estrella.

—Es mejor tener la tripa llena antes de empezar a trabajar. ¿Qué te ha parecido?

—Sorprendente. Mezclas muy bien los sabores. Creo que soy capaz de acertar el secreto de esta sopa.

—¿De verdad? Te escucho. —Cruza los brazos y clava su mirada en mí esperando una respuesta.

—Salmón y lima, con un ligero toque de queso. —Parece sorprendido.

—¿Has estudiado cocina?

—No, he visto muchos programas y vídeos, incluso he asistido a algún curso en Zaragoza.

—Poca gente es capaz de detectar tan bien los sabores. Tienes madera para esto.

¿Cocinas?

—Me defiendo bien, me gusta. Siempre trato de hacer recetas nuevas y le doy mi toque especial. A veces me meto demasiado en el papel de chef. —Se queda mirándome en silencio y eso me inquieta—. Puedes estar tranquilo, que no voy a quitarte el puesto. Nunca me atrevería a meterme entre fogones.

—¿Y por qué no? Si de verdad es lo que te gusta, inténtalo.

—Puede que antes, pero ahora... no entra en mis planes.

—¡Vamos! ¡No me digas que querías ser chef!

—Pues sí. Lo intenté, lo reconozco, sin embargo, no tenía dinero para pagarme la escuela de cocina y tuve que conformarme con hacer el curso de hostelería.

—Es una pena. Puede que estés desaprovechada.

—Nunca lo sabré —digo apenada. No me apetece darle vueltas a eso.

—Yo podría enseñarte, si tú quieres.

—¿Qué? ¡No, no! De verdad, no tenía que haberte dicho nada.

—Yo también imparto cursos y me encanta enseñar a la gente. Sería un honor que aprendieras conmigo. Quién sabe, a lo mejor yo también podría aprender de ti.

—No creo que aprendieras nada.

—Piénsalo y me dices algo. —Me guiña un ojo sonriendo.

Salgo de la cocina casi corriendo sin pronunciar palabra, las cuales se han quedado atascadas en mi garganta. «¿De verdad me ha dicho eso?», pienso. Tengo el corazón acelerado y trato de mantener la calma.

¿Desde cuándo le cuento cosas de mi vida a un tío que apenas conozco? Ni yo misma me reconozco. Recuerdo sus manos acercándose a mi boca. ¿Desde cuándo la cocina provoca estas sensaciones en mí? ¿O en realidad es él? Me pongo a preparar todo y eso hace que mi mente deje de pensar.

Como era de esperar, la noche es una auténtica locura. Son más de las dos y acaba de salir el último cliente. Me siento agotada, pero no soy la única, mis compañeros también lo están.

Nos ponemos a recoger todo deprisa, nos pueden las ganas de irnos a descansar. Cristian sale con la filipina^[1] aún puesta.

—Buen trabajo, chicos. Podéis iros, yo me encargo de lo que queda. —Mis compañeros asienten y se marchan al vestuario—. Buen trabajo, chica del pelo rosa. —Me guiña un ojo, y puedo sentir cómo mis mejillas se ruborizan.

—Hay un gran equipo aquí.

—Es cierto. Puedes irte ya, ha sido una noche dura.

—Te ayudaré a terminar, todavía faltan algunas cosas. Entre los dos tardaremos menos.

—No hace falta —insiste.

—Me voy a quedar igual, así que vamos. —Sonríe y comienzo a recoger las sillas. Él empieza a colocar los manteles para mañana. Los chicos salen y se despiden de nosotros. Cristian baja el cierre y se queda sentado en la barra—. ¿Cansado? —pregunto al ver el gesto de su cara.

—Sí. A pesar de haber descansado ayer, estoy agotado.

—Los días aquí son así.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—No te preocupes.

—Voy a terminar de hacer la caja y nos vamos. Hoy no acepto un no por respuesta.

—De acuerdo. —Cuando termina, apagamos todo y salimos.

En ese momento veo a Samuel de pie, frente a nosotros, y me acuerdo de que habíamos

quedado en que vendría a buscarme. ¡Lo había olvidado! Cristian lo mira, y Samuel se acerca a mí.

—No pensaba que saldrías tan tarde —me dice.

—Yo tampoco, pero había mucho jaleo. —Cristian clava su mirada en los dos—. Había olvidado que venían a buscarme. Nos vemos mañana —añado a modo de disculpa. Él cierra, se monta en la moto y se marcha.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Samuel.

—¿Si te lo cuento empezarás a torturarme?

—No. Te prometo que no.

—Me había olvidado de que venías a buscarme, y él se había ofrecido a llevarme a casa.

—Podías haberme hecho algún gesto, me hubiera marchado.

—¿Qué estás diciendo? No era una cita. Solo iba a llevarme a casa.

—Acabas de desaprovechar una gran oportunidad.

—¡Ay, Samuel! ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Conmigo? Preocúpate de lo que vas a hacer con ese hombre porque... no he visto nada igual. Está buenísimo. —Le doy un codazo, y él explota a carcajadas—. ¿Me vas a decir que no te has fijado?

—Claro que no, tengo ojos. Es un hombre muy guapo. Pero tú, al igual que yo, sabes que yo no mezclo el trabajo con...

—¿Con acostarte con un hombre que te mira de esa manera?

—¿Y cómo me mira?

—Te come con los ojos y te aseguro que no le ha hecho ninguna gracia que yo esté aquí. Creo que no le has contado que no soy competencia.

—¿Podemos irnos? La conversación no me está gustando nada ya.

—Ese cocinero acabará en...

—¡No lo digas! —Samuel me coge del brazo, y ambos nos vamos paseando.

Por suerte, no volvemos a tocar el tema, y lo agradezco. Cogemos un autobús y regresamos a casa.

Al día siguiente me despierto pronto. Salgo a correr, cuando vuelvo me ducho y me voy a recorrer Ibiza. Llevamos más de un mes aquí y todavía no he tenido tiempo de ver nada más que la playa y un par de calas. Es hora de conocer un poco más de la ciudad. Me adentro en un mercado medieval y después paseo por el puerto. Cuando me doy cuenta estoy enfrente de Besos con Sal. Parece que está abierto, así que me asomo para saludar a quien esté.

Entro, pero no veo a nadie.

—¿Hola? —Cierro la puerta, nadie contesta.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sensual de nuevo resuena en mis oídos.

—Estaba paseando por aquí y me pareció que estaba abierto.

—Sí. He venido a hacer unas cosas. Rubén no tardará en llegar.

—¿No tienes turno de noche hoy? —pregunto curiosa ante la atenta mirada de él.

—Tengo que hablarlo con Rubén todavía. ¿Y tú? ¿Qué haces que no estás descansando?

—Me he levantado pronto para salir a correr y después he decidido conocer un poco de la ciudad, aunque no sé cómo he acabado aquí de nuevo.

—Todo el mundo acaba apareciendo aquí.

—Bueno, no te entretengo, me voy ya. —Antes de dar el primer paso, Cristian me detiene, coge mi brazo con suavidad y me mira directamente a los ojos.

—Quería disculparme por lo de ayer. Yo no sabía que tú...

—¿Que yo qué?

—No sabía que venía tu novio a buscarte. —No puedo hacer otra cosa que reírme. Él me mira con cara de no entender nada—. ¿De qué te ríes?

—Lo siento, no he podido evitarlo. Samuel, ¿mi novio? Creo que le gustas tú más que yo.

—¿Cómo? —Levanta una ceja, y yo trato de no reírme de nuevo.

—No es mi novio. Es mi mejor amigo y además es gay. Me hace gracia porque todo el mundo piensa que somos pareja, cuando en realidad creo que no pegamos nada. —Por su cara puedo intuir que se siente avergonzado.

—Lo siento. Tampoco tienes por qué darme explicaciones.

—Te lo he aclarado porque he querido. Ayer con todo el jaleo se me olvidó que venía a recogerme. Él también trabaja aquí.

—No tenía ni idea. ¡Joder! No quiero que pienses que...

No lo dejo continuar. Rozo su hombro y añado:

—Olvidalo. Ya te he dicho que no pasa nada. Me marcho ya.

—¿Te apetece tomar algo? —Me sorprendo con su pregunta.

—¿No estabas esperando a Rubén? —Él mira su reloj y justo entra.

—Buenos días, chicos. ¿Qué haces aquí, Sara?

—Estaba en el puerto y he pasado por aquí. Ya me voy. —Rubén entra, Cristian me mira pidiéndome que le dé cinco minutos. Salgo fuera y me enciendo un cigarro mientras lo espero.

—Ya estoy listo. ¿Nos vamos?

—Sí. ¿Dónde?

—Voy a llevarte a un sitio que estoy seguro de que te encantará. —Abre su moto, saca un casco y me lo tiende. Le miro con cara de sorpresa.

—¿Tienes miedo, chica del pelo rosa?

—No. ¿Debería?

—Puedes fiarte de mí. —Me guiña un ojo y se sube en la moto.

Yo contemplo la imagen. Se ve todavía más atractivo ahí subido. Me pongo el casco y emprendemos el viaje. Me lleva por toda la costa. El paisaje es increíble, pero estar agarrada de sus caderas es todavía mejor.

Me repito una y otra vez a mí misma que no puede gustarme, ¿será eso suficiente?

Dejo a un lado mis pensamientos y contemplo el hermoso paisaje que tengo a mi alrededor. Es cierto que ya llevo unas semanas aquí, pero todavía no he tenido demasiado tiempo para conocer muchos sitios. Cristian parece que se conoce la isla demasiado bien.

Unos minutos más tarde, llegamos. Tengo que decir que el lugar es espectacular y que, hasta ahora, no había conocido algo así.

—¿Sorprendida? —Cristian esboza una sonrisa.

—Mucho. Este lugar es increíble.

—Pues todavía no has visto nada, ven.

Coge mi mano y me lleva hacia abajo. Estamos en una cala preciosa de aguas cristalinas y en la que se puede decir que la mano del hombre no ha intervenido casi nada. Apenas hay gente y me parece raro porque el lugar es maravilloso. Cristian tiende una toalla cerca de la orilla, y nos sentamos a contemplar el mar. Me mira con ganas de hacer preguntas.

—¡Vamos, dispara! —le digo.

—¿Cómo...?

—Soy una chica lista. Venga, pregunta lo que quieras.

—¿Por qué huyes?

—¿Huir? ¿Lo dices por venirme a trabajar tan lejos de mi casa?

—Sí. —Parece interesado por saber de mi vida, aunque yo no sé si estoy preparada para sincerarme con él. No suelo ponerme nerviosa, pero él sí tiene ese poder sobre mí y es algo que me preocupa.

—Si lo que quieres saber es si me fui por amor, te diré que no exactamente, aunque sí lo hice para olvidarme de alguien. Mi vida se había convertido en una rutina que no estaba dispuesta a seguir. Hay cosas que solo una misma puede cambiar y eso hice. Esta fue la mejor oportunidad.

—¿Y no echas de menos a tus padres? —Su pregunta me entristece y él lo nota—. Lo siento, no quería incomodarte. No debí preguntar.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Hablar de ellos todavía duele. Mi madre falleció hace tres años por una infección en los pulmones. Estaba bien y, de la noche a la mañana, se puso muy malita. Todos pensábamos que era un catarro mal curado, incluso ella, sin embargo, no fue así. Cuando quisieron cogerlo, ya era demasiado tarde. No fue nada fácil hacerme a la idea de que mi madre se iba a ir, y menos de esa manera, pero lo hizo. No pudimos despedirnos de ella ni ella de nosotros. La sedaron para que no sufriera.

»Desde entonces, mi vida se convirtió en un verdadero infierno. Ella era mi motor. La persona con la que siempre podía contar y que me daba los mejores consejos, ahora que no está, me siento perdida y, aunque han pasado varios años, todavía no consigo hacerme a la idea. De vez en cuando miro mi móvil y trato de marcar su teléfono, creyendo que en algún momento descolgará y me dirá: «¿Cómo estás, cariño?». —Dos lágrimas caen por mis mejillas. El sentimiento de culpa aparece de nuevo y la tristeza se apodera una vez más de mí. ¡La maldita siempre gana la batalla!

Cristian se acerca a mí y me coge la mano.

—Creo que entiendo tu dolor. Hace un año que perdí a mi padre. Él nunca quiso que yo fuera cocinero, siempre decía que eso no era una profesión y que me moriría de hambre, no obstante, cuando vio que mi sueño se hacía realidad y que montaba un restaurante, sé que se sintió muy orgulloso de mí. Creo que, si me está viendo, lo seguirá estando. Nosotros, al contrario que tú, tuvimos tiempo para asimilar que se iba, aunque no creas que eso ayuda demasiado, vives en una agonía constante. Y, cuando sucede, te puede la culpabilidad y te persigue hasta... ¿Cuánto tiempo dura?

—Creo que es un sentimiento que no se va nunca, por lo menos en mi caso. Siento mucho lo de tu padre.

—Te he traído aquí para que conozcas este sitio tan maravilloso, pero no quiero verte triste. Mejor dime por qué no quieres ser chef.

—Porque para eso se necesita dinero, ese que yo no tengo, y mucho tiempo, del que tampoco dispongo.

—Las escuelas de cocina son muy caras, eso es cierto, sin embargo, tienes a un chef dispuesto a enseñarte todo lo que sabe. Aprendí de los mejores, y puedo convertirme en uno de ellos. A mí no tienes que pagarme nada y, respecto al tiempo..., creo que puedes compaginarlo perfectamente con el trabajo. Tu turno ahora es de noche y podríamos empezar con las clases por la mañana.

—¿No puedes hablar en serio!

—¿Tengo cara de estar de broma? —Lo cierto es que no. Me mira fijamente, y estoy segura de que no me está vacilando.

—Yo..., yo no me planteo ser chef ahora mismo.

—Pues deberías. Tienes grandes dotes para la cocina y no puedes quedarte como camarera. No voy a parar hasta que aceptes mis clases.

—Te prometo que lo pensaré. —Me dedica una sonrisa, y yo me pierdo en ese gesto. Es demasiado atractivo, demasiado simpático, demasiado..., demasiado para mí—. Creo que deberíamos irnos. Esta noche hay que trabajar.

—¿Ya? ¿Sin bañarnos en esta delicia de playa?

—¿Qué? Yo no vengo preparada para bañarme. No pensaba pisar una playa hoy.

—¿De verdad vas a perder la oportunidad de probar esta agua? ¡Vamos! —Él se deshace de su camiseta, la tira en la arena, y yo me quedo embobada mirándole, no sé si babeo, pero, desde luego, si no lo hago poco me falta. Se quita los pantalones y se queda en *boxer*. Algo que me deja todavía más descolocada. Observo cada uno de los tatuajes que cubren parte de su piel. Tiene un cuerpo increíble, estoy segura de que puede mover cada uno de sus abdominales. Tiene un pendiente en el pezón, algo que me provoca una sonrisa. Él me mira y, sabiendo lo que estoy pensando, dice—: Locuras de juventud. Al final siempre digo que me lo voy a quitar y nunca lo hago. ¿Te gusta? —Me sonrojo al instante ante la pregunta. «¿Se ha dado cuenta de que lo miro demasiado? ¿Por qué me pregunta eso?», pienso. Una sonrisa pícaras asoma por su boca—. No te pongas nerviosa, solo era curiosidad. ¿No te animas con el agua?

Le digo que no con la cabeza porque ahora mismo soy incapaz de articular palabra. Él vuelve a mostrarme su sonrisa perfecta y se va hacia el agua. Yo me quedo contemplando la imagen. En mi cabeza aparece la voz de Samuel diciéndome: «¿Tú has visto cómo está este hombre? ¿De verdad vas a perder la oportunidad de meterte en el agua con él? ¡Eres tonta! ¡Vete ahora mismo al agua y vive el momento! Esto es lo que siempre has querido», miro hacia los lados nerviosa. Por un momento me da la sensación de que lo tengo pegado a mí. Decido hacerle caso. Me quito la ropa y me quedo con la interior. Dejo las gafas de sol en la toalla y corro hacia el agua.

Cuando entro, no veo a Cristian por ningún lado y pienso que, si se ha ahogado, será más fácil que se lo coma un tiburón a que yo pueda salvarlo.

El agua está helada, trato de mojarme un poco más, hasta que comienzo a tiritar. Ni rastro de mi chef favorito.

—¿Tienes frío?

Doy un respingo al escuchar su voz detrás de mí, resbalo y caigo al agua o eso creía que iba a ocurrir porque él mismo me coge con sus manos y me salva de un buen trago.

—¡Joder! —grito enfadada.

—No sé cómo lo hago, pero siempre acabo asustándote. ¡Qué cosas!

—Lo siento, no quería gritar. Gracias por sujetarme.

Sus manos están apoyadas en mi espalda, tocando ligeramente las costuras del sujetador. En ese momento, siento un escalofrío, no sé si por la temperatura o por el contacto de sus manos en mi cuerpo.

—Me debes una —me dice con una sonrisa burlona.

—Lo pensaré. —Mis labios comienzan a tiritar de nuevo y ahora los acaricia con ternura con la yema de sus dedos, dejándome sin aliento.

—Estás tiritando. Será mejor que salgamos.

—No. Estoy muy bien aquí. —Él aparta mi pelo y lo coloca detrás de la oreja, aproximándose cada vez más a mí. Nuestras bocas están a tan solo unos milímetros, cierro los ojos y cojo aire, en ese mismo momento, en mi cabeza saltan todas las alarmas. «No puedo besarlo, si lo hago, algo saldrá mal y perderé el trabajo, tendré que volver de nuevo a casa. No, no, no, Sara, apártate de él», me reprendo a mí misma. Me separo de él y añado—: Creo que es mejor que nos vayamos.

—Pero tú has dicho que...

No dejo que termine la frase. Salgo del agua como alma que lleva el demonio y me seco. Me quito la ropa interior envuelta en la toalla, no es trabajo fácil y mucho menos cuando me doy cuenta de que él no deja de mirarme.

—¿Ocurre algo? —pregunto en un tono un poco borde.

—¿Te vas a ir sin bragas? —añade guasón.

—Sí, prefiero eso, a irme mojada.

—Me gusta la idea. —Veo cómo se baja el *boxer*, alcanzo a darme la vuelta antes de verle completamente desnudo.

—¡Podrías girarte al menos!

Lo hace riéndose, yo vuelvo un poco la cabeza y me encuentro con la mejor imagen del día. Su culo parece un melocotón y me doy cuenta de que estoy perdida, que nunca tenía que haber venido hasta aquí y que, cada vez que lo vea, su culo aparecerá en mi mente una y otra vez.

—¡Listo! Cuando quieras nos vamos.

—¿Puedes girarte? Tengo que ponerme la ropa.

—Sin problemas. —Él lo hace, y deprisa me pongo el vaquero, la camiseta y la chaqueta.

—Podemos irnos.

Guardamos la ropa mojada y volvemos a poner rumbo a la carretera.

Trato de no agarrarme mucho a sus caderas, aunque es algo que me resulta complicado. Este hombre enciende todos mis motores, me hubiera encantado besarlo, pero sé que no puedo hacerlo. Tener algo con un compañero de trabajo siempre acaba saliendo mal y lo último que quiero es salir huyendo de nuevo. Tengo que mantener la cabeza fría, aunque después de haberle visto hoy de esa manera, y sabiendo que no lleva ropa interior ahora mismo, creo que me va a resultar complicado.

Cristian

Acabo de dejar a Sara en su casa. En realidad, ha huido. No me ha dado tiempo a decirle nada. Todo parecía perfecto cuando estábamos en el agua, no sé qué ha podido pasar.

Al recordarlo, viene su imagen a mi cabeza. Cuando se estaba cambiando miré de reojo y tuve que disimular porque entre la cercanía que habíamos tenido en el agua y ver su cuerpo desnudo, aunque fuera de espaldas, tuve una erección que no pude evitar. Sí, llevo un mes sin sexo. Desde que lo dejé con Clara no he tenido ganas de estar con nadie más y lo de los líos de una noche ha empezado a cansarme. Me he dado cuenta de que necesito otras cosas en mi vida. Y tengo que reconocer que la chica del pelo rosa lleva días metida en mi cabeza y no me da tregua. Nunca he tenido ningún rollo en el trabajo. No me gusta juntar los negocios con el placer, pero sé que con ella soy capaz de perder el control. Me encantaría averiguar lo que ha pasado para que saliera del agua de esa manera, después de haberme dicho que estaba muy bien. Si no se hubiera marchado, estoy convencido de que nos hubiéramos besado. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Será que eso que me ha contado de su amigo no es verdad?

Trato de mantener la calma. Suena mi teléfono, es Rubén, así que contesto de inmediato.

—¿Qué ocurre, socio?

—Tenemos un problema. Tienes que marcharte esta misma noche a Barcelona. Tienes una reunión mañana a primera hora.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo voy a encontrar un vuelo para hoy?

—No te preocupes, ya lo he conseguido. Cristian, es muy importante que vayas a esa

reunión. Sabes que nadie como tú maneja estas cosas.

—Vale. Prepararé la maleta. ¿Quién cubre mi turno esta noche?

—Tony. Él se ocupará de todo en tu ausencia. Todo va a salir bien.

—Eso espero.

—Necesito que vengas a Besos con Sal y me traigas las llaves. Las necesito.

—Bien. Dame un par de horas para organizar todo. Cuando esté listo me paso por allí.

Mándame los datos del vuelo.

—Ahora mismo. Nos vemos más tarde. —Cuelgo la llamada y tiro el móvil en la cama.

«¡Mierda! Tenía la esperanza de poder ver a Sara antes de irme, pero parece que eso no va a ser posible. ¡Maldito, Rubén! Siempre cambiando los planes». Cojo la mochila y, al sacar la ropa mojada, me doy cuenta de que la suya también está aquí. Sonrío al recordar lo que ha sucedido hace unas horas. La pongo a lavar y después en la secadora. Tendré que entregársela a su dueña.

Sara

En cuanto llego a casa, me pongo a limpiar todo con la música alta para no escuchar lo que tiene que decirme mi cabeza. Ahora no tengo tiempo para eso.

Cuando termino, me meto en la cocina para preparar la comida, y entra Samuel chillando.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? ¿Quieres que nos echen del edificio?

—¿Por qué? —Se acerca a la barra de sonido y la apaga completamente.

—¿De verdad es necesario que te lo diga? —Levanta la ceja, y ya me siento en peligro, me doy la vuelta y sigo con lo mío, pero él aparece en la cocina y me mira esperando algo.

—¿Qué tal tu día hoy? ¿Todo bien por el trabajo? —Intento disimular. Sé muy bien lo que viene ahora.

—Todo perfecto. ¿Y tú? —Clava sus ojos en mí y no lo soporto más.

—¡No me mires así, por favor!

—Entonces, comienza a hablar, bruja.

—¿Por qué sabes que tengo algo que contar?

—Porque tienes la música a todo volumen, porque la casa está reluciente y porque estás en la cocina, y todo esto solo puede significar una cosa: ha ocurrido algo con el chef *buenorro*. Sa, te conozco demasiado bien. No puedes engañarme.

«¡Mierda! Lleva razón», pienso. Él me conoce demasiado bien, es complicado ocultarle nada, pero... ¿cómo sabe que todo esto tiene que ver con...? Prefiero no nombrarlo. Para Samuel soy transparente, y eso es un problema para mí»,

—Casi nos besamos esta mañana. Todo por tu culpa, por hacerte caso. Si no me hubieras dicho que me metiera con él en el agua...

—¿Se puede saber de qué estás hablando? ¿Cuándo te he dicho yo que hagas tal cosa? ¡Estás fatal, Sa!

—Tú no, esa maldita vocecilla tuya que siempre me acompaña y me hace hacer cosas que no quiero o, mejor dicho, no debo hacer.

Samuel comienza a reírse a carcajadas, y me contagia a mí. La situación es seria, pero él siempre hace que me tome la vida de otra manera.

—Trae un par de cervezas, creo que, con lo que me vas a contar, las vamos a necesitar. — Cojo dos de la nevera, y nos sentamos en el sofá.

Le relato con pelos y señales el episodio de la playa. Él no deja de reírse, y yo,

sinceramente, no le veo la gracia. Estuve a punto de besarle. Samuel me dice que me tenía que haber quedado en el agua o bien darme la vuelta cuando él se estaba quitando el calzoncillo y lanzarme a su boca. Lo admito, estoy a punto de arder cuando mi amigo lo relata. La imagen de su cuerpo vuelve a mi mente y me pierdo.

Nos tiramos horas hablando, tanto, que la comida se queda pegada a la olla y tenemos que pedir unas pizzas. Voy a tener que coger esas clases de las que me hablaba mi chef favorito.

4. Todo sale a la luz

Sara

Alas siete, como todos los días, estoy en la puerta del trabajo fumándome un cigarro e intentando retrasar el momento de entrar para no encontrarme con él. Al final, me doy cuenta de que eso no vale de nada y me decido. Cuando lo hago, no veo a Rubén, así que me voy directamente al vestuario. Me cambio tranquilamente y cinco minutos después empiezan a llegar mis compañeros.

Lucía, Enna y Valentín me saludan. Hablamos de salir esta noche a tomar algo cuando terminemos el turno. En ese momento, Rubén entra en el vestuario y me mira.

—Cristian me ha pedido que te diera esto.

Me tiende una bolsa de plástico y sale del vestuario. Yo me quedo mirando la bolsa y saco el contenido, en cuanto lo hago me arrepiento. «¡Mierda! ¿Cómo se le ocurre?», pienso cerrando la bolsa lo más rápido posible. Pero Lucía la coge al vuelo y la abre, sacando mi ropa interior de dentro. Ahora mismo siento que me voy a morir, mis mejillas arden.

Todos se ríen, y yo siento que me falta el aire. Lucía no me quita la mirada y pregunta sin rodeos:

—¿Te acuestas con el jefe? —Mi cara debe de ser un poema.

—¿Cómo me voy a acostar con Rubén?!

—No es Rubén quien manda tu ropa interior en una bolsa —dice en tono picarón. «¿De qué está hablando? No entiendo nada», me digo a mí misma.

—No sé qué quieres decir, Lucía, explícate.

—¡Vamos, Sara! No te hagas la tonta. Sabes perfectamente que Cristian es el socio de Rubén. Ambos son los jefes de Besos con Sal. —Me agarro al banco donde estoy sentada.

En este momento todo me da vueltas y la palabra «jefe» retumba en mi cabeza. «¿En qué lío me he metido?», pienso. Comienzo a desabrocharme el uniforme, no encuentro el aire suficiente para poder respirar. Lucía se da cuenta de que no sabía nada del tema y comienza a asustarse.

—Sara. Tranquila. Voy a incorporarte un poco, ¿de acuerdo? —Oigo su voz en la lejanía —. ¿Podéis llamar a Rubén, por favor?

Cuando abro los ojos Rubén y Lucía están ahí.

—¡Joder, por fin, Sara! Nos tenías muy preocupados —comenta Rubén. Parece asustado.

—No sé qué ha pasado.

—Te desmayaste. ¿Te encuentras mejor? —pregunta Lucía.

—Sí, sí.

—¿Has comido? Creo que lo mejor es que llames a alguien para que venga a buscarte y te vayas a casa.

—No, no. De verdad, estoy bien. No os preocupéis. —Rubén me mira con gesto serio.

—Es imposible que trabajes así y más hoy que es sábado. Me niego, Sara —añade rotundo.

—Por favor, estoy bien, de verdad. Si me encuentro mal te lo diré, prometido.

—Está bien. Pero te quedarás en la cocina ayudando con las comandas.

—Rubén...

—Es una orden, Sara. Todos arriba a preparar, chicos.

—¿Me dejas cinco minutos? —le pregunta Lucía, él asiente con la cabeza y cierra la puerta al salir. Ella me mira y acaricia mi hombro.

—Siento haberte dicho eso. Creía que... Si llego a saber que las cosas se van a poner tan feas...

—No es culpa tuya. Aun así, quiero explicarte que no es lo que piensas.

—A mí no tienes que decirme nada, Sara. Es tu vida y puedes hacer lo que quieras. Estaba de broma, te lo prometo. Nunca nos hemos metido en lo que hace Cristian fuera de aquí. —«¿A qué se refiere exactamente con su comentario? ¿Hace lo mismo con todas?», pienso.

—Entre él y yo no hay nada ni lo habrá. —Ella me mira y suelta una risita malvada.

—No pongas la mano en el fuego por eso, querida. Mira, si quieres hablar, esta noche nos tomamos una copa. No me gustan los cotilleos. Pero sé estar cuando alguien me necesita. Así que puedes contar conmigo. Presiento que necesitas desahogarte.

Me revuelve el pelo y se marcha con una sonrisa. Yo me quedo unos minutos más sentada pensando en todo lo que ha sucedido. «¿Cómo he podido ser tan idiota y no darme cuenta de que él es el jefe? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¡Maldito mentiroso! ¡Lo odio!», digo para mí misma.

Para colmo de males, esta noche tendré que estar con él en la cocina. No pienso dirigirle la palabra. No entiendo cómo ha podido darle la bolsa a Rubén. Supongo que lo tenía todo muy bien atado para dejarme en ridículo delante de todos, pero... la venganza se sirve siempre en plato frío y yo prepararé la mía.

Cuando me recompongo, me dirijo a la cocina. Entro nerviosa y saludo con un «hola» un tanto seco. Me sorprende al descubrir que, en el puesto de Cristian, está Tony de nuevo. Me disculpo por las formas y me pregunta cómo estoy. Parece que le han puesto al tanto de lo sucedido antes.

Trabajo a destajo y ayudo a Tony en todo lo que puedo. Rubén entra de vez en cuando para comprobar que estoy bien, algo que agradezco. La noche pasa volando y a las tres terminamos el servicio. Rubén viene con unos chupitos y nos ofrece uno a cada uno. Me quita el mío de la mano, aunque, al final, logro convencerlo para que me lo devuelva, ya que estoy mucho mejor.

Cuando cerramos, Rubén me pide que hablemos, pero Lucía me coge del brazo y me salva, diciendo que hemos quedado para tomar algo y que tenemos prisa. Algo de lo que yo hasta ese momento no estaba enterada.

Me dice que lo ha hecho porque no estoy en condiciones de darle explicaciones al jefe en este momento y en el fondo lleva toda la razón.

Me lleva a un *pub* de la playa, y allí las dos hablamos de todo lo que ha ocurrido esa noche. Le cuento que no estaba enterada de que Cristian era el jefe porque él nunca me lo dijo y que «puede» que hayamos tenido un tonto, pero que no ha pasado nada entre nosotros. Por supuesto, también le explico por qué tenía mis bragas. Omito el pequeño detalle de que estuvimos a punto de besarnos, no me parece importante.

Al final, con un par de copas de más, a ambas se nos suelta la lengua y acabamos contándonos nuestras historias amorosas, pasadas y presentes. Me cuenta que está loca por Rubén, aunque sabe que entre ellos nunca pasará nada. Al final, descubro que detrás de Lucía, esa chica llena de alegría y que suelta bromas continuamente, hay una persona maravillosa a la que todavía no había conocido y presiento que, a partir de esta noche, comenzará una larga amistad entre nosotras.

Cristian

Suena mi teléfono. Son más de las cuatro de la tarde y estoy tumbado en la habitación del hotel, tratando de descansar. Me levanto para alcanzar el móvil y en la pantalla puedo ver el nombre de Rubén.

—¡Acabas de joderme la siesta, capullo! —digo a modo de broma.

—Lo siento, pero quería saber cómo había ido todo por allí.

—Bueno, aún hay que resolver algunas cuestiones para que puedan iniciar la obra, pero no te preocupes, todo saldrá bien. He estado hablando también con el equipo de albañiles y les he explicado la prisa que nos corre, me han prometido que lo tendrán listo antes de un mes. Ahora solo queda cruzar los dedos.

—Vale, genial, necesitaba una buena noticia.

—¿Ocurre algo? Te noto preocupado. ¿Ha pasado algo por Besos con Sal?

—Lo cierto es que sí. Anoche tuvimos un pequeño percance, pero está todo controlado, por suerte.

—¿De qué hablas, Rubén? —No entiendo a qué se refiere y comienzo a ponerme nervioso.

—La nueva perdió el conocimiento y fueron los minutos más largos de mi vida. No reaccionaba. Por suerte, Lucía controló muy bien la situación. Si no hubiera sido por ella...

—¿Hablas de Sara? ¿Qué pasó? ¿Ya está bien? ¿Llamaste a un médico? —No puedo creer que haya sucedido eso estando yo tan lejos. Me levanto de la cama de nuevo y comienzo a dar vueltas como un loco por toda la habitación.

—¿Por qué estás tan nervioso? ¿A qué viene tanto interés por esa chica? Solo fue un mareo. Le pedí que se marchara a casa, aunque no me hizo caso. Se quedó en un susto porque después se fue con Lucía, quería hablar con ella, pero me dijeron que tenían prisa, que habían quedado para salir.

—No estoy nervioso, solo que me preocupa que sucedan estas cosas con los empleados, ya lo sabes. ¿Fue bien la noche? —Trato de disimular. No quiero que Rubén se dé cuenta de nada.

—Por suerte sí. Cerramos a las tres. Otro sábado superado.

—Necesito que me hagas un favor.

—Claro, lo que quieras, ya lo sabes.

—¿Podrías darme el teléfono de Sara? El otro día estuvimos hablando sobre unos cursos y me gustaría mandarle la información —añado todo lo convincente que puedo.

—Cristian..., ¿qué me ocultas?

—¿Yo? Nada. No empieces. ¿Vas a dármelo o no?

—Espera un segundo. Venga, apunta. Espero que no te metas en ningún lío o, mejor dicho, no nos metas. —Hace hincapié en su última frase.

—No tienes que preocuparte por nada.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la noche estaré allí para el servicio, aunque la semana que viene alguno de los dos tendrá que volver aquí para supervisar las obras de cerca.

—Habla de ello cuando regreses.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

Cuelgo y guardo el teléfono de Sara. Voy al wasap y veo su foto de perfil. Está preciosa. La foto está tomada en la playa, ella está de lado y su pelo rosa se mueve con el viento. No puedo evitar sonreír al verla. Salgo de mi burbuja y le pongo un mensaje.

Hola. Soy Cristian. Ya me he enterado de lo que sucedió ayer. ¿Cómo te encuentras? Un beso.

Espero a que me conteste, pero no lo hace. Confío en que no le moleste que le haya mandado un mensaje.

Decido dejar el móvil en la mesilla y volverme a dormir. Estoy demasiado cansado. Me despierto cerca de las siete y, cuando miro el móvil, veo un mensaje.

MI CHICA DEL PELO ROSA: 🌙

No sé cómo tienes la cara dura de escribirme. ¡Mentiroso!

Lo leo una y otra vez sin dar crédito a lo que veo. ¿Por qué me llama mentiroso? ¿Qué ha pasado? No entiendo nada. Decido marcar su teléfono, pero nadie responde. Lo hago varias veces, miro el reloj y por la hora sé que estará en Besos con Sal. ¿Por qué no me coge el teléfono?

CRISTIAN: 🌙

No sé a qué viene eso de mentiroso. ¿Podrías decírmelo? Al igual que sé que no coges el teléfono cuando es evidente que ya estás en el trabajo. Espero que me contestes, porque estoy muy desconcertado.

Me doy una ducha antes de salir a pasear por Barcelona. No consigo quitarme a Sara de la cabeza y lo que me ha contado Rubén, sobre todo, su reacción ante mi mensaje. «¿Será que cree que soy otra persona? ¡No, claro que no!», pienso.

Recorro la ciudad y a las nueve decido parar a picar algo. Mi vuelo sale a las siete y necesito descansar. Ha sido un día complicado con las reuniones y viendo lo lento que marcha todo lo del local. No he querido alarmar a Rubén por teléfono, pero mañana nos espera una larga charla.

Me paso toda la noche pendiente del teléfono, ni rastro de Sara. Al final, decepcionado, decido dormirme, no hay otra cosa que pueda hacer.

A la mañana siguiente, cojo el vuelo y, en unas horas, estoy en Ibiza de nuevo. Lo primero que hago al llegar es ir a casa y gestionar unas cosas en el ordenador.

Sobre las doce, bajo al restaurante para hablar con Rubén.

Le comenté todos los inconvenientes que hay con el nuevo local, como, por ejemplo, la falta de profesionalidad del arquitecto y de algún trabajador más. Me reprocha que ayer no le contara nada, sin embargo, alego que no podía hablarle de esas cosas por teléfono. Comentamos que, a pesar de que los albañiles han puesto de fecha tope un mes, yo, conforme he visto las cosas, dudo de que esa fecha se pueda cumplir. Creo que lo mejor es que los dos viajemos a Barcelona y tomemos las decisiones correctas. Rubén asiente, parece nervioso con todo esto, y sé de buena tinta que los imprevistos lo desestabilizan, así que trato de darle ánimos. Cuando estamos en plena conversación, una voz nos interrumpe.

—Rubén, tenemos un problema con la caja, ¿puedes...? —Me giro y la veo.

Ella no termina la frase, se queda impactada con mi presencia. Supongo que no me esperaba, y lo cierto es que yo a ella tampoco. «¿Qué hace en el turno de mañana? ¿Qué está pasando aquí?», pienso.

—Ahora mismo voy, Sara. ¿Me esperas un momento? —me pide. Yo aprovecho para llamarla.

—¿Puedes venir un momento? Quiero comentarte algo —añado.

Ella me mira, y Rubén asiente dándole permiso. Parece que no está muy decidida a acercarse, por lo que decido hacerlo yo.

—¿Qué ha ocurrido para que ni siquiera me contestes a un mensaje? Bueno, la verdad es

que lo que quiero saber es por qué crees que soy un mentiroso. —Clava su mirada en mí y en sus ojos puedo ver rabia, aunque soy incapaz de entender el motivo.

—Porque es lo que eres. No tengo nada que hablar contigo. Para mí eres un compañero más y te agradecería que tuviéramos un trato cordial.

—¿A qué viene todo esto ahora? ¿Te has olvidado de todo lo que sucedió en la playa?

—Lo mismo que tú olvidaste decirme la verdad. —Trata de marcharse, y la cojo del brazo—. ¡Suéltame! —espeta con desprecio. En ese momento, Rubén vuelve a la sala.

—Esto no se va a quedar así. No puedes decirme eso y no explicarme nada. —Ella se marcha, y Rubén me mira preocupado.

—¿Ocurre algo?

—No. Solo hablábamos. Me marchó. Estoy agotado en todos los sentidos.

—Tomate el día libre. Tony puede cubrirte. Mañana quedamos por la mañana para concretar lo que hacemos con Barcelona. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Salgo de allí muy enfadado. Lo cierto es que me alegro de no trabajar hoy. No me encuentro en condiciones para llevar el control de la cocina. No entiendo qué ha podido pasar para que Sara me trate así. Pero decido olvidar. No estoy para tonterías de una niña loca.

5. A destiempo

Sara

«¿Quién se cree ese idiota que es? Seguro que pensaba que me iba a acostar con él y probablemente luego me hubiera echado del trabajo; no va a poder hacerlo. Tendrá que soportarme. ¿Cómo he podido ser tan tonta y no darme cuenta de lo que estaba sucediendo?», pienso.

Tengo que reconocer que hoy he cambiado el turno para no tener que encontrarme con él. Tengo tanta rabia acumulada que lo que menos me apetece es tenerlo de frente.

Para mi buena suerte, al día siguiente todo es mucho más complicado.

A pesar de ser lunes, el volumen de trabajo es excesivo, No sé por qué, pero Cristian tiene un nuevo pinche en la cocina y, por alguna razón, el chico no da demasiado de sí. Cuando estamos en pleno servicio, Cristian sale desfavorido de la cocina y, con un trapo tapando su mano, le hace un gesto a Rubén para que se acerque justo a la puerta que tenemos para bajar a los vestuarios; yo, que estoy cerca, los observo.

—¿Qué te ha pasado? —Rubén le toca la mano, se la descubre y, desde donde estoy, puedo ver sangre. Rubén vuelve a tapanla y se lleva las manos a la cabeza—. ¡Joder! ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Que el pinche que has metido no tiene ni idea de cocina. A partir de ahora, me encargaré personalmente de elegir a las personas que van a entrar ahí dentro.

—Tienes que curarte esa mano. ¡Sara! Ven, por favor. —Me acerco a ellos.

—Dime.

—¿Puedes curarle la mano a Cristian? No quiero que los clientes lo vean así. Abajo, en el vestuario, tienes un botiquín.

—Rubén, no es necesario. Puedo hacerlo solo. Hay mucha gente en el local.

—Lo tengo todo controlado. ¿Puedes ocuparte de él, Sara?

—Sí. Vamos —le digo a Cristian, y ambos bajamos para curarle.

Se sienta en el banco, mientras cojo todo lo que necesito. Cuando lo tengo, me siento a su lado, él me mira.

—No es necesario que hagas esto, de verdad —me pide de nuevo.

No hago caso de lo que me dice y empiezo a colocar todas las cosas que necesito.

—¿Cómo es posible que el gran Cristian Lacosta haya acabado con la mano así? —añado con recochineo.

—¿Por qué dices eso? ¿Te estás burlando de mí?

—No. Eso es lo que tú pretendías hacer conmigo, pero, por suerte, llegué a tiempo.

—¿Podemos hablar claro de una vez? —Pongo una venda alrededor de su mano y un par de esparadrapos para sujetar.

—¡Ya estás listo! —Me incorporo para colocar las cosas, y él coge mi brazo.

—Quiero que me digas lo que te ocurre. Estoy cansado de estos numeritos absurdos.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Por qué no me contaste que eras el dueño de todo esto? ¿Por qué me hiciste creer que no tenías nada que ver con Besos con Sal? Querías acostarte conmigo y después echarme a la calle, ¿verdad? ¿Eso es lo que haces con todas? —espeto con furia.

—¿Es por eso por lo que estás así? Yo no te mentí, simplemente no te conté la verdad del todo. Si lo hubiera hecho, ¿te habrías comportado de la misma manera? —Le miro. Sé que lleva razón, pero no deja de ser una mentira.

—Me mentiste. No importa el motivo.

—No quería que me trataras de una manera diferente porque fuera el jefe. Nunca te hubieras mostrado tan relajada ni me hubieras contado cosas de tu vida.

—Da igual. No tenías ningún derecho a ocultarme eso.

—Lo siento —dice apenado. Tengo que ser fuerte o acabará convenciéndome.

—¿Por qué no me contaste que eras un chef muy reconocido? ¿Eso también se te olvidó?

—No, pero...

—Tengo que seguir trabajando. —Acaricia mi mano y un escalofrío recorre mi cuerpo de nuevo.

—Déjame que compense este malentendido, por favor. —Sus palabras parecen sinceras, sin embargo...

—Tengo que seguir trabajando. Cuídate esa mano.

Subo para volver a mi puesto y no vuelvo a verlo hasta que cerramos. Todos salimos, y Rubén me pide que me quede unos minutos más, Cristian está a su lado.

Me pide que me quede en la cocina unos días ayudando a Cristian, en un primer momento me niego, aunque entre los dos terminan convenciéndome. Supongo que todo esto ha sido idea de él. Se ofrecen para llevarme a casa, y rechazo a ambos.

Mientras espero al taxi me cruzo de brazos, la humedad del mar se nota en esta zona de la isla y el aire helado me tiene encogida. Siento un escalofrío, en un primer momento pienso que es por la propia temperatura, pero luego me doy cuenta de que inconscientemente he escuchado su moto y, antes de volverme, sé que está ahí, detrás de mí.

—Sube. —Me giro y me tiende el casco.

—No. Gracias. Prefiero ir en taxi. —Me obceco en la idea de que quiero alejarme de él.

—No me hagas obligarte, coge el jodido casco y sube de una vez.

Es cabezota, más que yo incluso, terco como una mula. Al final resoplo y cojo el casco.

Me aferro a su cintura, lucho entre el enfado que sale a borbotones por cada poro de mi piel y mis ganas de acercarme aún más. Me arden las mejillas y aún no sé si es por una cosa o por la otra.

Con mi cabeza dando vueltas como loca no me había dado cuenta de que el camino que ha cogido Cristian no lleva a mi casa.

—¡Eh, tú! ¿A dónde me llevas?

No me contesta y vuelvo a resoplar «Pero ¿quién narices se cree este tío?». No sé si es debido al aire frío de la noche, pero el enfado se me va pasando, como si estar allí, abrazada a su cintura, me proporcionara toda la tranquilidad que necesito.

Minutos más tarde llegamos a un garaje.

—¿Me puedes explicar qué hacemos aquí?

—Necesito hablar contigo, imagino que no ibas a invitarme a subir a tu casa y tampoco son horas de ir a tomar algo, así que estamos en mi casa. No te preocupes, te llevaré más tarde.

—¿Estás loco? ¿Por qué no me has preguntado? ¡No me gustan las cosas que haces! ¡No puedes obligarme a hablar contigo!

—No quiero que te sientas así. Si de verdad quieres irte, te llevo a casa ahora mismo. Tú no vas a hablar, soy yo quien te va a explicar las cosas.

Bufo como los burros mohínos y es que estoy cansada de este hombre. ¿Por qué no deja las

cosas como están? Seguramente si no estuviera tan increíblemente bueno, le daría una buena patada en la entrepierna, pero... es imposible hacerlo.

—Quiero irme a casa.

—Por favor, solo quiero que hablemos. ¿Tan difícil es? —Su tono es de súplica, y supongo que no puedo hacer otra cosa que resignarme. No pierdo nada por hablar con él. Le devuelvo el casco, y ambos subimos en el ascensor. Él se adelanta y abre la puerta. Me quedo embobada mirando todo a mi paso. Es un apartamento muy grande, lo primero que me encuentro es un gran ventanal con vistas de la playa, al fondo un sofá grande. La casa está decorada a capricho. Creo que a cualquiera le encantaría vivir aquí—. ¿Quieres tomar algo? —pregunta mientras cuelga su chaqueta y deja las llaves.

—Gracias, pero no me apetece nada —contesto en tono seco.

Me pone de los nervios estar con él a solas, tan condenadamente cerca, en ese sofá que parece tan mullido.

—Siéntate. —Lo hago en el sillón, y él también, a mi lado. Intento apartar de mi mente todos esos pensamientos pecaminosos recordándome que me mintió. «¡Te mintió, Sara, te mintió!», me repito como un mantra—. Mira, Sara, no tenía ninguna intención de mentirte. Todo el mundo en Besos con Sal sabe que yo soy el jefe y también sabía que, tarde o temprano, te enterarías, solo era cuestión de tiempo. Me gustaría decirte que me hubiera encantado ser yo quien te lo dijera, sin embargo, al ver cómo fueron sucediendo las cosas entre nosotros, me acobardé y decidí continuar con la mentira. No es una buena forma de empezar una relación, pero... —Le corto al momento, clavando una mirada de maldad hacia su persona. «¡Será creído!».

—Tú y yo no tenemos ninguna relación. Lo único que nos une es ese restaurante del que eres dueño. —El toma aire, y me doy cuenta de que mi comentario no le ha gustado ni un pelo.

—Imaginaba que no iba a ser fácil hablar contigo. Yo solo quiero que entiendas que, si te hubiera contado quién era en realidad, tú jamás te hubieras abierto conmigo. No quiero que pienses que soy tu jefe, para mí todos los que estáis ahí sois compañeros. Me daría mucha rabia que cambiaras tu comportamiento conmigo solo porque soy el dueño de Besos con Sal. Me ha gustado mucho hablar contigo y saber que puedo confiar en ti. Sé que tú también has sentido lo mismo. ¿Me guardarás rencor toda la vida? —Me pone cara de perrito pachón, y me doy cuenta de que este hombre tiene más poder en mí de lo que yo pensaba. Me encantaría gritarle y decirle que es un cretino, la realidad es que no puedo. Yo también he sentido ese buen rollo entre nosotros y hace mucho tiempo que no me pasaba algo así con nadie. Trato de hacerme la fuerte, sin embargo, una sonrisa sale de mi boca, y provoca otra en la suya—. Sabía que no podrías odiarme toda la vida.

—Te prometo que podría hacerlo, pero, en algo tienes razón, yo también he sentido esa conexión entre nosotros y es algo que me ha pasado muy pocas veces. Eso no quiere decir que no esté fatal lo que has hecho. Creo que deberías ser sincero siempre conmigo. Para mí eso es muy importante.

—No volveré a fallarte. ¿Amigos, entonces? —pregunta con una sonrisa pícaro, esa que, por cierto, me encanta.

—Mi amistad tienes que ganártela, no es tan fácil, querido. —Ambos reímos—. Creo que va siendo hora de irme. —Me levanto para marcharme, y él me para.

—¿Puedo llevarte? —pronuncia esas palabras clavando su mirada en mí.

Por un momento no sé qué contestar. Él es más rápido; coge su chaqueta y, cuando quiero darme cuenta, estoy subida en su moto, con mis manos en sus caderas. Y siento miedo; miedo a acostumbrarme a esto y que se termine. Hace poco que nos conocemos y me preocupa la conexión

que se ha creado entre ambos. Me pierdo entre mis pensamientos y lo que siento al estar rozándole de la manera en que lo hago.

Por desgracia, llegamos a casa y tengo que soltarlo. Me quito el casco, y él hace lo mismo. Su pelo está alborotado, pero eso lo hace todavía más sexi.

—Gracias por traerme —añado con una sonrisa.

—Me gusta sentir tus manos en mi cintura. —Su comentario hace que mis mejillas se sonrojen, lo cual desencadena una sonrisa en su boca. Esa que me hace sudar y pensar en cosas que podrían escandalizar a cualquiera.

—Cúidate la mano —comento tratando de cambiar el tema.

—Lo haré. Que descanses. —Le deseo lo mismo y huyo de inmediato. Su cercanía me provoca nerviosismo. Tengo unas terribles ganas de besarlo y sé que no debo hacerlo.

¿Por qué nos gustan tanto las cosas prohibidas?

6. Tiempo para todo

Cristian

Casi no he pegado ojo en toda la noche, y hoy que es domingo, me he levantado de mal humor y todo por culpa de Rubén. Desde que decidimos abrir un restaurante en Barcelona, las cosas han ido de mal en peor. Todo son problemas. Las obras no arrancan, los permisos son lentos, no tenemos claro el personal..., y a todo eso le sumamos que Rubén no quiere que dejemos Besos con Sal solo, aunque eso va a tener que suceder. Estas cosas tenemos que solucionarlas entre los dos.

El día se convierte en discusiones constantes. Ninguno es capaz de llegar a un acuerdo. Nos conocemos hace más de diez años y, desde que abrimos, jamás habíamos discutido por nada. Ni al principio, que las cosas no salieron como nosotros imaginábamos.

Salgo del restaurante con un cabreo de mil demonios, tratando de pensar en una solución. No es mi estilo salir de esa manera y mucho menos chillar a Rubén. Siempre he sido una persona calmada y relajada, pero esta situación creo que nos está superando a los dos.

Por suerte, consigo relajarme y aislarme un poco de los problemas, y lo hago en mi sala favorita. Ella es la única que no me reprocha nada. Aquí me siento tranquilo y todas las dificultades se vuelven pequeñas.

A las seis vuelvo a Besos con Sal, Rubén no ha llegado, y aprovecho para revisar unas facturas de los proveedores en el despacho. Se me pasa el tiempo volando y, cuando me quiero dar cuenta, la luz vuelve a mi vida. Sara aparece en el umbral de la puerta y me dedica una sonrisa.

—Hola. ¿Ocupado? —me pregunta.

—Para nada. Había perdido la noción del tiempo. ¿Cómo estás?

—Bien. Trabajando aquí los días pasan demasiado deprisa, esa sería la única pega.

—Cuando llegue la temporada alta el tiempo se detendrá y te acordarás de las palabras que me estás diciendo ahora.

—Siempre me asustas con eso. ¿Quieres que me vaya antes de tiempo?

—No quiero que lo hagas nunca. —No me doy cuenta de la seriedad de mis palabras hasta que ella me mira con cara desconcertada—. Quiero decir que... no quiero asustarte. Eres una buena empleada, no quiero que te marches. —Parece confundida con mi última afirmación, pero tenía que salir al paso de alguna manera—. ¿Vamos a la cocina?

—¡Claro! Aunque primero tengo que cambiarme. ¿Qué tal está tu mano?

—Parece que me va a dar la lata una larga temporada, por suerte, ahora tengo una gran ayudante. —Una sonrisa ilumina su cara. Ambos salimos del despacho, ella se dirige al vestuario, y yo sigo mi camino hacia la cocina.

Diez minutos después estamos frente a los fogones. Ella coge un delantal y un gorro; la imagen me parece realmente sexi. Por un momento me da por pensar en la cantidad de cosas que podría hacerle sobre esta encimera, mi miembro se pone en acción casi al instante y me pongo nervioso, un sentimiento con el que no tengo demasiada relación. Trato de disimular mi excitación. Parece que esto de trabajar juntos no va a ser nada fácil.

Procuro concentrarme todo lo que puedo. Intento sacarla de mi mente, por suerte, cuando

pongo todos mis sentidos en la cocina, consigo olvidarme de lo que me rodea. Cuando lo tenemos todo preparado, los demás van incorporándose. Tengo que reconocer que Sara me sorprende. Me veo reflejado en ella hace unos años. La pasión con la que prepara cada plato, su mirada al hacerlo. Sé reconocer muy bien a las personas que disfrutan con la cocina. Y Sara, sin duda, es una de ellas.

Siempre me ha gustado enseñar, por eso cuando puedo imparto cursos.

Todo el mundo me dice que teniendo ya un restaurante no debería estar dentro de la cocina, sino cuidando del negocio, pero creo que la esencia de Besos con Sal es precisamente esa.

Hoy la noche acaba pronto. Es domingo y se nota. Cuando terminamos de recoger, me quedo fijo mirando los fogones y pensando en si no nos habremos equivocado con la decisión de abrir un nuevo restaurante.

—¿Estás aquí? —Se acerca Sara.

—Sí, perdona.

—Creo que solo está una parte de ti. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Puedo confiar en ti? —Mi pregunta parece inquietarla.

—Sabes que sí.

—Verás, nadie sabe nada todavía, así que esto no puede salir de aquí. ¿De acuerdo? — Cuando estoy a punto de contarle todo, Rubén aparece en la cocina para que hablemos—. Tengo que irme. ¿Hablamos mañana?

—Claro.

Parece desilusionada, pero en este momento no puedo contarle nada. Me marcho al despacho con Rubén. Al final, después de más de una hora de conversación, ambos nos pedimos perdón y logro entender el miedo que tiene de que Besos con Sal se quede solo. Este restaurante es lo único que nos da de comer y, no solo está en juego nuestra vida, también la de todos los empleados que tenemos aquí y eso me hace pensar. Entre los dos decidimos que lo mejor es que yo me ausente unos días y me ocupe de todo, el jueves Rubén me tomará el relevo.

Una locura más en mi currículum.

Cuando llego a casa solo puedo pensar en Sara y en la reacción de mi cuerpo al verla en esa cocina. Siempre he sido muy profesional para el trabajo y no sé lo que me está ocurriendo con ella. Debería preocuparme por todo lo que tenemos encima y no por este deseo loco que me provoca.

A la mañana siguiente, cojo mi maleta y pongo rumbo a Barcelona de nuevo. Cuando llego, el panorama sigue siendo el mismo. Decido despedir al jefe de obra y voy al Ayuntamiento a gestionar el tema de las licencias.

Durante todo el día me ocupo de buscar a gente competente para que no vuelva a pasarnos lo mismo. Por suerte, tengo varios contactos y doy con ellos rápido.

Llego al hotel a las once de la noche, con dos Coca-Colas y un pincho de tortilla en el cuerpo. Me quito la ropa, me tumbo en la cama y cojo mi móvil. Miro la hora y escribo.

CRISTIAN: 📱

Buenas noches. ¿Cómo ha ido la jornada de trabajo? Confío en que mejor que la mía. Estoy agotado. Siento la interrupción de ayer. Espero que podamos hablar pronto. Un beso.

Lo mando, pongo el móvil en la cama y me dirijo a la ducha.
Cuando salgo tengo un mensaje.

MI CHICA DEL PELO ROSA: 📱

Hola. Hoy he librado. Necesitaba descansar. ¿Y tú? No te preocupes por lo de ayer. Tampoco era sitio para poder hablar.

CRISTIAN: 
¿Puedo llamarte o es muy tarde?

MI CHICA DEL PELO ROSA: 
Puedes hacerlo.

—Hola, chica del pelo rosa.

—Hola. —Puedo notar su sonrisa a través del teléfono.

—¿Qué tal tu día libre?

—Bien, aunque por el tono de tu voz diría que el tuyo no, ¿verdad? —Tomo aire y contesto algo desanimado.

—Lo cierto es que no. No ha sido mi mejor día y presiento que tampoco será mi mejor semana.

—¿Quieres hablar? —No nos conocemos demasiado, aun así, siento que puedo confiar en ella.

—Estoy preocupado. Y no es un sentimiento con el que esté muy familiarizado.

—¿Ha ocurrido algo en el restaurante? —pregunta preocupada.

—En Besos con Sal no, pero me da miedo que ocurra. Sara, esto no lo sabe nadie, así que te pido la máxima discreción, por favor —le digo en tono de súplica.

—Puedes confiar en mí. No diré nada.

—Estamos tratando de abrir un nuevo negocio, aunque las cosas no están saliendo como esperábamos. Todo son problemas y, por primera vez en mucho tiempo, tengo miedo de que todo salga mal. Hemos apostado mucho por esto y no sé si nos habremos equivocado.

—Yo no entiendo mucho de este tema, aun así, viendo lo bien que os va con Besos con Sal, no me cabe duda de que os irá genial. Los principios siempre son duros, imagino que también os pasó, sin embargo, cuando uno le pone fuerza y ganas, nada se le resiste. Así lo veo yo.

—Hasta hace unos días yo era de tu opinión y ahora, con todo lo que está pasando, creo que no pienso igual. Estamos teniendo dificultades con los permisos, con las obras, con la gente que hemos contratado... Nada va bien, Sara. Incluso Rubén y yo hemos discutido. Te aseguro que es la primera vez que sucede algo así entre nosotros. Él quiere que yo me ocupe de todo aquí y no entiende que somos un equipo. Tiene miedo de que nuestra ausencia en Besos con Sal también suponga un problema más.

—¿Y dónde tenéis pensado abrir el nuevo local?

—En Barcelona. Aquí tengo que quedarme toda la semana para tratar de solucionar los problemas, después vendrá Rubén.

—Lamento mucho lo que está sucediendo. Supongo que no es fácil lidiar con esas cosas, sin embargo, estoy segura de que todo se arreglará. Ambos habéis hecho un buen trabajo en Ibiza, y estoy convencida de que sucederá lo mismo en Barcelona. Solo necesitáis un poco de paciencia, nada más. —Trata de animarme con sus palabras, y yo me siento agradecido por ello. Sé que lo hace de corazón y que seguramente tiene razón, todo esto pasará, y ambos volveremos a ser los mismos de siempre, aunque, ahora mismo, me siento sobrepasado—. No te conozco mucho, aun así, me da la sensación de que hay algo más detrás de todo esto que me cuentas.

Y es así. En otra situación no me atrevería a hablar de algo tan privado, pero con ella todo resulta más fácil.

—Tienes razón. No me gusta marcharme de Ibiza. Lo he hecho muchas veces y, desde hace

años, cada vez que me voy de la isla noto que me falta el aire. Pierdo la tranquilidad, me cambia el humor y me siento perdido. Sé que te parecerá una tontería... Lo cierto es que cuando me alejo de Ibiza siento la soledad, pero no la que todos necesitamos de vez en cuando, sino esa que te entristece. Solo pensar que tenía que viajar hasta aquí y quedarme varios días... —Me falta el aire de nuevo. Una sensación con la que llevo meses luchando. No puedo seguir hablando, aunque me gustaría explicarle a Sara cómo me siento.

—Cristian, relájate. Todo va a estar bien, te lo prometo. Trata de respirar y no pierdas el control. Pasaré, te lo prometo. Solo tienes que pensar en que pronto estarás aquí. —Ella sigue hablándome, y la maldita sensación de ahogo se apodera de mí de nuevo y no puedo seguir pensando en nada más. Oigo sus palabras, son suaves, tranquilizadoras, casi como una caricia. Me habla de su vida, me cuenta anécdotas y eso consigue relajarme y, poco a poco, mi respiración vuelve a la normalidad. Tengo que decir que estas cosas no me pasan muy a menudo, solo cuando salgo de mi sitio de confort. Comenzó a ocurrir cuando... La voz de Sara me saca de mis pensamientos—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Yo...

—No tienes que justificarte, aunque no lo creas, te comprendo muy bien. Solo quiero saber si ya ha pasado.

—Sí. Te agradezco lo que has hecho. No es la primera vez que me sucede esto, pero es verdad que nunca lo había controlado tan bien como hasta ahora y ha sido todo gracias a ti.

—No tienes nada que agradecerme, lo has hecho tú solo. Si algún día necesitas hablar, puedes llamarme.

—No sé por qué me ocurre todo esto.

—A veces es complicado saberlo. No te preocupes, todo pasará. Estás atravesando un periodo de estrés. Los problemas se irán y se solucionará lo del restaurante, ya lo verás. Solo necesitas un poco de tiempo para que las cosas se pongan en su sitio.

—Espero que tengas razón. Necesito que sea así. Siento haberte molestado.

—No lo has hecho. Solo quiero que estés bien. Reitero lo dicho, puedes llamarme cuando quieras.

—Gracias.

—Ahora trata de descansar. Mañana te llamaré para saber cómo estás. Todo tiene arreglo, Cristian. Se solucionará, te lo prometo.

Soy incapaz de contestar. Me siento idiota por notarme tan vulnerable. ¿Por qué no soy capaz de mostrar mi coraza delante de ella si lo hago con todo el mundo? Puede que me esté metiendo en un terreno peligroso. Ambos colgamos, y pienso en cada una de sus palabras. Apenas nos conocemos, pero esa conexión que ambos tenemos es simplemente especial.

7. Solo tienes que confiar

Sara

Después de la llamada de Cristian el sueño desaparece. Doy mil vueltas en la cama tratando de dormir, pero al final decido levantarme. Me siento frente a la ventana y su imagen viene a mi mente. Me pregunto qué le estará pasando por la cabeza. Por desgracia, entiendo muy bien su reacción, porque hace años que trato de controlar la ansiedad. Todavía me sorprende al saber que he podido ayudarlo a que se tranquilizara, algo que yo nunca consigo.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, me hago un café y cojo el móvil para escribirle un mensaje.

SARA: 

Buenos días. ¿Qué tal has pasado la noche?
Espero que ya estés mejor. Un beso.

Muevo una y otra vez la cuchara en el café esperando una respuesta que no llega. Samuel se levanta, acaricia mi pelo y me da un tierno beso en la mejilla.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —pregunta aún con los ojos cerrados.

—No he pasado muy buena noche.

—¿Preocupada?

—Sí, supongo que sí. —En ese momento se alumbra mi móvil. Un mensaje.

—¡Vaya! ¿Capullo mentiroso? Él es tu preocupación, ¿verdad? —Me sonrío.

Con él es imposible tener secretos. Le pongo al día de lo que sucedió ayer. Samuel me escucha atentamente. Sabe perfectamente los años que llevo enfrentándome a mi problema y lo que sucede cuando no consigo salir de ellos o me siento agobiada. Puede que gracias a mi amigo ayer ayudara a Cristian. Las mismas palabras que pronuncié son las que él me dice cada vez que me sucede algo parecido.

Me pide que tenga cuidado y alega que el chef *buenorro* me gusta demasiado, aunque no quiera admitirlo. Puede que tenga razón. En el fondo tengo miedo de meterme en un terreno del que no pueda salir.

Terminamos nuestra conversación, y Samuel me anima a que le conteste, que puede que me necesite. Me guiña un ojo y se marcha a la ducha. Yo me quedo en la barra de la cocina leyendo el mensaje.

CAPULLO MENTIROSO: 

Buenos días. Lo cierto es que dormí muy bien, aunque a las seis estaba ya despierto. Gracias de nuevo por lo de ayer.

SARA: 

No tienes nada que agradecerme, ya te lo dije.
Todo está bien. ¿Cómo van las cosas por allí?

CAPULLO MENTIROSO: 

He conseguido solucionar lo de los permisos. Si todo va bien, en esta semana podremos empezar las obras. ¿Qué tal todo por Besos con Sal?

SARA: 🗣️

¡Eso es genial! Me alegro mucho, de verdad. Sabía que todo se arreglaría.
Por el restaurante todo bien, como siempre. Hoy libro de nuevo.
Creo que me iré a la cala a la que me llevaste. Me encantó.

CAPULLO MENTIROSO: 🗣️

¿Vas a ir a la cala? ¿Recuerdas cómo llegar? Espero que disfrutes mucho de tu día libre.

SARA: 🗣️

Lo haré, aunque dudo de que disfrute tanto como el día que estuve contigo.

Lo mando y, cuando lo hago, me doy cuenta de que, como siempre, he hablado más de la cuenta. Para colmo, él no me contesta, y eso enciende todas mis alarmas. Solo espero que no se haya enfadado por mi comentario.

Al ver que no contesta, decido darme una ducha. Preparo todo lo que necesito, salgo de casa y alquilo una moto en un local que queda cerca, es el mejor medio para recorrer la isla, y me dirijo a la cala.

Cuando piso la playa respiro hondo, el olor a salitre lo envuelve todo y en este momento pienso que es el mejor aroma del mundo. A pesar de la brisa fresca que sopla un intenso calor me invade. Los recuerdos se apelotonan en mi mente: Cristian, él y yo en ropa interior, él y yo bañándonos en el mar y ese descaro suyo...

Mi corazón empieza a latir con fuerza y creo que es el mejor momento para tomar un baño. Camino hasta la orilla y pego un grillo cuando una pequeña ola acerca el agua del mar hasta mis pies; está helada. Al menos me consuela pensar que no hay absolutamente nadie en la cala que me haya oído gritar como una cobarde. Me río pensando en lo que Cristian me diría... ¡atrevido! Cuando salgo, cojo mi móvil y hago fotos de la playa y un selfi con el agua de fondo para colgarlo en mi estado. Inmediatamente recibo un mensaje de Cristian.

CAPULLO MENTIROSO: 🗣️

Siempre he tenido buenos recuerdos de esa cala, sin embargo, desde que fui contigo, no consigo quitármela de la cabeza.

SARA: 🗣️

¿Y eso?

CAPULLO MENTIROSO: 🗣️

Sería imposible olvidarme de tu cuerpo y de que casi nos besamos en esa playa.

Leo el mensaje varias veces para cerciorarme de que mi imaginación no me está jugando malas pasadas. Antes de que pueda contestar, él lo hace de nuevo.

CAPULLO MENTIROSO: 🗣️

Me hubiera encantado besarte. Te lo prometo.

SARA: 🗣️

A mí también, pero creo que habríamos complicado mucho las cosas.

CAPULLO MENTIROSO: 🗣️

¿De verdad lo crees? Nunca he mezclado el trabajo con el placer, aunque contigo... estoy dispuesto a hacer una excepción.

Decido no contestar; a pesar de ello, sus palabras retumban en mi mente durante todo el día.

Sé que, si no soy fuerte, acabaré perdida por él y en este momento de mi vida creo que no soy capaz de fiarme de un hombre de nuevo.

Durante toda la semana seguimos mandándonos mensajes, incluso hacemos alguna llamada, sin embargo, no volvemos a tocar el tema de nuestra «tensión no resuelta».

El jueves, al salir del trabajo, quedamos todos los compañeros para tomar una copa. Los de la mañana también vienen, incluso Rubén se apunta.

Lucía no puede disimular la atracción que siente por él. No solo eso; por su cara, su actitud y las cosas que me ha contado está claro que está totalmente enamorada. Creo que no es la única, porque Rubén no le quita ojo en toda la noche.

En varias ocasiones se quedan solos, acercándose demasiado, con gestos de cariño... Supongo que el alcohol les ha desinhibido porque nunca los había visto así. Yo, por mi parte, pienso en mi chef preferido, en las ganas que tengo de volver a verlo.

Samuel, que me conoce muy bien, me saca de mis pensamientos, invitándome a una copa y empujándome a la pista a bailar.

Pasadas las seis salimos del local. Samuel y yo cogemos un taxi, mientras Lucía se va con Rubén. Me guiña un ojo. Solo espero que por fin ambos sean claros y surja de una vez lo que tanto tiempo llevan deseando.

Al día siguiente duermo hasta las tantas. No veo ni a Samuel. Cuando me quiero dar cuenta estoy de nuevo en Besos con Sal. Llego la primera, como siempre. Rubén, que está en la barra, me recibe con gesto serio. Me dirijo directamente al vestuario.

Minutos más tarde llega Lucía con los ojos llenos de tristeza. Suelta su bolsa y se sienta a mi lado. Me limito a abrazarla. No me atrevo a preguntar nada. Es evidente que anoche las cosas no salieron como ella esperaba.

Las lágrimas dibujan una línea por sus mejillas y me mira.

—Todo es una mierda, Sara. Nunca te enamores de alguien que no está a tu alcance o acabarás con el corazón destrozado. —Sus palabras hacen que me quede sin aliento—. Aléjate de Cristian antes de que sea demasiado tarde. Hazme caso. No conviertas tu vida en un infierno. —En el fondo sé que tiene razón.

—¿Quieres que hablemos?

—No. Solo quiero olvidarme de todo.

—¿Por qué no salimos cuando acabemos el servicio? Puedo llamar a Samuel. Es el mejor dando consejos sobre el amor. Esos que no aplica para él. —Consigo sacarle una sonrisa—. ¡Ves! Es nombrarle y ya... Le pondré un mensaje para que venga a buscarnos.

Ella asiente. Nos vestimos y la dejo con los demás compañeros que han comenzado a llegar, mientras subo para empezar a preparar las cosas en la cocina.

Cuando voy por las escaleras, me encuentro con Cristian. Estamos a punto de chocar, sin embargo, antes de que yo pierda el equilibrio, me coge por las caderas. Nuestras bocas se acercan, nuestros ojos piden a gritos que nuestros labios se unan. El corazón se me acelera, el calor vuelve a mi cuerpo.

Es imposible controlar el deseo cuando la vida te lo pone delante de esta manera. Por suerte, Rubén nos interrumpe, y Cristian se ve en la obligación de soltarme. Parece que no está muy de acuerdo con nuestra cercanía o, por lo menos, eso es lo que expresa su cara.

Subo corriendo a la cocina.

Comienzo a cortar la cebolla cuando mi cuerpo se tensa. Cristian me rodea por la espalda.

Sus manos están apoyadas en la encimera, puedo sentir su respiración.

—No puedes huir eternamente —añade con una voz muy sensual que hace que la temperatura de mi cuerpo aumente en cuestión de segundos.

—Yo, yo... no huyo. Tenía que trabajar —titubeo.

Sé perfectamente que está disfrutando con la situación. Se acerca más a mí. Puedo sentir su aroma, cierro los ojos tratando de mantener la calma y me repito a mí misma: «Relájate. Solo está jugando. Estás deseando darte la vuelta y besarle, pero recuerda: no puedes perder el trabajo».

La teoría está muy bien, sin embargo, la práctica es otro cantar.

Trato de moverme, aunque él no me lo pone fácil. Acaricia mi pelo. Siento un cosquilleo en mi cuello que hace que mi cuerpo se tense todavía más. Sus labios se acercan y me dice:

—Me encanta averiguar todo lo que provoco en ti, aún más cuando todavía no te he tocado. Cuando lo haga..., acabarás sin ropa interior, como el día de la playa. —¡Punto para él! Maldita sea. Pensar en eso me pone a cien y creo que ese era uno de sus objetivos. Se aleja, poniéndose al otro lado de la encimera, clavando su mirada en mí. Me sonrío pícaramente—. Me encanta cuando te sonrojas. —Yo agacho la cabeza inmediatamente. Trato de cortar la cebolla de nuevo. Puedo intuir su risa de nuevo, aunque no me atrevo a comprobarlo—. Será mejor que nos pongamos a trabajar —añade.

Como todos los viernes, la noche se convierte en una locura. Eso no resulta problema para Cristian, que no ha dejado de provocarme en todo el turno. Ha aprovechado cualquier ocasión para que nuestros cuerpos se rocen. Parece que le divertía la situación. En cambio, a mí no me parece nada gracioso.

No sé qué pretende con esto. No pienso sucumbir a sus encantos, por muy bueno que esté. Tengo que mantener la mente fría en el trabajo, aunque parece que todo lo que está relacionado con él es demasiado caliente.

Cuando terminamos el servicio se ofrece a llevarme.

—¿Te acerco a casa?

—No hace falta. Tengo planes.

Se acerca a mí lentamente, y de nuevo mi respiración se agita. ¡Maldito seas, Cristian Lacosta! Sus labios se aproximan a mi oreja y me susurra:

—¿De verdad no quieres que te lleve a casa? —«¡Claro que quiero, idiota! Pero no te lo voy a poner tan fácil», me digo a mí misma.

—Lo siento. He quedado con Lucía para salir un rato. Nos vemos mañana. —Le guiño un ojo y me siento triunfal.

Después de la noche que me ha dado, se lo merece. Su gesto es de derrota, nada que ver con mi sonrisa.

Rubén y él se quedan hablando en la puerta. Ambos nos dedican una mirada, mientras Lucía tira de mí. Samuel aparece, me rodea con sus brazos y me da un tierno beso en la mejilla.

—¿Nos vamos, princesas? —pregunta ante las atentas miradas de Rubén y Cristian.

—Hasta mañana —añado. Ellos contestan lo mismo.

Los tres ponemos rumbo al coche de Lucía. Mi querido amigo comenta lo celosos que se han quedado los jefes, que creen que tienen competencia. Todos nos reímos por el comentario. Pasamos una gran noche. Conseguimos que Lucía se olvide de todo lo que ocurrió ayer, y yo, por unos instantes, también me olvido de todo lo que me hace sentir Cristian.

Llegamos cerca de las ocho a casa. Parece que Ibiza nunca duerme.

Me siento en la cama y, antes de acostarme, me pongo a ver las fotos de la noche que consiguen sacarme una sonrisa. Cuelgo algunas en mi estado y me sorprende al recibir un mensaje

casi al instante de Cristian.

CAPULLO MENTIROSO: 🗨️

Sales preciosa en las fotos. ¿Te levantas o te acuestas?

SARA: 🗨️

Gracias. Me acuesto. Hace poco que he llegado a casa. ¿Y tú?

CAPULLO MENTIROSO: 🗨️

A revés que tú, yo me levanto. Parece que fue bien la noche, ¿no?

Cansada de escribir, decido llamarle.

—Hola —digo en un tono de voz bajo.

—Buenos días.

—Siento llamarte, pero me agota escribir tanto mensaje. Me parece mucho más práctico hablar por teléfono. Espero no molestarte.

—No lo haces. Me encanta escucharte. —Tiene el poder de sonrojarme hasta cuando no nos vemos.

—¿Dónde vas tan temprano un sábado?

—Tengo cosas pendientes. ¿Y tú? ¿No tienes sueño?

—La verdad es que no. Supongo que lo tendré esta noche.

—¿Por qué no empezamos con las clases de cocina? —Me sorprende su pregunta.

—¿Clases?

—Sí. Habíamos quedado en que te enseñaría, ¿no?

—Creo recordar que no contesté. —Sonrío como una tonta.

—Ya te dije que no aceptaría una respuesta negativa.

—Hasta que no te diga que sí, no pararás, ¿verdad?

A cabezota no lo gana nadie a este hombre, por lo que he podido comprobar. La verdad es que, aunque es algo que siempre me ha llamado la atención, algo dentro de mí me incita a rechazarlo, supongo que es hora de que acepte que ese «algo» no es otra cosa que miedo. «¿Y si le digo que sí?», recapacito.

—Me conoces bien. ¿Qué tal si quedamos sobre las tres? ¿Es una buena hora?

—¿Hoy? —No sé si estoy preparada para lanzarme a la piscina, veo muchos contras y ahora mismo destaca uno por encima de todos los demás: demasiada cercanía con él.

—¿Qué ocurre?

—¿No es un poco precipitado? —«¿De verdad no es suficiente tener que compartir cocina con él todas las noches?», pienso.

—A mí me parece el mejor momento. ¿O piensas dormir todo el día?

—No. ¿Y dónde serían esas clases?

—En mi casa. —Todas las alarmas se me encienden. «¡No puedo ir allí! Estaremos solos y eso suena a peligro». Parece que él lee mi mente—. ¿Te da miedo quedarte a solas conmigo? —suelta burlón. Guardo silencio unos segundos.

—No es miedo, es... precaución. No creo que quedarnos solos sea la mejor opción.

—Voy a enseñarte a cocinar. ¿O tienes algo más en mente? —pregunta descarado. ¡Claro que tengo otras cosas en mente! Aunque prefiero callarme.

—Por supuesto que no. Está bien. Nos vemos a las tres.

—Paso a recogerte.

—No... —Me interrumpe antes de que pueda continuar.

—A las tres estoy abajo. Te dejo para que duermas.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y sonrío. Me estoy metiendo en la boca del lobo, sin embargo, me resulta imposible decirle que no. Me pueden las ganas por verle de nuevo.

Consigo dormir hasta las dos. Lo justo para ducharme, ponerme un pantalón, una camiseta y bajar a su encuentro.

Viene en moto a recogerme, por lo que de nuevo disfruto de poder agarrarme a sus caderas. En esos momentos, en los que estoy aferrada a él porque no me queda más opción y en los que él no puede verme la cara, fantaseo con la posibilidad de volver a sentir sus manos en mi cuerpo.

En cuanto llegamos a su casa, me quito la chaqueta, y me ofrece algo de beber. Se dirige a un mueble del salón sacando dos copas de vino. Babeo mientras lo veo descorchar la botella, en realidad quiero desviar mi mente de los bíceps que se le marcan, pero... no puedo evitarlo. Después de servirlos, nos dirigimos a la cocina.

Se disculpa un momento adentrándose en el pasillo.

Al volver, lo hace con una camiseta vieja y unos pantalones cortos. Nos ponemos manos a la obra.

Me comenta que haremos un plato principal, un segundo y un postre.

Poco a poco saca todos los ingredientes y comenzamos. Me va dando instrucciones que yo sigo al pie de la letra. Observa cómo lo hago y se pone detrás de mí. Puedo notar su respiración. Mi corazón comienza a latir con fuerza.

Trato de concentrarme en la cocina. A pesar de que nuestros cuerpos se rozan en varias ocasiones, provocando una electricidad entre nosotros, él es muy profesional y mantiene la mente fría.

Me da a probar con la cuchara. Ese simple gesto me parece tan sensual que por mi mente pasan mil y una ideas. Creo que él lo nota porque me dedica una sonrisa pícaro.

Cuando llegamos al postre, la situación se complica. Al coger la leche de la nevera, la derramo sobre la encimera y por consiguiente me mancho toda la camiseta. Maldigo una y mil veces, mientras Cristian no para de reírse.

—No me hace ninguna gracia —espeto enfadada.

Se acerca a mí y trata de secarme con un paño. El solo roce hace que mi cuerpo entre en un fuego interno. Mis pezones se endurecen y puedo ver cómo él también lo percibe. La tensión aumenta entre nosotros, ninguno es capaz de quitar la mirada del otro, nos acercamos lentamente. Él acaricia mi mejilla en un gesto suave provocando un millón de sensaciones en mí. Cierro los ojos y me dejo llevar. Permito que siga con sus caricias, hasta que para, y vuelvo a la realidad.

Nos quedamos enganchados en los ojos del otro y añade:

—Si sigues mirándome así, voy a besarte, y realmente no sé si es eso lo que quieres. — Trago saliva e intento recomponerme.

—Creo que será mejor que sigamos con la receta.

Cristian se queda un poco desconcertado con mi comentario, a pesar de ello, afirma y volvemos a nuestros puestos, justo con lo que estábamos haciendo antes de que sucediera todo esto.

Ambos estamos tensos. El estado relajado y tranquilo que teníamos al principio se ha esfumado en tan solo unos minutos.

He dejado de disfrutar de cocinar, y creo que él también lo nota. Coge un poco de harina y me mancha la nariz. Sonríe al hacerlo, y yo también. Trato de mancharle, pero me esquivo.

Corremos en torno a la isla de la cocina riéndonos a carcajadas, lanzándonos harina como dos críos, sin importarnos nada más.

Él consigue cogermé. Ambos nos quedamos paralizados. Nos dedicamos una mirada y una nueva sonrisa. Ahora soy yo la que se aproxima a él y rozo su nariz con mis dedos. Agarra mis caderas con sus brazos y me atrae aún más. Nuestras bocas están a tan solo unos centímetros. Esta vez no voy a alejarme. Quiero sentir lo que un beso suyo puede provocar en mí.

Se acerca a mis labios, posando los suyos sobre ellos. Un medio beso que hace estallar a mi cuerpo. Me atrae más hacia él y profundizando, metiendo su lengua dentro de mi boca, provocando un millón de sensaciones que hasta ahora creía desconocidas. Juguetea con mi lengua y muerdo despacio sus labios. Puedo sentir que mis besos no son indiferentes para él.

Nos separamos. No puedo evitar poner cara de niña adolescente a la que acaba de besar el chico que le gusta. Él me observa y una media sonrisa sale de su boca.

—¿Todo bien?

—Demasiado bien, diría yo. Llevo con ganas de esto desde que te conocí.

—¿En serio? ¿Y por qué hemos esperado tanto?

—Porque eres mi jefe. —Se toca el pelo y se pone serio.

—Sara, yo no soy tu jefe.

—¿Cómo que no?

—Soy el chef de Besos con Sal.

—Y el dueño del restaurante.

—Al cincuenta por ciento.

—Suficiente.

—No quiero que lo veas de esa manera. Para mí todos los que trabajáis allí sois mis compañeros.

—Cristian, aunque opines eso, seguirás siendo mi jefe. —Se acerca de nuevo a mí y me acaricia la cara con la punta de sus dedos. Un gesto que hace que se me erice la piel.

—Puedo ser lo que tú quieras que sea. —Sus palabras suenan a promesa. De esas en las que yo ya no confío.

Su boca vuelve a la mía. Noto que su respiración se altera. Paso mi lengua por la comisura de sus labios y soy consciente de que no le resulta indiferente. Mis manos se cuelan por debajo de su camiseta, acariciando lentamente sus pectorales. Las suyas tampoco pierden el tiempo. Se desprende de mi camiseta, dejándome en ropa interior.

Nuestras bocas siguen sedientas de besos, a pesar de que apenas podemos respirar.

Bajo mi mano hasta su pantalón y la introduzco, palpando su erección. Él suelta un gemido, pero, antes de seguir con lo que tengo en mente, se separa de mí dejando un enorme espacio entre nosotros que no logro entender.

Cristian se toca el pelo y anda por la cocina.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar.

—No. No es nada. —Recojo mi camiseta y me marchó inmediatamente de allí avergonzada por lo que acaba de suceder.

Cuando estoy a punto de llegar a la puerta, Cristian me detiene con su brazo, poniéndome de frente a él. Sus ojos, esos que tienen el poder de enloquecerme, me miran intensamente. Sin embargo, no puedo hacer otra cosa que agachar la cabeza.

—Siento... —comienza a hablar.

—No tienes que disculparte. Hemos llegado demasiado lejos.

—No quiero que pienses que... —Le interrumpo. Bastante bochornoso es lo que ha

ocurrido para que encima vaya a explicármelo.

—Me voy, Cristian. Es lo mejor.

—Espera, te llevaré.

—No te molestes. Andaré un poco y después cogeré un taxi. Nos vemos luego. —Esas son mis últimas palabras antes de cerrar la puerta.

Soy incapaz de analizar lo que ha ocurrido en esa cocina y, en el fondo, creo que tampoco quiero hacerlo.

Cristian

«¡Gilipollas, gilipollas, gilipollas!». Sí, eso es lo que soy. ¿Cómo he podido rechazarla de esa manera? Me estoy volviendo loco.

Me he saltado mi primera regla: no traer a ninguna mujer a mi casa. Y lo peor de todo es que soy reincidente. ¡Maldita sea!

Yo quería que pasara. ¡Joder! Lo estaba deseando desde que la conocí, pero una horrible sensación en el estómago ha hecho que me aparte de ella. Sara no es el polvo de una noche. Quería creer que lo que siento por ella es una simple atracción, un deseo, sin embargo, estaba equivocado ¡Me gusta! Sí, le haría mil guarradas en esta cocina y también me encanta escucharla, verla cocinar, charlar con ella, perderme en su sonrisa... Soy un payaso. Uno que no tiene remedio y que acaba de perder la oportunidad de su vida.

Nunca me perdonará que la haya rechazado, estoy seguro. ¿Qué habrá pensado de mí?

Es evidente que me pone como un burro. Hasta ella misma se ha dado cuenta. Necesito hablar con ella.

Le escribo un mensaje.

CRISTIAN: 📧

Lo siento. Quiero explicarte algunas cosas.

Espero unos minutos, en los que no obtengo respuesta.

Me distraigo recogiendo el estropicio de la cocina. Nunca preparar un postre me había parecido tan divertido y a la vez tan sensual.

Solo me quedan dos horas para volver a Besos con Sal. Hoy me toca abrir y cerrar, ya que Rubén no llegará hasta mañana.

A las seis llego al restaurante. Preparo algunas cosas y me pongo a revisar papeles de los proveedores.

Miro a la puerta continuamente sabiendo que Sara no tardará en aparecer.

Antes de las siete entra, me dedica un «hola» un tanto seco, saliendo despavorida al vestuario. La sigo. Ella me ignora comenzando a cambiarse. Yo trato de mantener la calma, sin embargo, volver a verla desnuda no ayuda demasiado.

—Sara, necesito que me escuches —le imploro.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Está todo bien.

—¿De verdad? Porque no es lo que parece.

—Solo tengo una curiosidad. ¿Podrías contestarme a algo?

—Por supuesto. —En este momento no tengo ni idea de lo que puede ser.

—¿Te gustan las mujeres o...? —¿En serio me está preguntando eso después de lo que ha pasado entre nosotros?

—¡Alucino! ¿Crees que me enciendo con cualquier persona o que tengo una especie de

botón?

—Yo..., lo siento. Si fuera así no lo vería mal. Solo que...

—¿Qué?

—Preferiría saber que lo eres y no que no quieres acostarte conmigo.

¡Acabáramos! Ahora piensa que no quiero estar con ella, cuando en realidad es todo lo contrario. Su cara se entristece, y no podemos seguir hablando porque los chicos comienzan a aparecer.

—Hablamos más tarde —le digo entre el bullicio de las voces.

Subo para preparar todo y, cuando los demás lo hacen, les explico cómo será el servicio de hoy.

—Lucía y yo estaremos en sala. Yo la ayudaré en las horas donde hay más gente, mientras Enna y Valentín se ocuparán de llevar la comida. En la cocina estará Sara, y yo supervisaré todo. Trataré de ayudar en todo lo que pueda. ¿Alguna duda? —Miro a Sara, que sigue con el semblante serio. Necesito pensar en una alguna forma de arreglar las cosas con ella.

Para ser domingo, la noche se vuelve una locura. Intento ayudar a todo el mundo, aunque tengo que decir que el equipo que tenemos vale oro. No puedo estar más orgulloso de ellos.

Cuando acabamos el servicio, me quedo haciendo caja. Todos se ofrecen para ayudarme a montar lo de mañana, pero les mando a casa. Se lo merecen.

Las últimas en salir son Lucía y Sara.

—Buenas noches, jefe. Descansa. Tienes cara de cansado hoy —añade Lucía.

—Gracias. Lo haré. —Veo cómo le guiña un ojo a Sara, y esta me mira.

—Nos vemos mañana —dice ella. Ambas salen por la puerta, unos minutos después, Sara vuelve a entrar.

—¿Se te ha olvidado algo? —pregunto curioso.

—No. Me quedo a ayudarte. Cuatro manos cunden más que dos.

—No hace falta que... —No me deja terminar.

—¿Eres tan cabezota para todo? ¡Venga! —En menos de diez minutos lo tenemos todo preparado. Sara se sienta en la barra y me mira—. ¿Cansado?

—Mucho. No están siendo días fáciles.

—Pasarán. Bueno, será mejor que me vaya. Ya es tarde.

—Sara, espera.

Me acerco a ella y compruebo que su respiración se agita. Acercó mis labios a los suyos, pero ella pone su mano en mi boca.

—Cristian, no compliquemos más las cosas, por favor.

—¿Complicarlas? Yo diría que vamos a arreglarlas.

Hundo mi boca en la suya, haciéndole sentir lo mucho que me gusta. Me deshago de su camiseta, centrándome en su cuello. Trazo una fina línea de besos hasta su ombligo, a lo que ella responde con un gemido. Desabrocho el botón de su vaquero y tiro de él.

—Cristian. —Mi nombre en sus labios provoca sensaciones que creía olvidadas.

—No voy a parar. Estoy haciendo lo que tanto he deseado, así que mejor no digas nada. — Y no lo hace.

Ahora es ella la que me quita la camisa. Mete su lengua en mi boca y juguetea, provocando una gran excitación en mí. La cojo en volandas, tiro lo que hay en la mesa más cercana, la tumbo encima desabrochando mi pantalón, cogiendo al mismo tiempo un preservativo del bolsillo de mi cartera que me coloco rápidamente y me deslizo suavemente dentro de ella, a lo que responde con un largo gemido.

Subo sus manos hacia arriba y recorro con mi lengua la mitad de su cuerpo, mientras ella se mueve entre gritos de placer. Se incorpora, enreda sus manos en mi cuello y comienza a hacerlo más rápido.

El placer que siento aumenta por momentos. Nunca imaginé que nuestro primer encuentro sexual se fuera a producir aquí, en un sitio tan especial para mí. Salgo de ella, le doy la vuelta dejando que se apoye de nuevo en la mesa. Esta vez entro en ella con una fuerte embestida. Sube el culo, consciente de que ese gesto me mata de placer. Aumento el ritmo, y enloquece. Estoy a punto de perder el control. Escucharla gemir hace que el orgasmo sea todavía más increíble.

Le doy un beso en el cuello y la ayudo a incorporarse. Su cara me dice que lo deseaba tanto como yo. De nuevo la beso fugazmente, nos vestimos y se produce un silencio entre nosotros.

—Sara, me gustas mucho. Sé que no es el mejor sitio para..., pero no me arrepiento en absoluto.

—Yo tampoco, aunque no quiero pensar que lo has hecho por lo que ha sucedido esta mañana.

—¡Por supuesto que no! Ven. —Cojo su mano y la siento encima de mis piernas. Acariciando su pelo con mis dedos—. Siento mucho lo que ha pasado hoy. Hay una explicación para eso. Eres la primera mujer que entra en mi casa. Bueno, la primera después de ella —me atrevo a confesar—. No tuvimos una ruptura fácil. No te voy a negar que he estado con otras mujeres. Sin embargo, me autoimpuse una regla que hasta ahora había cumplido: que no entrara ninguna mujer de nuevo. A pesar de ello, contigo parece que nada de eso funciona.

»No quiero sonar cursi, pero me gustas de verdad, no solo para que nos acostemos de vez en cuando. Me gusta charlar contigo, verte reír, contarte lo que me pasa. No sé, desde el principio sentí una conexión muy especial contigo. Ya te dije que no soy muy partidario de mezclar los negocios con el placer. Sin embargo, tengo que reconocer que contigo es una combinación explosiva que me encanta.

»No sé qué opinas tú de todo esto.

—¿Yo? ¡Que es un auténtico disparate! Trabajamos juntos y eso siempre resulta ser un problema.

—Creo que sabremos llevarlo. —Le guiño un ojo.

Mi móvil suena una y otra vez. Son mensajes y parece que el que los envía tiene muchas cosas que decirme.

—Contesta, no te preocupes —me dice Sara. Me acerco a la barra y cojo el teléfono. Leo...

RUBÉN: 📞

¡Capullo!

Ya que follas en nuestro restaurante, ten la decencia de apagar las cámaras.

Menos mal que no hay sonido.

Eres un cabrón con suerte.

Lleva a Sara a su casa o a la tuya, pero iros a dormir.

Nos vemos mañana. Espero que la noche haya ido bien.

Al terminar de leer suelto una carcajada. Vuelvo a dejar el móvil en la barra y ella me pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí. Parece que hemos tenido espectadores.

—¿Cómo dices? —me pregunta incrédula.

—Sí. Era Rubén. Ha visto las cámaras.

—¿¿Qué?? ¿Estás hablando en serio, Cristian? ¿Cómo no me dijiste que había cámaras? — Me da un manotazo en el hombro y me mira enfadada. Lo siento, pero yo no puedo hacer otra cosa que reírme—. ¿En qué coño estabas pensando? ¡Genial! Ahora tu amigo, mi jefe —recalca—, tiene una película porno para sus ratos de aburrimiento.

Suelto una carcajada. Esta mujer no tiene filtro. De repente veo que su expresión cambia, no aguanta más y se ríe. Hay que reconocer que la situación es... curiosa.

—Me temo que sí. No lo pensé.

—¡Madre mía! ¿Cómo voy a mirarle ahora a la cara?

—No te preocupes. No está enfadado. No creo que sea la primera vez que ve algo así. Me ha dicho que te lleve a casa.

—¿De verdad?

—Sí. En realidad, me ha dicho que te lleve a la tuya o la mía. —Se enrojece ante mi comentario.

—Será mejor que cada uno vaya a la suya.

—Bien. Vamos. Te llevaré. —Apago todo y salimos del restaurante. Tras lo cual vamos en busca de mi moto.

—Gracias por traerme. Ha sido una gran noche.

—Para mí también.

Me acerco de nuevo apoderándome de sus labios. Ella los recibe y nos perdemos entre nuestras bocas. Sara se separa de mí.

—Cristian, si sigues besándome así, lo que ha ocurrido en Besos con Sal va a ser un aperitivo comparado con lo que ocurrirá aquí.

—Puede que quiera comprobarlo. —Beso su cuello—. ¿Me invitas a subir? —pregunto con voz melosa.

—Samuel está arriba.

—¿Y?

—Cristian..., es mejor que vuelvas a tu casa.

—Está bien. Me lo tomaré como un rechazo.

—¡Por favor, no digas eso! Es tarde y los dos tenemos que descansar.

—No insistiré. Que duermas bien. —Acaricio su pelo con ternura y le doy un beso.

—Hasta mañana.

Arranco y pongo rumbo a casa. Por primera vez en mucho tiempo, he tenido la necesidad de llevarla allí. Pero puede que no sea lo correcto.

Sara

Vale. Lo admito. En este momento estoy sonriendo como una idiota, una que sabe perfectamente que acaba de meterse en la boca del lobo y será devorada por él.

Cristian no solo me gusta, sino que provoca sensaciones en mí que nunca había sentido. Puede que eso sea lo más peligroso; sentir. Porque sé que no podré controlarlo y necesito hacerlo.

Vine aquí con un claro objetivo: dejar atrás mi vida en Zaragoza, olvidar el dolor que me provocan los recuerdos, tratar de que la imagen de mi madre no se instale de nuevo en mi mente y no me deje continuar.

Mi hermano siempre me reprocha el que decidiera dejar a mi padre allí o abandonarlo, como él lo llama. No entiende que, si hubiera seguido a su lado, hubiera acabado conmigo. Traté de ayudarle, juro que lo hice, aunque de nada sirvió. La pérdida de mi madre nos afectó a todos.

Fue duro. Había que seguir viviendo. Sin embargo, él decidió que era mejor sumergirse en el alcohol y en las máquinas tragaperras. Sin duda, no fue el mejor camino.

Yo estaba agotada. Eran discusiones todos los días, malas caras, reproches... No podía más. Estaba acabando conmigo, y me vi en la obligación de marcharme. Según mi hermano, cuando lo hice se sintió desorientado, pero trata de recomponerse, aunque no ha dejado el alcohol.

No lo abandoné. Simplemente dejé de luchar por alguien que no quería seguir viviendo sin ella. Yo tampoco. Siempre había sido la fuerte, una chica que pese a las dificultades siempre tenía una sonrisa en la boca, aunque también tenía derecho a derrumbarme. Yo también necesitaba a mi madre. También estaba rota por dentro y quería llorar su ausencia, meterme debajo de las sábanas y soñar con que ella aparecería para taparme, darme un beso de buenas noches y decirme que me quería.

Lloré mucho y sigo haciéndolo. Porque es imposible olvidar a alguien a quien has querido tanto. No te recompones. Las ausencias dejan huecos en el alma que son imposibles de tapar y duelen, duelen mucho.

Tengo su olor grabado en mí, al igual que su sonrisa y su frase: «Sara, por favor, deja de ponerte esos colores en el pelo».

Unos días antes de que muriera, me estaba preparando para ir a mi primera clase de cocina. Había ahorrado algo de dinero y había pagado la matrícula y el primer mes. Estaba ilusionada. Me separaban tan solo unos pasos de mi sueño, y ella lo sabía.

—Sara, cariño, ¿preparada?

—¡Claro! Lo estoy deseando, mamá. —Ella me observaba con una sonrisa—. No me digas otra vez lo del pelo, por favor —le supliqué.

—¿Sabes? Después de todo, me gusta mucho. Pero solo porque lo llevas tú. Es un rasgo de tu fuerte personalidad. Nunca dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer. Lucha siempre por lo que quieres, como hasta ahora. Yo creo en ti. Siempre lo haré, mi niña del pelo rosa. —Dos lágrimas caían por mis mejillas, al igual que lo hacen en este momento al recordar sus palabras.

Nunca hubiera imaginado que días después mi madre me dejaría. Desde entonces, he pensado que esas palabras eran una despedida. Están presentes en mí cada día y me lamento por no poder cumplir lo que ella hubiera querido.

Estaba encantada con mi curso de cocina, el profesor me dijo que tenía talento para ello, lamentablemente, no pude continuar. Mi padre se gastaba hasta el último euro en bebida. La casa estaba llena de gastos y deudas, esos a los que yo tenía que hacer frente.

Desafortunadamente, no había para todo.

Un tiempo después, encontré trabajo, aun así, no podía permitirme pagar el curso de cocina. Renuncié a mis sueños y me metí en hostelería. No podía estar en la cocina, pero, quién sabía, a lo mejor algún día...

Allí conocí a Samuel y, desde el primer momento, supe que nuestra amistad sería para toda la vida. Congeniamos muy bien. Supo ganarse un sitio en mi corazón, al igual que yo en el suyo.

Él vivió de cerca el calvario que era luchar con mi padre. Fue mi paño de lágrimas, la persona que me escuchaba, que me entendía; mi amigo.

Cuando terminamos el curso, me propuso hacer una locura. Venirnos a Ibiza a trabajar, buscarnos la vida, cumplir sueños, disfrutar... Un plan muy tentador.

Ambos necesitábamos un cambio de aires. Nuestra vida sentimental estaba hecha un verdadero desastre. Necesitábamos aire puro.

Mi padre no se tomó nada bien la noticia, pero, como me dijo mi madre: no podía dejar que nadie decidiera por mí.

No fue fácil dejarle en Zaragoza y ahora que estoy aquí pienso que, si no lo hubiera hecho, si me hubiese quedado junto a él; hubiera sido mi final y supongo que, de alguna manera, también el suyo.

Con Samuel he aprendido muchas cosas y es que tiene una gran fortaleza para afrontar la vida, sus locos consejos y, sobre todo, la manera que tiene de quererme, tan incondicionalmente. Eso es lo que más valoro de él. La vida te pone a las personas que necesitas en el momento exacto, y Samuel, de alguna manera, me salvó. Es como mi ángel. Él siempre se ríe cuando se lo digo. Creo que siempre formará parte de mí.

El lunes vuelve y, con él, algún que otro problema.

Paso la mañana con Samuel, parece inquieto, y sé que hay algo que le preocupa, pero no quiere hablar del tema.

Él no trabaja hoy, a diferencia de mí. Al no estar Rubén, me toca trabajar, no podré disfrutar hoy de mi día libre.

A las siete, como siempre, llego a Besos con Sal. Cristian está sentado en la barra ojeando unos papeles.

—Buenas —digo sonriente.

—Hola, preciosa. Ya te echaba de menos. —Me sonrojo como una idiota.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Qué tal Rubén?

—Descansando. Ha llegado hace unas horas de Barcelona.

—¿Y tú? Pareces cansado.

—Llevo aquí todo el día. No veo la hora de cerrar. Lo mío no es encargarme de esto.

—Lo tuyo es la cocina —digo con una sonrisa.

—Sí. Y, además, ahora que tengo una ayudante tan... —No termina la frase porque Lucía y Valentín entran.

—Buenas noches, chicos —saludan. Respondemos, y Cristian me guiña un ojo. Vamos todos al vestuario dejándole a él arriba.

El servicio no se alarga hasta más de las dos, cosa que agradezco.

Cuando vamos a salir, Cristian me pide que me quede. Ponemos el cierre, y charlamos.

—Mañana es tu día libre —añade.

—¡Genial! Necesito descansar.

—Yo viajaré a Barcelona y el miércoles por la noche estaré de nuevo por aquí.

—Nos vemos a la vuelta, entonces.

—¿Te... gustaría venir conmigo?

—¿Cómo? —Sí, parezco idiota. He oído la pregunta, pero...

—¿Que si te gustaría acompañarme? Me encantaría enseñarte el nuevo restaurante. —Me quedo impactada con su propuesta y, francamente, no sé qué contestar—. No quiero que te sientas en un compromiso.

—Iré —digo al fin.

—¿De verdad? —pregunta, ilusionado.

—Sí, pero... no tengo billete, no tengo hotel...

—Está todo controlado. Compré dos billetes.

—¿Cómo sabías que diría que sí?

—Tenía la esperanza de que así fuera. De lo contrario, solo hubiera perdido un billete de avión. —Reímos. Ver su sonrisa provoca un cosquilleo en mi estómago—. ¡Vamos! Te llevo a casa.

Me subo en su moto, lo que se ha convertido en una de mis rutinas más excitantes.
Cuando llegamos, se despide de mí con un beso que me deja flotando hasta la mañana siguiente.

8. No te he fallado

Sara

Al día siguiente, Cristian me recoge a las ocho. Parece que lo de descansar en tu día libre está sobrevalorado.

Está ilusionado con nuestra visita a Barcelona. Me cuenta todo lo que tiene en mente, con lo que logra fascinarme. Es increíble ver la felicidad que siente la gente cuando cumple sus sueños.

Al llegar al hotel me doy cuenta de que tenemos una sola habitación, aunque, siendo sincera, no es algo que me preocupe demasiado.

Minutos después, por fin conozco el lugar del que tanto me ha hablado. Tengo que decir que es una maravilla. Sí, solo se ven paredes tiradas y obras, pero solo con la luz que entra y el espacio tan amplio sé que es el lugar perfecto. Cierro los ojos y por un momento me lo imagino todo montado. Tal y como me ha explicado Cristian en el viaje.

—Tú también lo has visto, ¿verdad? —pregunta ilusionado.

—Sí. Tal y como tú lo has descrito. Es simplemente maravilloso. Vais a triunfar, lo sé.

Me enseña cada rincón, me cuenta cómo colocará las cosas y las ideas que tiene para la cocina. Nunca lo había visto tan feliz.

Salimos de allí, y me invita a comer en un restaurante cercano. Más tarde paseamos por la ciudad, nos sentamos en un parque y charlamos.

—¿Qué te ha parecido?

—Maravilloso. Es difícil superar Besos con Sal, aun así, creo que lo vais a conseguir.

—Yo no estaba convencido de abrir un segundo restaurante, sin embargo, ahora estoy muy ilusionado.

—Lo sé, se te ve. Me alegro mucho. Por los dos. Trabajáis muy duro y merecéis que vuestros sueños se cumplan.

—Gracias.

—¿Y ya tenéis nombre? —pregunto curiosa. Cristian me dedica una sonrisa, y sé que sí, tienen nombre.

—Besos con Canela —lo dice y esa sonrisa aparece de nuevo.

En cuanto lo escucho, me viene una imagen a la cabeza. Nuestro encuentro en su cocina, el postre y... nuestros besos con canela. El mismo sabor que tenían nuestros labios cuando preparamos el crujiente de canela. Detengo mis pensamientos. «¡Vamos, Sara! Hay millones de razones por las que pueden ponerle ese nombre al restaurante. Además, ellos tenían la idea de esto mucho antes de que yo apareciera por la isla».

—¿Qué os pasa a vosotros con los besos? —añado en tono de broma.

—A nosotros no, a mí. —Me quedo pálida con su respuesta.

—Y... ¿puedo preguntar por qué?

—Te contaré una historia.

»Cuando era pequeño, veraneábamos en Málaga. Me encantaba el mar, bañarme, construir castillos de arena... Pero había algo que todavía me gustaba mucho más y era quedarme sentado en la orilla mirando el mar. No sabía explicar las sensaciones que me producía. Lo único que

sabía era que así era feliz. Ahora me sucede lo mismo. Me da la paz que muchas veces tanto necesito. Por eso, cuando salgo de allí, de mi zona de confort, me siento perdido.

»Mi madre me enseñó a amar el mar. Ella era la tranquilidad dentro de mi caos.

—¿Ella murió?

—No, aunque no me recuerda o no todas las veces que me gustaría. —Sus ojos se vuelven vidriosos.

—Yo... lo siento. No tenía que haber preguntado.

—No es algo de lo que hable con todo el mundo, aunque no sé por qué tengo la necesidad de contártelo.

—Hazlo —le animo.

—Empezaré diciendo que siempre he sido feliz, incluso cuando la vida no paraba de darme golpes, siempre veía el lado positivo de las cosas —comenzó—. Mi madre me enseñó a ser así.

»Cuando mi padre enfermó tenía treinta dos años, millones de sueños por cumplir y un restaurante que funcionaba a la perfección. Todavía me quedaba algo por hacer: abrir una escuela de cocina. —Se pasa la mano por el pelo y para unos segundos de hablar, como ordenando las ideas—. Cuando nos enteramos de su enfermedad tuve que dejar mis planes a un lado. Era momento de estar con mi familia, de apoyarnos y dejar que las cosas siguieran su curso. Fue un año catastrófico. —Suspira—. De esos en los que tus días son todos iguales.

»Por primera vez sentí miedo. Un sentimiento con el que nunca había tenido que lidiar y para el que, por supuesto, no estaba preparado.

»Que te digan que tu padre se va a morir y que no saben si en horas, días, o meses es terrible. Vivíamos en el hospital. Los últimos días fueron horribles. Él ya no era él. Simplemente un alma tumbada en una cama esperando que llegara su final. —Hace una pausa antes de continuar. Sé que le está costando horrores no derrumbarse al recordar todo aquello—. Yo solo pedía para que él no sufriera y, aunque los médicos nos decían que no, yo siempre pensé lo contrario. Un diecisiete de enero nos dejó y, desde entonces, ese vacío se quedó para siempre. Mi madre nunca lo superó. Tampoco puedo reprocharle nada. Yo tampoco lo he hecho.

»Un año después, mi madre comenzó a olvidarse de las cosas. —Un nudo estrangula mi garganta, no digo nada, prácticamente ni respiro. Sé que necesita soltarlo todo y también sé que hacerlo duele—. Al principio no le di importancia. Creí que sería por las pastillas que tomaba y el no descansar. Poco después la realidad volvió a azotarme en la cara.

»Mi madre tenía alzhéimer. Al principio era más fácil, ahora... ni siquiera se acuerda del chico que va a verla. En ocasiones nombra a mi padre como si todavía siguiera vivo y otras me trata como si yo fuera un niño. Hace una semana me dijo: Cristian, hijo, ¿cómo va el restaurante? —Una sonrisa llena de tristeza se instala en su cara y se esfuma rápidamente—. Apenas duró unos minutos. Es muy duro verla así, como también lo fue internarla en una clínica. Pero sabía que sería lo mejor, a pesar de que me matara por dentro. —Se para de nuevo. Sé lo difícil que le resulta hablar de esto y, por su cara, me doy cuenta de que le duele, le duele mucho—. No hay día que no me sienta culpable por la decisión que tomé, ¿qué otra cosa podía hacer?

Me acerco a él acurrucándolo entre mis brazos. Se rompe y creo que es necesario. Todos necesitamos soltar esas cosas que llevamos dentro y nos destrazan poco a poco.

Al escucharle me he dado cuenta de que no soy la única que batalla guerras interiores. Le entiendo porque yo también he sentido el dolor de la pérdida.

Creo que no nos hemos encontrado por casualidad. Al contarme su historia, me he dado cuenta de que Cristian es mucho más frágil de lo que aparenta. Y, en este momento, en lo único que

pienso es en encontrar consuelo para él. Me parte el alma verlo así.

Se recompone y me mira. Esboza una sonrisa, aunque sé que no le resulta fácil.

—Siento toda esta charla. Encima, no te he contado la historia de Besos con Sal.

—No te preocupes. Necesitabas desahogarte.

—En realidad, el nombre está relacionado con todo eso. Como te he dicho, veraneábamos en Málaga, yo era muy pequeño. Mi madre siempre me daba un beso cuando regresaba a la orilla, y yo siempre ponía mala cara. Esos besos me desesperaban con cinco, con diez años y hasta con dieciocho, creo que ahí todavía más. —Sonríe—. Mi madre siempre decía que sería su niño por mucho que creciera y que seguiría dándome besos. Yo le decía que no me gustaba el sabor que dejaban, ella me decía que nunca los olvidaría, que eran besos con sal.

»Y, es cierto, lo que no me gustaba en el pasado llegó a encantarme porque era parte de nosotros. —Se acaricia la mejilla, como queriendo acariciar uno de esos recuerdos que le embargan en este momento—. Nuestros besos, los suyos, los que tanto echo de menos ahora.

»Por eso puse ese nombre a mi restaurante. Mi madre derrochaba felicidad cuando se enteró. Era nuestro secreto. Ahora también forma parte de ti. —Dos lágrimas caen por mis mejillas. Él las limpia con la punta de sus dedos y me mira con una ternura a la que no estoy acostumbrada—. La cocina es mi pasión. Abrir un restaurante era parte de mis sueños. Hacerlo en Barcelona nunca lo fue, ¿y sabes por qué? Porque no soñaba con ello, simplemente apareció. Y ahora sé que me encanta, que me hace feliz. —Trago saliva. «¿Seguimos hablando del restaurante?», pienso—. El restaurante Besos con Sal es mi madre, y el de que aquí... eres tú, Sara. Llegaste a mi vida como un huracán, poniéndolo todo patas arriba, estoy fascinado con que lo hicieras. La sal tiene un lugar especial en mi corazón, pero la canela también.

»Así eres tú, un sabor que me endulza, que me enloquece y que provoca millones de sensaciones en mí. Algo inesperado, sin embargo, sé que será para siempre. —Me quedo impactada ante sus palabras. No esperaba tal confesión.

—Yo... —Trato de decir algo, aunque me resulta imposible.

—No sé qué piensas sobre esto. Sé que puede resultarte una locura. Sin embargo, te puedo asegurar que me siento diferente desde que llegaste a mi vida. Nunca imaginé que encontraría a alguien como tú. Tengo la sensación de que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Esta conexión nuestra..., no sé... —En este instante me tiemblan las piernas, las manos me están sudando—. Dime algo, por favor. Tu silencio me está matando.

—Lo siento. No esperaba lo que me has contado. Cuando has dicho Besos con Canela, me he acordado de nuestro encuentro en la cocina. Por un momento he pensado que la opción de coger ese nombre era por mí, aunque, segundos después, me he dado cuenta de que eso era una auténtica locura.

—No lo es. No habíamos pensado en un nombre. Sin embargo, ese día en mi casa supe que Besos con Canela era perfecto.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

—Puede que sí.

Se acerca lentamente a mí clavando su mirada en mis labios. Tira de mi cuerpo, y ambos caemos en el césped. Tumbados en el parque como dos adolescentes, tratando de calmar nuestros deseos.

Mete sus manos por mis medias, haciéndose hueco entre mis bragas. Sus dedos juegan dentro de ellas, y una explosión de calor se apodera de mí. Un gemido sale de mi boca, a lo que él responde con un beso intenso, cargado de pasión, que hace que mi sexo se humedezca sin control. Su erección es latente, por lo que trato de calmar su deseo con el movimiento de mi mano. Su

glande está mojado, y me doy cuenta de que nuestros cuerpos son capaces de encenderse mucho antes de tocarnos. Él cierra los ojos y deja que mi mano siga su curso. Su respiración se agita, al igual que la mía. Mi lengua se pasea por sus labios, rozándolos sensualmente, algo que lo altera, y que a mí me encanta. Mi boca se apodera de la suya, mientras nuestras lenguas se entretienen subiéndolo el calor entre nosotros.

—Para, nena, para —me pide con la voz entrecortada.

—¿Por qué?

—Porque me estás matando. Si sigues así voy a correrme en este parque sin importarme nada más. —Le miro mordiéndome el labio.

—Hazlo —zanjo.

Coge aire y continuo con los movimientos. Siento que su cuerpo se tensa, se adueña de mi cuello con sus labios y escucho un gemido de puro placer en mi oído. Sé que está a punto de perder el control y aumento el ritmo.

Mi mano acaba totalmente impregnada de él, y una risa tonta nos invade a los dos.

—Me haces perder el control —añade con una sonrisa maliciosa.

—Lo sé y me encanta. Lo haría mil veces más.

—Yo también, pero será mejor que nos vayamos antes de que nos detengan por escándalo público. —Saco unas toallitas de mi bolso para poder limpiarnos y, cuando conseguimos recuperar la cordura, ponemos rumbo al hotel.

¿Habéis tenido alguna vez la sensación de que hay personas que no se encuentran por casualidad? Yo sí. Creo que lo sentí desde el primer momento en que lo vi. Fue algo especial, esa sensación que te hace sentir miedo, que te hace vivir en una montaña rusa.

Que él me contara su pasado no ha hecho más que corroborar que hay almas que están destinadas a encontrarse. Esos somos nosotros. Tenemos demasiadas cosas en común.

Puede que él sea todo lo que siempre he soñado.

Cristian es el deseo, la felicidad, la risa, la tranquilidad... Mi corazón ya ha hecho espacio para él. «¿Será amor esto que siento?», me pregunto.

Pasar un día entero con él me da la respuesta a esa pregunta. Me he enamorado de él.

El regreso a Ibiza está cargado de sonrisas y ahora estoy segura de que podría acostumbrarme a esto.

Cristian me deja en casa y se va directo al restaurante. No sin antes llenarme de besos. A los que, desde hoy, me declaro adicta.

Cuando llego a casa, paso por el interrogatorio de Samuel, al que, por cierto, Rubén ha cambiado al turno de noche. No puedo estar más contenta. Así podemos estar más tiempo juntos.

Trato de descansar un par de horas y a las siete, como siempre, estoy en Besos con Sal. Al entrar, Rubén y Cristian hablan en la recepción. Él clava sus ojos en mí. Lleva una camiseta negra ajustada que deja entrever el tatuaje de su brazo que tanto me fascina.

Una sonrisa asoma en su boca, esa que provoca tantas cosas en mí y la que me muero por besar otra vez. Parece que me lee el pensamiento, me guiña un ojo, y yo me sonrojo. Samuel me da un codazo, y me pregunto cuánto tiempo llevo perdida en mis pensamientos.

—Buenas noches —dicen ambos al unísono.

Rubén me dedica una sonrisa burlona y acto seguido mira a Cristian. «¡Tierra trágame!», pienso.

Tiro de Samuel y me pregunta:

—¿Qué ha sido eso?

—Shsss. ¡Habla más bajo! Van a oírte. —Corremos al vestuario.

Lo de trabajar juntos, desde luego, no es una buena idea. Tengo que ser profesional, pero no sé si seré capaz de aguantarme las ganas de besarle ni de tocarle y eso último... puede ser un problema. Los dos sabemos lo difícil que resulta no hacerlo cuando las ganas nos pueden.

Y así sucede. Cristian y yo metidos en una cocina es... peligroso. Muy peligroso.

Trato de mantener la calma, aunque él no me lo pone nada fácil.

Siento su respiración en mi cuello y su voz... ¡Dios! Es tan sensual...

—¿Tienes planes para esta noche? —me pregunta.

—Sí. Dormir. Eso que no he podido hacer estos días.

—¿Es una queja? —Levanta una ceja.

—No lo es, aunque...

—¿No podemos dormir juntos? —Me tenso, sí, lo hago. ¿Dormir? ¿Dónde? ¿En mi casa con Samuel? ¿O en la suya a la que no deja pasar a ninguna mujer?

—Ayer dormimos juntos —rebato.

—Bueno, dormir, dormir... —Su boca se desliza por mi cuello suavemente. Yo cierro los ojos y me dejo llevar. Sus manos acarician mis brazos, bajan por mi espalda y se detienen en mi culo. ¿Por qué se detienen? ¡Joder! Está jugando conmigo. Sabe perfectamente lo que provoca en mí—. Hasta que no me digas que quieres dormir conmigo, no pienso tocarte. —Sus dedos trazan un camino desde mi oreja hasta el hombro.

—No voy a decirte eso —digo. Él se separa de mí, y me quedo impactada por su reacción.

—Entonces, mantendré la distancia contigo. —Me río.

—Ja, ja, ja. Tú, ¿mantener distancia conmigo? ¿De verdad vas a ser capaz? —añado con toda la chulería que puedo.

—Yo sí. ¿Y tú? —Me desafía con la mirada. «No lo mires, mantente alejada de esos ojos», me digo una y otra vez.

—Por supuesto. Además, creo que es lo mejor.

—¿De verdad lo crees? ¡Perfecto! Pues... a ver quién resiste.

—Esto no es un juego —espeto enfadada. Coge mi barbilla y me obliga a mirarle.

—Nunca ha sido un juego. —Sale de la cocina dejándome con la imagen de su culo de nuevo. ¡Mierda! Siempre me desmonta.

La noche es una locura, sin embargo, a Cristian le da tiempo a torturarme.

Me da instrucciones sobre algunas comandas, me ayuda, me enseña... y, cada vez que tiene ocasión, me roza. Sus caricias producen electricidad en mi cuerpo. No puedo disimularlo. Él lo sabe muy bien. Quiere provocarme. Yo también estoy dispuesta a jugar, y no limpio, precisamente.

Me acerco a él y rozo su mano, levanta la cabeza dedicándome una sonrisa. Me alejo de él viendo que me sigue con la mirada. Niega con la cabeza, y aguanto las ganas de reírme.

Se concentra en uno de los platos, comienza a mover las ollas... Me resulta tan sexi verlo cocinar. Me quedo embobada contemplándole, me pilla, me guiña un ojo y vuelve a bajar la vista.

Me pide que me acerque, saca algo que pone en un cuenco, mete un dedo y lo lleva directo a mi boca, algo que me sorprende. Saboreo y me encanta. Él me observa con su mirada brillante. Nuestros cuerpos se acercan. Nuestros labios a tan solo unos milímetros y nuestros ojos diciendo todo lo que nuestras bocas callan. Sé que estoy en zona de peligro. Trato de pensar en otra cosa, pero tenerle tan cerca solo hace que mis deseos por él se multipliquen y me pregunto si él estará pensando en lo mismo. Se acerca más y, cuando creo que va a besarme, cierro los ojos, su voz me avisa de que nuestra cercanía se ha acabado.

—¿Te ha gustado? —pregunta con brillo en su mirada. «¡Maldito capullo! ¿Está hablando en serio?», pienso.

—Le falta algo. Creo que todavía puedes mejorar —le digo con saña. A lo que él me responde con una sonrisa.

Desde este momento, trato de mantener las distancias. Lo reconozco, el juego ya ha dejado de gustarme. Y, sí, creo que he perdido antes de empezar. Sin embargo, parece que para él no supone un problema, algo que me cabrea soberanamente.

Cuando acabamos el servicio, desaparece de la cocina. Cuando estoy a punto de recoger todo, vuelven Rubén y él.

—Sara, ¿podemos hablar contigo un segundo? —Su petición me desconcierta un poco. «¿Habré hecho algo mal?», me pregunto.

—¡Claro! —Cristian se apoya en la encimera y me mira mientras Rubén comienza a hablar.

—Necesitamos un favor. Mañana tenemos una reunión. Queremos que te ocupes de abrir y de organizar todo antes de que lleguemos. No sabemos a qué hora podremos estar aquí. —Me quedo alucinada con lo que acabo de oír.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —pregunto desconcertada. Cristian suelta una carcajada, y lo fulmino con la mirada.

—Porque confiamos en ti. ¿Tienes algún problema?

—No me malinterpretes, pero creo que hay personas aquí que... —Rubén me interrumpe.

—Ya te ha dicho Cristian que confiamos en ti. Solo tienes que decirnos si puedes o no.

—Está bien. —Cristian saca unas llaves de su bolsillo que me tiende rozando mis manos con sus dedos y esa maldita corriente eléctrica aparece de nuevo—. Gracias por la confianza.

—Puedes irte ya. Mañana te llamaremos para saber cómo va todo.

—Nos vemos mañana.

Salgo de esa cocina desconcertada. Sin entender por qué han pensado en mí, cuando hay tanta gente aquí y que llevan mucho más tiempo que yo. Prefiero no darle más vueltas. Me cambio y salgo con Samuel. Nos despedimos de Rubén y de Cristian, que se quedan charlando en el restaurante. Él ni me mira cuando me marchó.

De camino a casa Samuel me pregunta qué me sucede. Yo le explico lo que ha pasado en esa cocina y después con Rubén y Cristian. Mi amigo, que no es tonto y me conoce mejor que yo misma, me suelta que sabe perfectamente qué es lo que me tiene preocupada: que, cuando nos hemos marchado, Cristian ni me ha mirado y es cierto.

Eso retrasa mi sueño. Miro el móvil una y otra vez, pero no hay ni rastro de él. «¿Ha ocurrido algo y no me he enterado?», me pregunto una y otra vez.

Al día siguiente me siento nerviosa. Sé que soy capaz de encargarme del servicio, aunque también soy consciente de que es una gran responsabilidad. Samuel trata de calmarme. A las seis y media salgo de casa para preparar todo con tranquilidad. Empiezo con la cocina. Me pongo el delantal, el gorro, cojo el móvil y pongo mi lista de reproducción. Soy más productiva con música de fondo. Elijo a Sebastián Yatra, *Cristina*, una canción que me encanta y que escucho en bucle desde hace días. Subo el volumen y empiezo. No sabría explicar lo que siento al tener toda esta cocina para mí. Quizá sea como cumplir ese sueño que siempre ha estado en mi interior. Estar aquí me enloquece. La felicidad me embarga de tal manera que comienzo a cantar.

«Cómo te pido que te enamores,
cuando al final no voy a estar cuando tú llores.
Cómo te pido que te ilusiones
Y recortar nuestra distancia con canciones.
Cómo te pido si al final, no voy a estar,
cuando de ti me enamore...

Sé que tu boca y mi boca cuando se juntan hay lío».

—Y tanto. —Escucho decir.

Me doy la vuelta viendo a Cristian y a Rubén parados en la puerta.

—Está chica es fantástica para ti —le dice Rubén dándole una palmada en el hombro.

Me pongo nerviosa y se me resbala la olla. Trato de alcanzarla, pero lo único que consigo es que se caiga y una parte se derrame en mi brazo. Veo cómo Cristian sale corriendo hacia a mí. Rubén coge un paño y se acerca también. Cristian coge mi brazo acercándose hasta el grifo para meterlo en agua fría. Siento dolor, aunque trato de no quejarme.

—Por favor, trae vendaje del botiquín —le pide Cristian a Rubén, que sale corriendo.

—Parece que sigo asustándote. Lo siento. —Es evidente que está preocupado.

—No te inquietes. Estoy bien. No os esperaba. ¡Qué vergüenza, por favor! ¡Qué pensará Rubén de mí!

—Que eres una chica muy especial —lo dice con su mirada clavada en mí y una tierna sonrisa.

—¡Venga, Cristian!

—¿Crees que no hablamos de ti? —Rubén entra de nuevo en la cocina y se acerca a nosotros.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, preocupado.

—Bien. No ha sido nada.

—Rubén, podrías decirle a la muchacha lo que piensas de ella. —Me sonrojo en el momento. «¿Cómo se le ocurre decirle eso?», pienso.

—Que es una chica muy especial, y que hacéis una bonita pareja.

Acabo de quedarme sin aire. Sí, tal cual. «¿Desde cuándo soy un tema de conversación entre estos dos?», me digo a mí misma.

—¿Qué ocurre? ¿Pensabas que era mentira?

—Sí —añado avergonzada.

—¿Cómo estás?

—Bien. Creo que me recuperaré... de la quemadura, del bochorno seguramente no.

—¿De qué hablas? —comenta Cristian intrigado.

—De mis dotes con la canción.

Rubén suelta una carcajada y me dice:

—Lo haces muy bien. Han sido unos minutos fascinantes.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevabais ahí?

—El suficiente —añade Cristian. Cierra el grifo y coge el paño para secarme.

—¿Podéis apañaros solos? Tengo que organizar todo ahí fuera.

—Sí, no te preocupes. Yo me ocupo. —Cristian y yo volvemos a quedarnos solos.

Examina la quemadura y la cubre con vendaje.

—Ayer eché de menos hablar contigo —dice acelerando mi respiración.

—¿A mí? —titubeo.

—Sí. Quería dormir contigo, pero tú...

—Cristian...

—¿Qué? Es la verdad. Me hubiera portado bien.

—Ya...

—No parecía que tuvieras muchas ganas.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando me fui ni siquiera me miraste.

—¿Cómo? —Se ríe a carcajadas—. ¿Hablas en serio? ¡Claro que te miré! —Se aproxima a mí, mucho. Tanto que mi cuerpo se tensa y el corazón late a un ritmo vertiginoso—. Tengo que reconocer que el no tocarte no me está resultando nada fácil. —Trago saliva. Muerdo mi labio inferior, advirtiendo cómo no puede apartar su mirada de ese gesto. Acaricia mi pelo suavemente.

—Para mí tampoco, aunque debo decir que tú tienes mucha culpa de eso. Complicas mucho las cosas.

—¿Tú no? ¿Tengo que recordarte la manera en que probaste...? —¡Mierda! La imagen vuelve a mi mente. Mi boca, su dedo, su cercanía, ese sabor... «¡Genial, Sara!». Este hombre es capaz de mojar me las bragas sin tan siquiera tocarme—. Sigues complicándolo.

—Me gusta mucho estar contigo y saber lo que provooco en ti —me dice en un tono muy sensual.

—Creo que en ese aspecto estamos empatados. —Se acerca un poco más a mi boca, cuando Rubén vuelve a entrar.

—Perdón, perdón. No quería interrumpir.

—No te preocupes, no... —Me separo de Cristian.

—Vete al vestuario. En un rato estoy ahí para echarte la crema y después te acercaré a casa.

—¿Qué? No, no. Tengo que trabajar.

—Por supuesto que no. Tienes que curarte esa quemadura.

—No me molesta para ayudarte en la cocina.

—Rubén... —Le mira para que apruebe su decisión.

—Creo que Cristian lleva razón. Lo mejor es que te marches a casa y descanses.

—No me voy a ir. Voy a bajar al vestuario, pero, en cuanto empiece a llegar la gente, subo para ayudar en la cocina.

—¡Eres una cabezota! —añade Cristian.

—Sí. Lo soy y mucho. —Salgo de la cocina dejándolos a los dos ahí.

Cuando comienza el jaleo, vuelvo a la cocina con la desaprobación de Cristian, por supuesto.

La noche va bien. Al terminar, Cristian me hace una pregunta.

—¿Qué canción era la que cantabas esta tarde? —No puedo evitar reír.

—*Cristina*.

—¿Cómo? —Parece descolocado con mi respuesta.

—Se llama *Cristina*. Es de Sebastián Yatra. Llevo días escuchándola. ¿Te gusta?

—Sí, aunque creo que me gusta mucho más cuando la cantas tú. —Se acerca a mí y me roba un beso. Algo totalmente inesperado.

—Pensé que tocarme no entraba en tus planes —le digo sacando la lengua.

—Vale. He perdido. Es imposible estar a tu lado y no hacerlo. Me rindo.

Hunde su boca en mi cuello. Por unos instantes me dejo llevar, pero rápidamente me aparto.

—Creo que hay que poner algunas normas —comento tajante.

—¿Qué?

—Sí. Estamos en el trabajo. No quiero que Rubén piense que no trabajo porque estoy contigo.

—Él no va a pensar eso.

—Da igual, Cristian. Quiero que aquí trabajemos. Fuera...

—Fuera serás completamente mía. —Su frase arde en mí. Trago saliva y cambio de tema.

—¿Cómo van las cosas por Barcelona?
—Besos con Canela va genial. —¡Maldito! Lo ha dicho para que recuerde el momento de nuevo. Su sonrisa malvada lo delata.
—Meee..., me alegro —titubeo.
Rubén entra de nuevo. Esta vez acompañado de Lucía.
—¿Os apetece tomar algo? —pregunta este. Cristian y yo nos miramos.
—Yo... prefiero irme a casa. Necesito descansar.
—Te llevaré —añade Cristian—. Lo dejamos para otro día.
—Cuidate ese brazo, Sara —me pide Rubén.
Lucía se marcha, no sin antes dedicarme una sonrisa.
—¿Por qué sonríes?
—Parece que Lucía y Rubén por fin van a tener su momento. —Él se ríe.
—¿Su momento? Estos siempre han estado así. No te imaginas la cantidad de tiempo que llevan jugando al ratón y al gato.
—¿Por qué Rubén no quiere nada con ella?
—¿Rubén? Ese hombre vive los vientos por Lucía. Es una historia un poco peculiar. Supongo que algún día ella te lo contará. —¿En serio va a dejarme así? ¿Qué no me ha contado Lucía? Parece que todavía se guarda algún secreto.
Cristian y yo salimos de Besos con Sal, Samuel me dice que se va a tomar algo con los compañeros. Supongo que me está dando tiempo para que me quede a solas con él.
Ambos subimos a casa. Dejo el bolso en el sofá y miro a Cristian.
—No te asustes. No es como tu casa, pero es lo que podemos permitirnos.
—No estaba pensando en eso.
—¿Entonces?
—En que no sé demasiadas cosas de ti y me gustaría descubrirlas.
—Eso no es tan fácil.
—Trataré de que lo sea.
Nos besamos con pasión y, sí, vuelvo a estar perdida cerca del cuerpo de este hombre.
—¿Me invitas a dormir? —su pregunta me deja perpleja y no sé qué contestar.
—Yo...
—¿No me irás a decir que duermes con Samuel?
—¡Claro que no! Cada uno tiene su habitación, pero...
—¿Entonces?
—Está bien. Puedes quedarte. Eso sí, para dormir necesito mi espacio.
—¿Nada de dormir abrazados?
—Puede que...
—¡Venga! Ponte cómoda que tengo que mirarte esa quemadura de nuevo.
—Voy a ducharme. No tardo.
Regreso a la habitación y sonrío. Cristian está tumbado revisando su móvil, mientras yo lo observo desde la puerta.
—¿Te he dicho alguna vez que no tengo necesidad de verte para saber que me estás observando? —Me devuelve la mirada y me guiña un ojo. Me acerco y me tumbo a su lado.
—No sabía que sin mirarme podías descubrir tantas cosas.
—Es lo que tiene la experiencia. —Deja el móvil en la mesilla y me acurruca entre sus brazos.
—¿Cansada? —Me acaricia el pelo suavemente, cierro los ojos perdiéndome en ese gesto.

Él es capaz de alterarme y darme tranquilidad en otras ocasiones.

—Un poco, aunque entre semana las noches son más relajadas. ¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrado a esto. Llevo muchos años así.

—Me pregunto cómo aguantas el ritmo.

—Cuando te gusta lo que haces, no miras el tiempo.

—Tienes razón. Yo disfruto mucho en la cocina.

—Lo sé. Deberíamos retomar las clases.

Vuelvo a reírme. Cuando él clava sus ojos en mis labios, recuerdo ese momento en su casa, la piel se me pone de gallina y el calor regresa a mi cuerpo.

—¡Ni loca vuelvo a tu cocina!

—¿Por qué? ¿No soy buen profesor?

—Los profesores no distraen a sus alumnos.

—Las alumnas no ponen nervioso a su profesor.

—¿Nervioso? Creo que ese no es un estado que vaya contigo.

—No iba, pero desde que llegaste a mi vida todo es diferente. Me cuesta mantener la mente fría cuando te tengo al lado.

—Puede que tengamos que dejar de trabajar juntos —lo digo muy seria, pero no lo pienso. Me encanta nuestra complicidad y todo lo que sucede cuando estamos juntos. Sé que a él le sucede lo mismo.

—¡Ni de coña! Y tampoco acepto lo de las clases. Tienes madera para la cocina, y no pienso dejar que lo desaproveches.

—Las cosas no son tan fáciles como tú crees.

—Creo que tienes que contarme algo, ¿no? Voy a curarte el brazo y, mientras..., quiero que me digas por qué huiste y que pasó para que no cumplieras tu sueño. —Resoplo—. ¡Ah, no, señorita! Me vas a contar todo. Pásame la crema. —Me cura y, mientras lo hace, me da un codazo para que comience a hablar.

—No es que huyera de mi vida, simplemente, aproveché la oportunidad sin pensar en nadie más que en mí.

—Por la forma en la que lo cuentas, imagino que no estaban muy conformes en tu casa con esa decisión.

—No. Siguen sin estarlo. No podía hacer otra cosa. Si seguía allí, al final sería peor para todos. —Me mira con cara de desconcierto. «Vale, Sara, llegó la hora de abrir tu corazón», pienso—. Unos días antes de que mi madre falleciera, yo empecé mis clases de cocina. Estaba ilusionada. Había estado ahorrando varios meses y, por fin, mi sueño se hacía realidad —le explico—. Fue genial. El profesor me felicitaba; él, al igual que tú, me dijo que tenía madera para eso.

»Mi felicidad duró poco. Días más tarde mi madre fallecía dejándonos a todos sumergidos en una profunda tristeza. Traté de tirar del carro, sin embargo, mi padre estaba destruido y no se dejaba ayudar. —Intento no pensar demasiado en las palabras que pronuncio para no emocionarme, de lo contrario seré incapaz de continuar—. Se refugió en la bebida y en el juego, algo que hizo que nuestra economía cayera en picado. En un mes todo eran deudas y tuve que olvidarme de mi sueño de ser una gran chef. Lo que tocaba en ese momento era trabajar y ocuparse de los pagos. Después decidí empezar el Grado de Hostelería. No era lo que había soñado, pero me serviría para encontrar trabajo. Allí conocí a Samuel. —Sonríe al recordar esos primeros encuentros en los que conectamos rápidamente—. Él fue quien me sacó del pozo donde me encontraba. Supo hacerme ver la realidad. Me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Terminamos y nos ofrecieron trabajo en Besos con Sal. El profesor nos dijo que vosotros erais un contacto suyo. Nos concertaron una entrevista, y el resto ya lo sabes.

Cristian me mira con gesto de sorpresa.

—¿Vienes de parte de Luca?

—¿Lo conoces?

—¡Por supuesto! Es un buen amigo mío. Ahora estamos separados por el tema del trabajo, aunque siempre hemos estado pendientes el uno del otro. Sabía que él daba cursos de hostelería, sin embargo, nunca hubiera imaginado que vosotros veníais recomendados por él. Rubén y yo confiamos en su criterio y le pedimos que cuando tuviera gente que valiera los mandara. Rubén no me comentó que veníais de su parte. ¡Es increíble! El mundo es un pañuelo. —Imaginaba que Luca tendría que conocer a los dueños, pero nunca se me pasó por la cabeza que pudieran ser amigos—. Tendré que llamarle para agradecerle que te recomendara. —Sonríe pícaramente.

—Sí. Te mandó a los mejores.

—No dudo de ello. Volviendo al tema... ¿Crees que te quedarás aquí o volverás a casa? —Su pregunta me inquieta. Es cierto que allí está mi familia, aun así, regresar no es una opción ahora mismo.

—No me planteo volver, al menos no en este momento. Me gustaría seguir trabajando en Besos con Sal, aunque...

—No piensas que sea un trabajo para toda la vida. —Parece que este hombre tiene el poder de leerme el pensamiento.

—¡Chico listo! No quiere decir que no esté contenta, sin embargo, tengo que reconocer que no es mi trabajo soñado.

—Yo también lo sé. Por eso mismo quiero que te conviertas en una gran chef. Creo que puedes conseguirlo. Si no creyera en ti, no insistiría.

—Ya te he dicho que las cosas no son tan fáciles. Una vez creí que lo lograría y mi sueño se truncó. Si volviera a suceder, creo que no podría soportarlo.

—¿Lo dices de verdad? ¡Vamos, Sara! La cocina es tu sueño. Lo supe desde que te vi entrar en ella. Tu mirada, tu sonrisa al hacer las cosas, la manera en la que me miras cuando estoy preparando los platos... Eso solo lo vemos las personas a las que nos apasiona esto. No va a suceder nada. Triunfarás en la cocina y no en la de Besos con Sal, lo harás en cualquiera del mundo. —Sonríe y me acurruco encima de su hombro.

Su móvil suena. Se separa un momento de mí y lo coge. Mis ojos van directos a la pantalla. Sé que no debería mirar porque es su intimidad, aun así, la curiosidad me mata. Veo el chat y un nombre que me hace recordar, que rasga mi corazón y me lleva al pasado. «Mi chica del pelo rosa». Aparto la mirada y dos lágrimas caen por mis mejillas. En ese momento el recuerdo de mi madre, de nuestra última conversación, vuelve a mi mente. Cierro los ojos con fuerza y siento una punzada en el corazón, una que me deja sin respiración. Esa que desencadena una profunda tristeza en mí de nuevo. Comienzo a llorar sin control. Cristian deja el teléfono, coge mi barbilla mirándome preocupado en busca de respuestas. Esas que en este momento, lamentablemente, no puedo darle.

—¿Qué ocurre? ¿Ha sido por lo que me has contado? ¡Por Dios, Sara, contéstame! —Y, sí, me gustaría hacerlo, pero no puedo. No me salen las palabras.

Él me lleva de nuevo a sus brazos acariciando mi pelo, algo que poco a poco logra tranquilizarme. Después de varios minutos en esa tesitura, consigo recomponerme. Sus labios rozan mis mejillas y ese gesto me llena de ternura mientras una sensación de calma, que muy pocas cosas logran, me inunda.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Recuerdos. Siempre son los malditos recuerdos —murmuro—. Yo... La última conversación que tuve con mi madre sobre mi sueño, ella me dijo algo que no he conseguido olvidar: mi niña de pelo rosa.

»¿Sabes? Cuando murió, pensé en cambiarme el color del pelo —digo, acariciando de forma distraída un mechón—. Al fin y al cabo, con ella se había ido todo; mi esencia, mis fuerzas, mis ganas. Toda yo era una pieza rota, de esas que nunca vuelven a su estado original.

»Después me di cuenta de que habían pasado muchos años y mi madre había luchado para que me quitara este color de pelo, sin embargo, al final resultó que le gustaba. Creo que no me lo dijo antes por si me daba el arrebató de cambiármelo. Entonces, decidí que, aunque yo fuera rubia, morena o tuviera el pelo azul; mi madre nunca volvería y su frase nunca tendría sentido —sentencio.

»Cuando has cogido el móvil y he visto que me tenías en la agenda como «mi chica de pelo rosa», me ha dado una punzada en el corazón. Nunca imaginé que tú pudieras... Cristian, siento haber mirado tu teléfono. No tengo derecho a...

Coge mi cara con las dos manos y, sin previo aviso, besa mis labios. Un beso dulce que, ahora mismo, hace que olvide todo lo malo por un momento. Nos separamos y él me mira.

—No tienes que pedirme perdón por nada, ¿me oyes? Si tuviera algo que ocultar, o no quisiera que lo vieras, no me hubiera puesto a manejarlo delante de ti.

»Entiendo que lo recuerdos te puedan, pero también me alegra saber que tu madre y yo tenemos algo en común, y es a nuestra chica de pelo rosa. —Acaricia suavemente mi cabello.

—Gracias, de verdad. Siempre haces lo posible para que vea la parte buena de todo.

—Siempre la hay. Solo tenemos que encontrarlo. Vas a poder contar conmigo para todo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Eres muy importante para mí.

—Espero seguir siéndolo. Ahora a dormir o mañana lo lamentaremos.

—¿Puedo pedirte algo?

—¡Claro, lo que quieras!

—¿Me abrazas muy fuerte?

—Por supuesto. —Cristian coge la colcha, nos tapamos y me abraza.

Por fin siento la calma. Su cuerpo, sus manos, su aroma, su sonrisa... Tenerle cerca, sin duda, es lo que necesito.

Dormir con él es de las mejores cosas que me ha traído Ibiza. Le debo muchas cosas a esta isla, pero la mejor ha sido conocer a Cristian.

Al despertarme, no puedo evitar mirarlo. Está realmente guapo mientras duerme. Uno de sus brazos rodea la almohada y puedo ver su tatuaje, lo rozo suavemente con la punta de mis dedos. Me fascina. Yo nunca me he atrevido a hacerme ninguno. Me dan pánico las agujas. Cristian siempre me ha parecido sexi e impresionante, sin embargo, verle tumbado en mi cama, semidesnudo y contemplando su cuerpo de esta manera... hace que pierda el control y la respiración se me agite.

Cuando lo conocí me pareció que tenía pinta de chulo, más tarde me di cuenta de que no era así. Es simplemente encantador y con el paso de los días he descubierto que tiene una fachada de tipo duro, al mismo tiempo que es un hombre muy dulce y tierno. Me pregunto qué sucederá con nosotros. Si esto que siento no se convertirá en un problema. La primera vez que me enamoré salí bastante destrozada. No me gustaría repetir la experiencia y, mucho menos, con Cristian. Él es demasiado especial.

Regreso de mis pensamientos dándole un beso fugaz en los labios y me marcho a la ducha. Al salir lo encuentro sentado en la cama revisando el teléfono. Me mira y sonrío.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —pregunta con cara de sueño, aun así, me parece el hombre más guapo del mundo.

—Buenos días. Muy bien. A tu lado se duerme genial.

Me acerco a la cama, le doy un beso, y él, con un solo movimiento, consigue que acabe tumbada debajo.

—Huele tan bien —me susurra al oído refiriéndose a mi pelo.

—Será porque me he duchado.

—Siempre hueles así, dulce, con toques de... canela.

Su sonrisa juguetona aparece de nuevo, y mis labios van directos a los suyos.

La tensión aumenta entre nosotros, al igual que lo hace el calor. Nuestros besos son cada vez más profundos y necesitamos calmar esta pasión. Me deshago de su *boxer* y bajo para calentar más sus motores. Me hundo en su erección, mientras escucho sus gemidos. Sé que le cuesta mantener la calma, por eso mismo me pone a su altura y devora mi boca. Me pregunta con un hilo de voz si tengo preservativos y... ¡Mierda! Claro que no tengo. Yo no he estado con nadie desde que llegué a Ibiza, solo con él. Niego con la cabeza y me dice:

—No te preocupes, encontraremos una solución.

A punto de terminar con lo que teníamos entre manos, Samuel llama a la puerta.

—Tortolitos, siento la interrupción, pero tu móvil no deja de sonar. No te avisaría si no fuera importante, Sara, es tu hermano. —En este momento mi corazón se para. Me levanto en un segundo, vuelvo a vestirme y abro la puerta. Samuel me mira con gesto de tristeza y me dice—: Lo siento. No quería molestarte. Al ver su insistencia, he pensado que sería importante.

—No pasa nada, Samuel. —Cojo el teléfono. Tengo cuatro llamadas perdidas. Algo que me sorprende. Desde que me fui solo he cruzado unas cuantas palabras con él y todas en relación a lo mismo: mi padre.

Samuel me mira mientras descuelgo el teléfono. Pasa su mano por mi hombro para tranquilizarme. La voz de mi hermano suena al otro lado del teléfono.

—Sara, por fin lo coges.

—¿Qué ocurre, Pablo?

—Tengo algo que contarte. Es importante.

—Dime lo que sea, por favor.

—Estamos en Ibiza. —Me siento en el sofá sin poder articular palabra. ¿Estamos? ¿Qué significa eso?—. Sara, ¿me estás escuchando? Hemos llegado hace un par de horas.

—¿Y se puede saber qué hacéis aquí? No entiendo nada.

—Papá necesita hablar contigo, y no iba a dejarlo solo.

—Pablo, te juro que no estoy entendiendo nada.

—Lo sé. Es mejor que nos veamos. Estamos en un hotel cercano a la Playa d'en Bossa. Te mando la ubicación. Podemos vernos en un rato si no estás ocupada.

—Está bien. Nos vemos en media hora. ¿Te parece?

—Vale. Nos vemos. —Cuelgo el teléfono. Pongo la cabeza entre mis rodillas y suspiro. «¿Qué hacen aquí? ¡No logro comprenderlo!», me pregunto a mí misma.

—Sa, ¿todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Mi padre y mi hermano están en Ibiza y quieren verme.

—¿Qué? ¿Por qué han venido?

—No lo sé. Yo tampoco lo entiendo.

—Será mejor que lo averigües lo antes posible. —Me incorporo del sofá y voy hacia la habitación. Allí Cristian me mira con semblante serio esperando a que le diga algo.

—Lo siento. Tengo que marcharme. Mi padre y mi hermano están aquí, y no me preguntes el porqué, ni siquiera yo lo sé, pero tengo que verlos en un rato para que me lo puedan explicar.

—No te preocupes. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—¿Podrías? No está muy lejos de aquí.

—Por supuesto. —Coge sus llaves, la chaqueta y, mirándome con una intensidad que me deja clavada en el sitio, se acerca a mi cara—. Sigo estando aquí, para todo lo que necesites, no lo olvides. —Sonrío y lo abrazo.

Es lo que me apetece ahora mismo. Me visto, me despido de Samuel y ponemos rumbo al hotel. Cuando llegamos Cristian, que nota mi nerviosismo, coge mis manos y me pide que lo mire.

—No sé qué será eso que tendrá que decirte tu padre, pero no te preocupes, ¿de acuerdo? Llámame cuando termines.

—Gracias. Te prometo que lo haré. —Besa mis labios y salgo del coche. Me dirijo a la puerta del hotel al mismo tiempo que voy tecleando un mensaje para mi hermano.

SARA: 

Ya estoy aquí. Os espero en la puerta principal.

Son los tres minutos más largos de mi vida. Paseo de un lado para otro incapaz de controlar los nervios que tengo.

Por fin aparecen. La imagen de mi padre es devastadora, hace meses que no lo veo, pero por su apariencia parece muchísimo más tiempo; va con garrota y parece que le cuesta andar. Se acerca a mí dibujando una sonrisa en su cara. Siento tristeza y al mismo tiempo alegría. ¿Es eso posible?

—Hola, hija. —No pronuncio ni una palabra, solo me acerco a él y lo abrazo. Han sido tres años horribles, aun así, no puedo negar que lo quiero, a pesar de lo mal que lo ha hecho todo—. Te he echado mucho de menos, cariño. Sé que no me he comportado bien, pero por eso estoy aquí.

Sus palabras me llenan de esperanza. Solo quiero pensar que por fin las cosas se van a arreglar, ni siquiera me había dado cuenta de cuánto echaba de menos sus abrazos, su olor, su voz... Mi hermano también se acerca y, achuchándome, me pregunta cómo estoy.

Después de unos minutos, en los que los tres solo nos miramos, vamos a la cafetería del hotel y allí comenzamos a charlar. Mi padre me pregunta cómo estoy, qué tal me van las cosas en el restaurante. Yo hago lo mismo, y comienza a explicarme todo eso que ha estado posponiendo hasta ahora.

—Supongo que te preguntarás qué hacemos aquí y la respuesta es muy clara: necesito sincerarme contigo de una vez por todas —comienza—. Han sucedido muchas cosas entre nosotros desde que tu madre se marchó. Yo no he sido un padre modelo ni tampoco la mejor de las compañías, solo quiero decirte que entiendo perfectamente la decisión que tomaste al marcharte y que nunca te la reprocharé.

»Quizás gracias a eso hoy esté aquí, a tu lado, con la intención de contártelo todo. —No reconozco al hombre que habla. Durante casi cuatro años, en los recuerdos que tengo de él, siempre estaba borracho y verle, sobre todo, oírle hablar así es... increíble—. Cuando tu madre falleció me encontré perdido. Ella era nuestro punto de partida, la que nos llevaba a todos, y darme de bruces con su muerte de la noche a la mañana fue tremendamente duro. Debí gestionarlo mejor. Sé lo mucho que te hice sufrir. Sin embargo, quiero decirte que no era consciente de todo el

daño que te estaba causando. Me di cuenta cuando te marchaste de mi lado, y tu hermano me hizo ver lo equivocado que estaba con todo.

»Al final, no solo tuve que lidiar con la pérdida de tu madre, también con la tuya porque, de alguna manera, también te habías ido de mi vida y, aunque su muerte no la hubiera podido evitar de ninguna forma, tu marcha sí fue por mi culpa.

»Es muy tarde para lamentarme, Sara. —Sonríe con tristeza—. Sin embargo, quiero pedirte perdón. No me comporté como un padre. Más bien como un cretino al que le superó la situación. Yo debía cuidar de ti y no lo hice. Ojalá algún día puedas perdonarme. —Las lágrimas invaden mi rostro y, por más que intento retenerlas, parece que resulta imposible—. No llores, hija. He venido a reparar mi error y a contarte algo que estoy seguro de que te hará muy feliz.

»Dejaste la escuela de cocina por mi culpa, y eso es algo que me pesará toda la vida. Trunqué tu sueño de ser chef y estoy convencido de que tu madre desde ahí arriba no se siente orgullosa de mí. Por eso quiero que veas esto. —Mi padre le hace un gesto a mi hermano, que saca un papel de una carpeta. Me lo tiende. Leo y solo veo el nombre de mis padres y el mío como beneficiaria. «¿Qué significa todo esto?», pienso sin poder pronunciar palabra—. Ese dinero es tuyo. Puedes disponer de él cuando quieras. Tu madre y yo teníamos unos pequeños ahorros. Pensábamos hacer algún viaje y, bueno, compartir una parte también con vosotros. Antes de que ella falleciera fuimos al banco, ella me pidió que te pusiéramos de beneficiaria, y que a tu hermano le diéramos su parte en efectivo. Me dijo que ese dinero sería para montar tu restaurante si algún día nosotros faltábamos. Me hizo prometerle que así sería. Nunca entendí su insistencia hasta unos meses después de su muerte. Ahí me enteré de que mamá sabía que algo no iba bien, pero trató de ocultárnoslo. Tu madre no daba puntadas sin hilo y, de alguna manera, quiso que las cosas quedaran arregladas.

—¿De qué estás hablando, papá? ¿Ella sabía que estaba enferma?

—Me temo que sí, cariño. No quiso que sufriéramos. —Sus palabras son como un jarro de agua fría para mí. ¿Por qué nos ocultó algo así? ¿Por qué nos hizo creer que fue algo repentino?—. Sé que te estás haciendo muchas preguntas. Nosotros también, hija. Solo podemos respetar su decisión. Ella decidió que no quería contárnoslo. No vale de nada pensar en eso. Solo he venido para explicártelo. Tu hermano ha estado ahorrando también y la cuenta ha ascendido bastante. No sé si es suficiente para montar un negocio, pero creo que es una cantidad importante para poder comenzar.

—Papá, yo no puedo aceptar ese dinero. Tú tienes deudas y cosas que pagar.

—Todo eso está resuelto. Ya no hay nada de lo que tengas que preocuparte. Llevo meses acudiendo a terapia. Tu hermano se ha estado ocupando de todo. Ya no tomo ni una sola gota de alcohol y lo estoy ayudando con las finanzas de la empresa. —Mi hermano lo mira con orgullo—. Así me encuentro entretenido y mi cabeza piensa en otras cosas.

»Ese dinero es tuyo, así lo quiso tu madre. No sé si es un buen momento para abrir algo o prefieres esperar o quizás quieras emplearlo en otra cosa. Sé que a tu madre le haría ilusión que cumplieras tu sueño, pero es tu dinero y puedes invertirlo en lo que quieras, hija. No hay ningún problema.

Mi hermano interviene en la conversación.

—Papá lleva un mes en terapia y le ha ido muy bien. Me prohibió que te contara nada, así que cuando me llamabas te decía que bebía menos. Tampoco me dejó explicarte lo del dinero. Siento haberte ocultado todo esto. No me siento orgulloso de ello.

—Creo que es demasiada información.

—Tranquila. Piensa en todo lo que te hemos dicho y, si quieres hablar, estaremos aquí un

par de días. Después volveremos a casa.

—Me gustaría que algún día volvieras a casa. Aquello no es lo mismo sin ti.

Mi padre me abraza de nuevo, y yo me deshago en sus brazos. Hacía años que no sentía a mi padre tan cerca. Tengo la sensación de que un capítulo de mi vida acaba de abrirse y solo yo tengo la opción de cerrarlo, dejar de sufrir. Nunca hubiera imaginado que las cosas fueran así.

Cuando miro el reloj me doy cuenta de que son cerca de las tres y que no me queda más remedio que volver a casa.

—Tengo que marcharme, pero me gustaría volver a veros. Tengo turno de noche en el restaurante, suelo salir muy tarde. ¿Qué os parece si mañana quedamos para comer? —Ambos asienten.

Me marchó del hotel, voy dando un paseo, necesito que me dé el aire, pensar en todo lo que acaban de contarme, que son demasiadas cosas imposibles de asimilar de golpe.

Me adentro en la playa, mirando el mar, perdiéndome en las olas, que ahora se parecen tanto a mí. Disfruto de la brisa que mueve mi pelo, el olor de esta playa, de la que siempre será mi playa. No sé el tiempo que ha pasado hasta que miro mi móvil. Tengo varias llamadas de Cristian y de Samuel. «¡Mierda! ¡Son las seis y media de la tarde!». He perdido la noción del tiempo, llevo tres horas sentada en la arena y no me he dado ni cuenta.

Llamo a Samuel, que me contesta de inmediato preocupado. Le cuento lo que ha ocurrido mientras voy hacia el restaurante. Creo que va a ser el primer día que no llegue pronto.

Cuando cuelgo el teléfono, al mismo tiempo que camino a toda prisa, le pongo un mensaje a Cristian.

SARA: 📞

Lo siento. Acabo de ver las llamadas. Ha sido una conversación intensa. He ido a la playa y he perdido la noción del tiempo. Creo que llegaré un poco tarde. Lo lamento.

No contesta. Trato de aligerar el paso, pero he andado tantos kilómetros que el restaurante todavía me pilla lejos.

¿Qué posibilidades hay de que llueva en Ibiza en el mes de abril? Las mismas de que yo llegue tarde a algún sitio; pues hoy se han juntado las dos cosas.

Entro en Besos con Sal a las siete y media totalmente empapada y con la respiración agitada. Rubén y Cristian, que están en la recepción, me miran desconcertados acercándose a mí.

—Sara, ¿estás bien? —pregunta Rubén.

—Sí. Siento llegar tarde. Estaba bastante lejos, se ha puesto a llover y...

—Tranquila, no pasa nada. ¿Te encuentras bien? —me interrumpe.

—Sí. Estoy bien. —Cristian se acerca a mí acariciándome la cara con un cariño que me abruma.

—¿Por qué no me has llamado?

—Te mandé un mensaje diciéndote que llegaría tarde, pero no contestaste. —Saca su teléfono del bolsillo para comprobarlo.

—¡Mierda! No lo había visto. Lo siento. No puedes quedarte así, te llevaré a casa.

—No. Tengo un pantalón en la taquilla y puedo secar la camiseta.

—Ven... —Me coge del brazo y me lleva al despacho. Quédate aquí un segundo. Enseguida vengo—. Tan solo tarda unos minutos. Vuelve y cierra la puerta. Me pasa un pantalón, tras lo cual se quita la camiseta. Deja su torso al descubierto, mientras mi boca se queda abierta. ¿Y este maratón de abdominales? Creo que nunca me cansaré de verlos. Al igual que tampoco dejaré de sorprenderme y sonrojarme.

—Póntela.

—¿Y tú? —Abre un armario del que coge una chaqueta.

—¿De verdad te vas a poner eso para trabajar?

—¿Qué pasa? No es la primera vez. Ponte eso y creo que será mejor que la ropa interior...

—Me sonrío y levanta una ceja.

—Total. No sería la primera vez, ¿no? —Reímos recordando ese momento. Gracias por...

—No me deja terminar.

—Deja de darme las gracias cada vez que hago algo por ti. Lo hago encantado. ¿Todavía no te ha quedado claro? Eso sí, por favor, no vuelvas a empaparte de esa manera porque...

—¿Por qué? —Él se acerca a mí, despacio, acabando con la distancia que hay entre nosotros, al mismo tiempo que trago saliva.

—Primero, porque no quiero que te pongas enferma y segundo... —Se queda en silencio unos instantes—. Y, segundo, porque así, con el pelo mojado, me encantas todavía más. No te imaginas lo que se me está pasando por la cabeza ahora mismo. —Muerde su labio inferior, y empiezo a sentir el calor bajo mis muslos.

—Creo que me puedo hacer una idea, pero... tenemos que trabajar.

—Cierto. —Me alejo un poco y me visto bajo su atenta mirada.

—¿Te gustan las vistas?

—Sabes que sí.

—Sí entra Rubén...

—Él nunca lo hace sin llamar. No te preocupes. —Se acerca a mí enganchando mi culo—. Te salvas porque tengo que solucionar unas cosas ahí fuera, de lo contrario... —No termina la frase, en realidad, no hace falta.

Podría decir que he mojado las bragas, pero no, porque no las llevo. ¡Este hombre es la tentación en persona!

—Cristian..., me gustaría contarte algo después. ¿Crees que podremos vernos al salir?

—¡Claro que sí! Nos vamos juntos cuando acabe el servicio. Te veo en la cocina, preciosa.

Coge mi barbilla y me besa mordiendo mi labio inferior. Algo que sabe perfectamente que me provoca. Se marcha con una sonrisa burlona. ¡Maldito! Siempre me deja con el calentón. ¿Cómo es capaz de aguantar? Salgo deprisa, bajo al vestuario y, cuando dejo las cosas, voy corriendo a la cocina. No hay nadie, pero, cuando estoy a punto de encender el fuego, entra Samuel, que corre a abrazarme, lo cual agradezco. Nos quedamos en silencio unos segundos, después se aparta y me mira.

—¿Estás bien? —Me acaricia la cara.

—Sí. Aunque necesito poner en orden mi cabeza todavía. Tengo que contarte muchas cosas.

—Cuando salgamos podemos ir a tomar algo y me pones al día.

—No puedo. He quedado con...

—Ya. Con el chef *buenorro*, no tengo nada que hacer contra él, está claro. —Alguien carraspea desde la puerta, al girarnos, vemos que Cristian nos observa.

—El chef *buenorro* no tiene ningún problema si quieres quedar con tu amigo. Lo entiendo. —Se acerca a nosotros partido de la risa, mientras Samuel, avergonzado, sale de la cocina como alma que lleva al diablo. Cuando nos quedamos solos, me toca la nariz—. ¿Así que... chef *buenorro*? ¡No me lo digas! Ese mote me lo has puesto tú.

—No, eso es cosa de Samuel. Siento... —Me coge de la cintura y me contempla con una

mirada muy intensa.

—Deja de decirme que lo sientes porque a mí me encanta eso. Dame tu móvil.

—¿Mi móvil? —pregunto desconcertada.

—Hazlo. No preguntes tanto. —Lo saco de mi bolsillo, lo desbloqueo y se lo doy. Toquetea algo, pero no consigo saber lo que es y me lo devuelve—. Ocúpate de las primeras comandas. Hoy tengo que estar fuera con Rubén. ¿Podrás defenderte sola?

—Confías demasiado en mí.

—Tú te has ganado esa confianza. Conoces la carta perfectamente. Sé que no te vas a equivocar. De todas formas, si necesitas ayuda, solo tienes que llamarme.

—No te preocupes.

Guardo mi móvil y comienzo a prepararlo todo. Unos segundos después vibra en mi bolsillo. Me preocupo y lo miro.

MI CHEF BUENORRO: 📞

El nombre que aparecía en tu teléfono cuando te llamaba o te mandaba mensajes no terminaba de convencerme. ¿Sigues pensando que soy un capullo mentiroso? Ja, ja, ja, ja. Eres tremenda, creo que tomaré medidas al respecto. ¡A trabajar! ¡Ya hablaremos tú y yo!

SARA: 📞

Me gusta mucho más este nombre. Siento que lo hayas visto y, no, no pienso eso. Fue nuestro comienzo. Puede que te olvides de eso si me acerco lentamente a tu boca, mordiendo tu labio muy suave, susurrándote al oído todas las cosas que puedo hacerte... Pero eso mejor lo hablamos luego porque tengo mucho trabajo y mi jefe me ha dejado sola. Un beso, de esos que tanto te gustan.

Soy un poco perversa, sí, y sé muy bien la reacción que tendrá él ante este mensaje. No puedo evitar reírme. Dejo el móvil de nuevo en el bolsillo y continúo.

En diez minutos comienzan a llegar las comandas y me desenvuelvo bastante bien. Me siento cómoda y feliz. Mientras cocino, las palabras de mi padre retumban en mi cabeza. Pienso en el dinero y en lo que mi madre quería. Abrir un restaurante. ¡Dios! Es una locura. Solo de pensar en todo lo que están pasando Rubén y Cristian me pongo nerviosa. Lo mío es cocinar, pero no creo que sea el montar un negocio. De nuevo mi chef preferido entra en la cocina.

—¿En qué estás tan concentrada?

—En la cocina. El chef principal se ha ido dejándome aquí sola.

—¡Vaya! Tendremos que hablar con él. Puede que piense que necesitas eso para coger soltura, ¿no? O es que confía mucho en ti.

—Es posible. Quizás me esté poniendo a prueba.

—Sé que puedes hacerlo sola. Solo necesitas un poco más de confianza en ti misma.

—¿Por qué te has ido? Si a ti no te gusta estar ahí fuera.

—Porque quiero dejarte espacio, sé que es lo que necesitas.

—No lo hagas. Este es tu sitio, no el mío, Cristian. Yo solo soy una camarera.

—¡No digas tonterías, por favor! Eres mucho más necesaria aquí dentro. Por cierto, ¿te has echado la crema?

—La olvidé en casa, pero estoy mucho mejor. Tengo un buen enfermero que me cuida.

—Entonces seguiré haciéndolo. —Rubén entra en la cocina.

—Sara, ¿puedes salir? Hay alguien ahí fuera que te busca.

—¿A mí? ¿Quién es?

Me acerco a la puerta y veo a mi hermano sentado en la barra. Cierro y me quedo apoyada, aprieto los ojos y cojo aire.

—¿Todo bien? ¿Quieres que le diga que se vaya? —pregunta Rubén con gesto preocupado. Cristian también lo hace.

—Es..., él es... —Cristian se tensa—. Es mi hermano. —Por la cara de Rubén me doy cuenta de que no entiende nada—. ¿Puedo salir?

—Por supuesto.

—Yo me quedaré en la cocina, no te preocupes —añade Cristian.

Una vez salgo me acerco a Pablo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Necesito que hablemos.

—¿Cómo has sabido que trabajaba aquí?

—No ha sido muy difícil. —Mi hermano dirige su mirada a Samuel, que junta sus manos en señal de perdón. Lo mataré, pero de él me encargaré más tarde.

—Ahora no puedo, estoy trabajando, ya te dije que salgo tarde.

—No me importa, puedo esperarte.

—Está bien. Nos vemos cuando salga, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

—Vuelvo al trabajo.

Regreso a la cocina, y Cristian clava su mirada en mí.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Te importa que dejemos nuestra charla para mañana? Tengo que hablar con mi hermano.

—Por supuesto que no. Solo quiero que estés... —No lo dejo terminar.

—Lo estoy. Está siendo un día duro, pero pasará. —Me acaricia suavemente la cara deslizando los dedos hasta mi mejilla.

—No quiero verte triste.

—Tú siempre haces que los problemas se evaporen. Contigo es mucho más fácil sonreír.

Junta sus labios con los míos, su mano sujeta mi cuello y el beso se torna cada vez más profundo. Su lengua se adentra en mi boca y pone en alerta todos mis sentidos. De un impulso me sube sobre la encimera, sus manos bajan a mi cuello, mientras yo me dejo llevar.

Su mirada hace que me pierda, él se ríe porque es consciente de ello, al mismo tiempo que besa mi cuello y va hasta mi oreja susurrándome:

—Nunca había tenido la necesidad de hacerlo aquí, sin embargo, contigo las cosas son diferentes. Tengo ganas de besarte a todas horas, de tocarte...

—A mí me sucede lo mismo. En muchos momentos me olvido de que no estamos solos. Creo que empieza a ser un problema. Cariño, tú no solo enciendes fogones en esta cocina... —Se ríe a carcajadas.

—Nunca me habían dicho algo parecido. —Sus dedos acarician mi brazo—. Llevo toda la noche pensando en tu ropa interior —añade en un tono muy sensual.

—Pero si... —No termino la frase porque entiendo muy bien lo que ha tratado de decirme—. Eres un perverso, nene.

—Me voy, mi chica del pelo rosa, porque creo que puedo encender muchas más cosas si no lo hago.

Pone sus labios en los míos y desaparece rápidamente.

No vuelvo a verle hasta que cerramos. Samuel sale conmigo, mientras Cristian y Rubén echan el cierre. Mi hermano espera fuera, se acerca a mí y les dice «buenas noches» a todos. Cristian se despide de mí con un tierno beso en la mejilla y me susurra al oído:

—Lláname si me necesitas, no importa la hora que sea.

Me guiña un ojo, lo cual correspondo con una sonrisa, poco más puedo hacer, como siempre, me deja sin palabras. Me despido de los demás con un movimiento de manos.

Cristian se pone el casco, tras lo cual, se monta en su moto y se marcha.

Mi hermano me pregunta qué hacemos y, aunque me parece un poco tarde, le propongo dar un paseo por la playa.

—Siento haberte interrumpido en el trabajo, pero necesitaba hablar contigo. Espero que no te hayas enfadado con Samuel, fui yo el que insistí para que me dijera dónde trabajabas.

—No te preocupes, no estoy enfadada.

—¿Has podido pensar en todo lo que hemos hablado esta mañana?

—Le he dado muchas vueltas, no voy a negártelo. ¿Cuándo te enteraste de que mamá estaba enferma? —Pablo se queda muy serio y veo cómo coge aire.

—Un mes antes de que sucediera todo. —Me quedo impactada con su respuesta. ¿Nadie pensaba decirme nada?

—¿Por qué me lo ocultasteis? ¿Acaso no tenía derecho a saberlo todo? Pablo, ¡soy tu hermana!

—Lo sé. Entiendo que estés enfadada. Mamá lo quiso así, me hizo jurar que no te diría nada, simplemente respeté su decisión. Lo siento, Sara.

—¿Ella te pidió que no me dijeras nada?

—Un mes antes de que sucediera todo, llevé a mamá al médico, se puso muy cabezota, no quería ir por ninguna razón. Sin embargo, yo ya estaba preocupado. Llevaba mucho tiempo con lo que ella decía que era un resfriado. A punto de entrar al consultorio me dijo que no iba a hacerlo y que me iba a contar algo, pero que bajo ningún concepto podría decirte nada. —Mi hermano no despega la vista del mar, las olas chocan una tras otra en la orilla, como enfadadas, como tristes, alteradas, indignadas, como... un poco como me encuentro yo ahora mismo—. Me asusté, aunque, siendo sincero, nunca pensé que fuera tan grave.

»Me explicó que se estaba muriendo, que sus pulmones no iban a resistir. No quiso profundizar en el tema, supongo que no quería que sufriera todavía más. Me dijo que el médico no le había hablado de fechas, simplemente le había dicho que cada vez se sentiría más cansada y que le costaría respirar —continúa explicando, noto que le cuesta tragar, coge aire y sigue—. Era algo que acabaría con ella lentamente. Me pidió que ni tú ni papá os enterarais de nada. Lo que menos quería era que por su culpa perdieras la oportunidad de realizar tu sueño.

»Ella sabía que, si te enterabas, lo dejarías todo por ella. Tú también lo sabes, Sara. Mamá siempre quiso que triunfaras, a pesar de que discutía mucho contigo siempre fuiste su ojito derecho. —Me da unos golpecitos en la mano, pero sigue con la mirada al frente, y yo..., yo lo dejo hablar porque ahora mismo me siento perdida y no sé ni vocalizar—. Quería que montaras tu propio negocio y que te dedicaras a lo que más te gusta: la cocina.

»Me habló de una cuenta. Habían estado ahorrando a lo largo de los años por lo que pudiera pasar y por si se animaban a hacer algún viaje. Me pidió que me ocupara de eso. Papá tenía que firmar para que pudiera disponer del dinero y me dejó a mí como autorizado. Me explicó cómo se repartiría ese dinero. Mamá solo quería que cumplieras tu sueño, quería contribuir a ello. —«¡Es una locura, una jodida locura! ¿Por qué? ¿Por qué así?», recapacito—. Cuando las cosas se pusieron feas con papá, y dejaste la escuela, pensé que lo mejor era callar y dejar que las aguas se calmaran. Si te decía que mamá había dejado ese dinero para ti, no lo aceptarías, y no podía permitirlo. Por eso preferí que te marcharas. Supe que un cambio de aires te haría recuperar la ilusión y quizás, después de eso, decidieras que lo mejor era montar algo tuyo.

»Papá se enteró hace un tiempo porque decidí que tenía que saberlo. Tu marcha le hizo darse cuenta de lo equivocado que estaba. Fue una terapia de choque que funcionó, pues se vio perdido sin ti, ya no estabas ahí para solucionarle los problemas. Reconozco que fui muy duro con él, al igual que contigo. —Ahora, por fin, mi hermano me mira, sé que contiene las lágrimas, al igual que lo hago yo—. Pero sabía que, si te decía que te quedaras aquí, no lo harías. Contigo siempre hay que actuar de manera contraria, nunca me haces caso. —Sonreímos los dos al mismo tiempo—. Así que decidí que lo mejor era culparte. Una parte de mí lo hacía con conocimiento de causa, yo también me sentí perdido cuando te marchaste. Sin embargo, sabía que era lo mejor para todos.

»Me desbordó la situación. No estaba acostumbrado a tirar del carro. No fue fácil lidiar con papá y contigo en la distancia. Sin embargo, aquí estoy, Sara. Siento haberte ocultado esto, aunque confío en que entiendas que no tuve otra opción. Le di mi palabra a mamá. Creo que tú tampoco eras feliz en casa. Necesitabas salir de allí y, mírate, se te ve muy bien en ese restaurante. —Acaricia mi espalda y me acurruco un poco en él respirando lentamente, para no dejar escapar todas esas lágrimas que pugnan por salir—. Solo espero que algún día puedas perdonarme. Traté de hacer las cosas lo mejor posible.

Pablo está cabizbajo. Conozco muy bien a mi hermano, sé lo arrepentido que está y, aunque nuestra relación no ha sido la mejor en estos últimos años, estoy segura de que lo que ha hecho ha sido sin ninguna intención de hacerme daño, ahora lo sé. Me incorporo de su abrazo y lo obligo a mirarme a los ojos.

—Durante muchos años te he odiado por tratarme de esa manera. No entendía por qué me hacías culpable de algo que no lo era. Nunca había conseguido entenderte hasta ahora. —Dos lágrimas se deslizan por su cara, al final no ha podido evitarlas, creo que es la primera vez que veo a mi hermano llorar.

—La echo mucho de menos. No imaginas lo duro que fue saber que se iba y que no podía hacer nada. Me he quitado un gran peso de encima, necesitaba contártelo. Ahora mismo me siento liberado. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—Abrazame. Lo necesito desde hace mucho tiempo. —Las palabras de mi hermano hacen que me emocione, porque las pocas veces que me ha estrechado entre sus brazos he tenido la sensación de que lo ha hecho porque yo lo necesitaba, él nunca ha sido demasiado cariñoso conmigo y que me pida esto es una sorpresa. Lloro al pensar lo alejada que he estado siempre de él y la falta que me hace. Se separa de mí, seca sus ojos, a la vez que me dedica una tierna sonrisa—. Te he echado de menos, hermanita.

—Yo también.

—¿Cómo te van las cosas por aquí?

—Bien. Ibiza es increíble. El trabajo me encanta, ahora paso mucho tiempo en la cocina.

—Se te ve feliz.

—Sí, no al cien por cien, pero supongo que de alguna manera lo soy. ¿Cuándo regresáis?

—Mañana por la tarde, ha sido un viaje relámpago. Papá por fin está tranquilo.

—Me alegra saber que se está recuperando.

—A mí también. ¿Vives muy lejos?

—A unos diez minutos andando.

—Te acompaño, después cogeré un taxi para volver al hotel.

—Genial.

Por el camino continuamos con la charla. La relación con mi hermano cambia de manera

radical, algo que hasta hace unas horas me parecía imposible.

Al llegar a mi casa, Pablo se saca un papel del bolsillo y me lo tiende.

—Esto es para ti. No he querido dártelo antes porque sé que necesitas intimidad para leerlo. La he tenido en mi poder durante todos estos años, aunque no he querido leerlo. Mamá me la dio para ti, me pidió que te la diera cuando todo estuviera calmado. Creo que ha llegado el momento.

La guardo en mi mano, nos fundimos en un tierno abrazo y subo a casa.

Samuel está en la ducha, así que aprovecho para ir a mi habitación. Me acomodo en la cama y comienzo a leer.

Hola, mi niña de pelo rosa.

Espero que cuando estés leyendo esto sigas teniéndolo, me apenaría mucho que no fuera así. Estás preciosa tal y como estás, siempre ha sido así.

Supongo que no entenderás nada de lo que ha ocurrido en este tiempo. Me hubiera encantado explicártelo, sin embargo, preferí callar. Sé lo mucho que hubieras sufrido. En realidad, aunque no pueda verte, sé que también lo haces ahora.

Las cosas no se pusieron fáciles para mí. De la noche a la mañana descubrí que estaba enferma. No fue sencillo, sin embargo, supe que por vosotros, mi familia, tenía que seguir sonriendo. No merecáis sufrir ni descubrir la terrible realidad.

Os adoro, a los tres. Siempre lo habéis sabido, pero tú has sido mi sol, mi luz.

Quiero que seas muy feliz, que no te apartes de los sueños de tu vida. Estoy segura de que con mi pérdida habrás dejado la cocina de lado. Aunque aquí estoy yo para recordarte que tienes que volver a luchar por ello.

Todavía recuerdo el primer día que me dijiste que querías apuntarte a la escuela de cocina. Tus ojos se iluminaron; siempre lo hacían, pero, ese día, el brillo era todavía más especial.

Por favor, conviértete en lo que siempre quisiste. Deja de preocuparte por lo que ocurre a tu alrededor (sé que lo haces, mucho más ahora, en mi ausencia).

Tu hermano ya te habrá dado el dinero. Es tuyo, así que puedes hacer lo que quieras con él. Sin embargo, me gustaría que con eso pudieras montar tu propio restaurante. Sé que es algo que siempre ha estado en tu cabeza, aunque también estoy segura de que has pensado que nunca lo lograrías.

Hazlo. Confío en ti. Todos lo hacemos, cariño.

Cumple tus sueños, sé feliz y recuerda siempre que te quiero. Siempre lo haré.

Te quiero mucho.

Mamá

La leo varias veces, intento asimilar lo que mi madre me ha contado, intentando comprender por qué nunca me dijo la verdad. Ahora mismo mi cuerpo experimenta un millón de sensaciones. La primera, tristeza porque, mientras la leía, recordaba la voz de mi madre y su sonrisa, como si ella estuviera aquí diciéndome todas esas palabras. La segunda, rabia, por no haber estado a su lado cuando más me necesitaba y, la tercera..., supongo que esa es un cúmulo de sentimientos: rabia, dolor, nostalgia, felicidad...

Al leerla me doy cuenta de que mi madre me conocía demasiado bien, más de lo que yo imaginaba; cuando se marchó, traté de paralizar todos los recuerdos, olvidar nuestro pasado feliz, aunque no lo conseguí. ¿Es posible olvidar los momentos que has pasado con alguien al que has querido con el alma?

Con ella se fueron muchas cosas y, aunque parece una locura, también lo hicieron mis sueños.

Cuando llegué a Besos con Sal, el pasado me golpeó muy fuerte. Pensé que nunca volvería a pisar una cocina, me refiero a una profesional, pero lo hice. Y, gracias a Cristian, recuperé las ganas de seguir, mis sueños volvieron a mi mente, la felicidad por estar frente a los fogones aumentaba y solo podía sentirme de nuevo yo. Esa chica que iba entusiasmada a sus primeras clases, que se tiraba horas mirando vídeos de chefs conocidos, imitando sus platos, sus técnicas... Volví a creer que las cosas podían ser diferentes. Él ha hecho que lo crea y, a pesar de que he tratado de engañarme pensando que mi sitio está sirviendo mesas, sé que no es la verdad. Mi

pasión es la cocina, pero... dudo de que sea capaz de cumplir lo que siempre he querido.

Las palabras de mi madre retumban en mi mente una y otra vez. Los recuerdos regresan para evocar una ausencia y un daño que parecía haber superado, y entonces lo sé: nunca voy a recuperarme.

Las lágrimas comienzan a salir y con ellas el dolor tan profundo que siento en el alma. Me derrumbo, lo hago sin pensar en nada más.

Mi respiración se agita, el corazón se me dispara y soy consciente de que ha vuelto, que de nuevo no puedo controlarlo. Intento chillar, aunque la voz se ha quedado atrapada dentro de mí. Siento que el mundo se me va y que no me quedan más fuerzas. Solo oigo una voz a lo lejos, esa que tantas veces me ha salvado; mi ángel.

—Sara, contéstame, por favor. Si no lo haces no podré ayudarte, por favor. —Trato de abrir los ojos, pero me resulta difícil—. Cariño, hemos pasado por esto otras veces, por favor, necesito que me ayudes, solo no puedo, te prometo que no puedo. —Samuel sujeta mi mano con cariño y acaricia mi cara. No es la primera vez que tiene que lidiar con esto.

Por suerte, ahora ocurre con menor frecuencia, aunque supongo que ni él ni yo nos acostumbramos a esto. Me recuesta en la cama y sigue acariciándome de esa manera que por fin logra serenarme, a pesar de que estoy más tranquila se queda a mi lado toda la noche, lo sé porque siento su respiración cerca y eso hace que pueda dormirme.

9. Complicado

Sara

A la mañana siguiente me despierto con dolor de cabeza. No es ninguna novedad, cuando me pasan estas cosas siempre sucede. Samuel sigue dormido. Le miro, sonrío y me doy cuenta de lo afortunada que soy por tenerle, no es fácil encontrar a una persona que te complemente y te entienda de esa manera. Todo el mundo dice que formamos buena pareja, yo creo que formamos mucho mejor equipo como amigos. Creo que, aunque a él le gustaran las mujeres, nunca hubiéramos tenido nada romántico. La amistad es mucho más importante para nosotros.

Le recuerdo en todos mis buenos momentos, pero también en los malos. En cada uno de ellos de mi mano, sin soltarme, con una palabra de consuelo y, a veces, con un simple abrazo. Lo quiero, creo que mucho más de lo que él imagina.

Se despierta, se frota los ojos y me sonrío.

—¿Cómo estás? ¿Más tranquila?

—Sí. Estoy bien. No sé qué haría si no estuvieras, Sa. ¿Qué voy a hacer cuándo esté sola?

—Lo controlarás igual, yo no hago nada.

—¿Qué? Haces mucho; me calmas y haces que domine la situación.

—Eso lo haces tú sola, pero creo que deberías ir a que te vieran. Esto no puede ser bueno.

—Hacía mucho que no me sucedía.

—¿Sí? ¿Olvidas el día del restaurante? —¡Mierda! Se me había ido por completo.

—Tienes razón.

—Esta es tu forma para exteriorizar las cosas y no puede ser así, Sara. Tienes que hablar con alguien.

—Ya hablo contigo.

—No me refiero a eso, alguien profesional que sepa decirte por qué te ocurre todo esto. Prométeme que lo harás.

—Está bien.

—¿Quieres que charlemos?

—Tengo algo que contarte. Mi madre dejó una carta para mí antes de morir. Ella..., mi madre sabía que se moría, Sa, y no nos dijo nada. No quiso que sufriéramos, pero eso no es todo; dejó un dinero para mí, para que montara un restaurante. ¿Puedes creerlo? Ella quería que cumpliera mi sueño, que siguiera con la cocina.

—¡Eso es increíble! Tu madre siempre quiso que fueras feliz. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, Sa. ¿Debería hacerle caso? Yo ya me había olvidado de todo eso.

—¿De verdad? Te veo la cara cuando cocinas en Besos con Sal. Se te nota que eres feliz, amiga. No puedes ocultarlo.

—Supongo que tienes razón. Sin embargo, no creo que invertir en un restaurante sea una opción ahora mismo.

—Creo que deberías retomar tus clases de cocina y, después, valorar esa posibilidad. Al fin y al cabo, es lo que siempre has querido, ¿no?

—Sí, aunque hace tiempo que dejé de creer en nada.

—Pero todos seguimos creyendo en ti, y el chef *buenorro* también. —Me río—. Creo que

ese es otro tema que deberías tratar. Ese hombre te mira de una forma especial, se preocupa por ti, y te tiembla el cuerpo cada vez que se acerca. También me he dado cuenta de eso. Imagino que no soy el único. ¿Qué piensas hacer con él?

—No he pensado en ello. No quiero...

—¡Vamos, Sa! La historia esa de «no quiero enamorarme» ya te pilla lejos. Lo estás y mucho.

—¿Qué dices?

—Soy tu amigo, no me tomes por tonto. Lo que me sorprende es que no tengas la confianza para decírmelo.

—Yo..., no es que no te lo quiera contar, es que...

—Estás acojonada, también lo sé y no te entiendo, tú nunca has tenido miedo a arriesgarte y lo de...

—¡Ni lo nombres! —espeto enfadada.

—¡Oído cocina! Pero... piénsalo. El chef *buenorro* está loco por ti. Creo que... —Le tiro un cojín—. ¿De verdad acabas de hacer eso? ¡Ahora verás!

Me lanza otro y se abalanza encima de mí haciéndome cosquillas en el abdomen. No puedo parar de reír.

—¡Para, para, por favor! Me quedo sin fuerzas. —Lo miro y le doy un beso muy fuerte en la mejilla—. Te quiero, bueno, no. En realidad, te adoro. Eres lo mejor que tengo.

—Lo sé. Yo también te quiero, aunque a veces es un horror aguantarte.

—¡Oye! —Le doy en el brazo.

—Creo que deberíamos levantarnos. ¿Te parece si vamos a comer?

—¿Te apetece que lo hagamos con mi padre y mi hermano? Se van esta tarde. Creo que les hará ilusión verte.

—Perfecto. Voy a darme una ducha. ¡Vamos, levanta ya de ahí!

—Sí. Creo que me tomaré algo para la cabeza mientras tú acabas.

Ambos nos levantamos. Llamo a mi hermano para confirmar que comeremos juntos, tal como quedamos el día anterior. Dos horas después estamos todos juntos.

Pasamos un rato agradable. Había olvidado cómo sonaba la risa de mi padre, su sonrisa e incluso sus bromas.

Creo que todos hemos dado un paso hacia delante. Hemos desenterrado un pasado doloroso para vivir el presente de nuevo. Y, no solo me siento orgullosa de ellos, también de mí misma.

Con la resaca emocional y la despedida de mi familia, Samuel y yo nos marchamos a trabajar. Rubén nos recibe en la puerta. Me cambio deprisa, voy a la cocina ilusionada, pero cuando llego me doy cuenta de que él no está y me siento decepcionada.

Estaba emocionada por volver a verle, abrazarle y contarle todo lo que ha ocurrido. Una tristeza irrumpe en mí. ¿Qué me pasa? ¿Cuándo he tenido esa necesidad de compartir lo que me ocurre?

Él no aparece en toda la noche. Tampoco he recibido ningún mensaje y, sinceramente, no me atrevo a preguntarle a Rubén. Sé que está enterado de lo que sucede entre nosotros, aun así, no me parece correcto.

Nuestro servicio acaba cerca de las tres. Samuel y yo salimos a tomar algo con los compañeros, mientras Lucía se queda con Rubén. No he podido hablar con ella, aunque creo que las cosas entre ellos parece que empiezan a funcionar.

No vuelvo a saber nada de Cristian hasta que llega el sábado.

Esa noche es la más dura de mi vida o, por lo menos, desde que llegué a Besos con Sal. Cuando entro a la cocina, lo veo preparando algunas cosas, me acerco a él por detrás y le soplo en la oreja.

—¡Dichosos los ojos que ven a mi chef preferido! ¿Dónde te habías metido? —añado con una sonrisa. Él se da la vuelta y me observa con gesto serio. Pocas veces lo he visto así. No sé qué le ha podido pasar. Clava su mirada en mí de una forma que me desconcierta—. ¿Se puede saber por qué me miras así? Parece que me estás perdonando la vida.

—Puede que haya cosas que no te pueda perdonar. —«¿Qué? ¿De qué está hablando? ¿Por qué me habla de esa manera? Esto no me está gustando nada», pienso.

—No entiendo a qué viene esto.

—¿De verdad no lo sabes? Bien. Voy a darte el beneficio de la duda, ya que no soy de los que rompen con todo sin preguntar, a pesar de haber evidencias claras. ¿A quién le has contado que íbamos a abrir un nuevo restaurante?

—¿Qué? ¿De verdad piensas que se lo he contado a alguien?

—En un principio pensé que era imposible, pero dado que eres la única que lo sabe...

—Cristian, te prometo que yo no he contado nada. Jamás lo haría y, mucho menos, una cosa así que sé lo importante que es para vosotros. No me corresponde a mí hacerlo. Créeme, por favor.

—Te juro que me gustaría, Sara. Me encantaría.

Voy a acariciar su brazo, y él se quita. Me aparta la mirada y entonces me doy cuenta de que no confía en mí, que es mejor dejarlo así.

El servicio se vuelve una auténtica mierda, sí, incluso podría decir que en mayúsculas y con letras de neón. No solo tengo que lidiar con que me evita, también con el volumen de trabajo, que es horrible. Nunca había tenido tanto estrés en una noche; corro como nunca, y Cristian también lo hace. Tengo mucho calor y decido quitarme la camiseta larga, cuando lo hago la maldita costra de la quemadura se me queda pegada y grito de puro dolor. Cristian deja todo lo que está haciendo y viene hacia mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta preocupado cogiéndome del brazo con suavidad.

—No es nada, no te preocupes. Es solo que la quemadura... —«¡Mierda! ¡Qué dolor!», pienso. Él me quita la camiseta con suavidad y analiza mi brazo. Me sale un poco de sangre. He tirado demasiado fuerte.

—¡Eres muy bestia, Sara!

—Gracias.

Nuestras miradas se cruzan y esa maldita conexión entre nosotros vuelve de nuevo. Acaricia mi cara con la palma de su mano, y yo cierro los ojos, el simple contacto de su piel provoca que mi cuerpo se convierta en una bomba a punto de explotar.

—Lo siento, Sara. No tenía que haberte hablado de esa manera. No es mi estilo.

—No te preocupes por eso. Sé que estabas enfadado, pero te prometo que yo no he contado nada, ni siquiera a Samuel. Es mi mejor amigo, sin embargo, no le cuento cosas relacionadas con otros.

—¡Joder! Es que... Olvídalo. Ve a curarte esa herida, por favor. Sangra demasiado. —«¿Qué? ¿Que sangra demasiado? ¿Eso es lo que ha dicho?». Bajo la mirada hacia mi brazo y lo veo. Bien, ¿he dicho alguna vez que le tengo pánico a la sangre? Sí, no he elegido la mejor profesión. Y, no, no estoy preparada ni para cortarme ni para ver heridas. El calor empieza a apoderarse de mi cuerpo. Cristian me mira preocupado y me pregunta—: ¿Qué ocurre, Sara?

—¿Puedes sujetarme? Creo que me voy a desmayar.

Y no es solo que lo crea, sino que lo hago. Cristian me coge a tiempo para no darme un buen porrazo contra el suelo. Cuando reacciono, lo veo a él de nuevo.

—¡Vaya! La bella durmiente por fin despertó —añade en tono de guasa.

—¿Me he desmayado?

—Sí, pero solo han sido unos segundos. ¿Cuándo pensabas decirme que te mareas con la sangre? Es un punto a tener en cuenta cuando trabajas en una cocina.

—Yo..., yo... no lo pensé.

—¡Esa es mi chica! —Me encanta cómo suena eso en su boca.

—¡Joder! ¿Se puede saber qué pasa con la comida de la dos?

Rubén irrumpe en la cocina. Supongo que la escena que ve lo desconcierta. Los dos sentados en el suelo de la cocina. Yo apoyada en los brazos de Cristian, y él cogiéndome la mano.

—Lo siento. Sara se ha caído redonda al suelo, y he tenido que reanimarla. —Rubén levanta la ceja. Supongo que no entiende muy bien el concepto de reanimación entre nosotros—. ¡Con alcohol! ¡Malpensado! —Cristian suelta una carcajada.

—¿Estás mejor, Sara? ¿Necesitas algo? —pregunta Rubén.

—Estoy mejor. Solo necesito tomar un poco de agua. —Cristian me ayuda a incorporarme, bebo un poco y me mojo la nuca.

—Tenemos un problema, Rubén. Nuestra pinche tiene un pequeño inconveniente con la sangre.

—¿Y cuál es?

—Que se cae redonda cuando la ve. —Ambos se ríen a carcajadas. Sí, de mí, y estando delante.

—Estoy aquí. ¿Sabéis? ¿No conocéis a nadie que le pase? Porque tengo que deciros que le sucede a mucha gente —digo muy enfadada.

Estos dos son un par de cretinos que se ríen de las desgracias ajenas.

—Sara, tendrías que haberlo dicho. Si algún día te cortas, y estás sola, ¿qué hacemos?

—Procuraremos no dejarla sola. Es un peligro. Si no llego a cogerla, se hubiera dado un buen porrazo en la cabeza.

—¡Madre mía! Los dos en la cocina sí que sois un peligro. ¿Os dais cuenta de que siempre que entro ocurre algo? ¡Venga! ¡Vamos a trabajar! Los comensales están de los nervios, y si la gente se pone de los nervios...

—Tú también —respondemos Cristian y yo al unísono. Rubén sale de la cocina.

—¿Mejor? ¿Crees que dejarás de darme estos sustos en algún momento? ¿Hay algo más que deba saber?

«Sí, que estoy locamente enamorada de ti y que no soporto que no confíes en mí».

—¿Qué has dicho? —me pregunta levantando una ceja. ¿Lo he dicho en alto? Creía que era un pensamiento mío. ¡Mierda, mierda!

—Nada. Tonterías. Será mejor que continuemos.

Y eso hacemos; continuar con la noche. Algo más relajados, y él con un gesto menos serio, lo cual agradezco. Terminamos de recoger cerca de las cuatro, y a algunos todavía les queda cuerpo para salir a tomar algo. Yo declino la propuesta y no solo yo; mis piernas, mis brazos y cualquier parte de mi cuerpo también, ha sido una noche intensa en todos los sentidos.

Samuel me mira con cara de gatito pidiendo algo, y le digo que no se preocupe, que puede irse, que cogeré un taxi hasta casa. Algo que no sucede porque Cristian me lleva, aunque me niego en varias ocasiones, siempre gana. Y reconozco que, a pesar de que es un poco tarde, lo invito a

subir, y en un principio se lo piensa, pero acaba aceptando. Le ofrezco una cerveza, y ambos nos sentamos en el sofá. En realidad, yo caigo desplomada.

—Cansada, ¿verdad?

—Mucho. Estoy agotada. Ayer fue un día duro y el de hoy no ha sido mucho mejor, creo que de los peores.

—Sara, necesito hablar contigo. —Deja la cerveza en la mesa y me mira—. Hoy he sido muy duro contigo. Estaba cabreado y sé que tenía que haberte preguntado antes de hablarte así.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Solo quiero, bueno, mejor dicho, necesito que confíes en mí. Yo nunca te traicionaría de esa manera. Todo lo que me has contado se ha quedado guardado en mí, no lo he compartido con nadie. Son cosas tuyas, ya te lo he dicho. Me gustaría saber cómo has llegado a la conclusión de que había sido yo.

—Pues... Lucía. Cuando llegué ayer por la mañana, ella estaba ahí y me preguntó cómo iba el local de Barcelona. En un principio pensé en no contestar, pero le dije que bien, y ella me dijo que le encantaba el nombre. Yo... ¡Joder!

Pensaba que tú...

—¿Qué? Yo no le he contado nada a Lucía, te lo juro. Ni siquiera hemos hablado en estos días.

—No sé, Sara. Es todo bastante raro.

—En eso estamos de acuerdo. No entiendo de dónde se ha sacado el nombre. ¿Por qué no le has preguntado a ella directamente quién se lo había contado?

—Pensaba hacerlo, sin embargo, cuando me dijo que le encantaba el nombre se me nubló la mente. Era algo tan especial, tan nuestro... que me dio mucha rabia creer que lo habías compartido sin decirme nada.

—No lo he hecho y, si fuera así, te lo diría. No tendría por qué ocultártelo. Lucía y yo apenas hablamos últimamente. Casi todas las noches se queda con Rubén, y algún día hablamos por wasap. Nada más. Es una buena amiga, pero hay ciertas cosas que no le cuento y tampoco lo he hecho con Samuel. ¿Me crees? —Lo miro a los ojos.

—Sí, joder, claro que te creo. Lo siento. Sé que tú nunca harías eso. No sé por qué se me ha pasado por la cabeza. Quizás nos haya escuchado o..., no lo sé.

—Me alegra saber que lo haces.

Se acerca a mí, sujeta mi cara con sus manos y se produce el beso. Uno largo y húmedo que hace que mi cuerpo se tense. Me acaricia por encima de la ropa, aunque eso no es problema, ya que solo con nuestros roces soy capaz de llegar al cielo. Un gemido sale de mi garganta, y él muerde mi labio haciéndome sentir un deseo que soy incapaz de ocultar. Mis manos viajan por su torso, tocando cada uno de sus abdominales y el escaso vello que los cubre. Desabrocho su cinturón y sigo jugueteando entre sus *boxers*. Cristian cierra los ojos, su respiración se agita y suelta algún gruñido de placer. Me doy cuenta de que lo estoy haciendo bastante bien. Retira mi mano, y paro el juego. Me sube a horcajadas encima de él deshaciéndose de mi camiseta, y desabrocha mi sujetador, dejando al descubierto mis pechos. Se deleita con la imagen, su cara de deseo lo delata.

—¿Tienes preservativos? —pregunta con la voz ronca.

—No —respondo con una media sonrisa.

—De mañana no pasa que vayamos a hacer la compra. Esto de hacer las cosas a medias no me gusta nada, señorita.

Se ríe y hunde su boca en mi cuello. Su mano se mete por debajo de mis bragas y con apenas unos movimientos acaba dejándome mojada de nuevo. Se baja los pantalones y se

introduce dentro de mí con un movimiento duro. Me apoyo en su pecho, y ahora soy yo la que dirige los movimientos. Aumento el ritmo apoderándome de su boca. Su lengua me enciende y sus embestidas son puro fuego para mí. Después de caricias llenas de pasión, besos que rozan lo prohibido y movimientos que hacen que nuestros sentidos se pongan en alerta, me pide que paremos, pero yo estoy tan excitada que no hago caso a sus palabras, y lo enciendo un poco más, acariciando su cuello con mi lengua y aumentando el ritmo.

—Sara, tenemos que parar. No creo que pueda aguantar mucho más. —Su tono es de súplica. Me incorporo mirándolo con un gesto lleno de deseo.

—¿De verdad quieres que pare?

Sus ojos claros se clavan en mí, busca mis labios, agarra mi espalda y en un movimiento se pone encima de mí. Entra y sale rápidamente, mientras su boca no le da tregua a la mía. Los gemidos no cesan y cuando me quiero dar cuenta estoy empapada; de mí y de él. En unos segundos se aparta y se queda en el sofá con la cabeza agachada.

—¿Estás bien? —Toco su hombro.

—Joder, Sara! Acabamos de cometer una locura. Yo nunca he hecho algo así. Siempre he mantenido la cabeza fría, aunque parece que contigo es algo imposible. —Beso su mejilla y añado:

—No tienes de qué preocuparte. Tomo precauciones y, siempre que he tenido relaciones, he usado protección. Espero que tú...

—Yo siempre lo hago con preservativo. Puedes estar tranquila. ¿Con tu novio también...?

—¿Ya hemos llegado a ese punto? Con él dejé de usarlo. Hasta que me dejó y decidimos que éramos ex con derecho a orgasmos de vez en cuando.

—¿Sigues acostándote con él?

—Es evidente que no. Estoy en Ibiza, y él en Zaragoza.

—Lo siento. No tendría que preguntarte esas cosas.

—No pasa nada. Hace meses dolía, pero ya no. ¿Y tú? Presiento que guardas una gran historia amorosa.

—Una de esas de pringado al que dejan por un futbolista famoso.

—¿Hablas en serio?

—Sí. ¿Y sabes lo peor? Que yo fui quien los presenté. Ahora viven en Londres y tienen dos niños. Esos que nunca quiso tener conmigo. En fin...

—¿Te duele?

—No. Quizás si las cosas hubieran sido diferentes sí, pero fue ella la que se largó con otro. No tiene sentido pensar en eso, ya no.

—Lo siento. No pensé... —Nunca imaginé que lo hubieran dejado y mucho menos en esas circunstancias. Eso me pasa por bocazas.

—No te preocupes. No es algo que le cuente a todo el mundo. No me avergüenza decir que me dejaron. Sin embargo, no me gusta que sientan lástima de mí. Tampoco me siento como el «pobrecito». Quizás, visto desde otro punto de vista, me hizo un favor.

—Yo siempre digo que las cosas pasan por algo. Esa mujer no era para ti. Como... —Me cuesta volver a pronunciar su nombre. Odio tener que recordar los momentos vividos con él.

—Será mejor que hablemos de cosas más animadas. Esos dos capullos no se merecen ni un solo segundo nuestro.

—Estamos de acuerdo. ¿Te apetece tomar algo?

—Sí. Algo con mucho hielo. —Se levanta y se dirige al baño mientras yo preparado algo fresco.

Cuando vuelve, se lleva el vaso a la boca y nos acurrucamos los dos en el sofá. Adoro estas situaciones: que me abrace, que me cuide, que me quiera porque sé que lo hace.

—¿Cómo fueron las cosas con tu hermano?

—Bien. Nuestra relación desde que murió mi madre nunca ha sido muy buena, sin embargo, parece que ayer rompimos con todas las barreras y todo cambió. —Suspiro antes de continuar.

»Él me contó todo lo que había sucedido con mi madre. Ella sabía que estaba enferma, su muerte no fue algo repentino, como nos hizo creer. Fue muy duro enterarme de eso y de que mi hermano lo sabía, pero se calló, pues mi madre así lo quiso. —No dejo de preguntarme por qué me lo ocultó, por qué no me dejó despedirme de ella. Trago con fuerza—. Ella dejó un dinero para mí, Cristian, para que cumpliera mi sueño y montara un restaurante. De alguna manera supo que, cuando ella faltara, yo dejaría la cocina de lado.

»Mi hermano me dio una carta que ella misma había escrito. Le pidió que me la entregara cuando las cosas se calmaran. En ella me explicaba la situación y los motivos que le habían llevado a mentirnos, a mentirme de esa manera. Fue muy duro leer esas palabras. Ella me pedía que cumpliera mi sueño, que era lo que ella quería. ¿Sabes cómo me sentí? ¿Imaginas lo que fue para mí descubrir todo eso? Ni siquiera sabría decirte cómo me siento.

—Lamento que las cosas fueran así, piensa en lo positivo. Ella quería que cumplieras tu sueño, imagino que no le resultó fácil ocultártelo todo, escribir esa carta de despedida y dejarte ese dinero, sin embargo, lo hizo para protegerte y para que fueras feliz. ¿De qué tienes miedo? Puedes hacerlo, eres buena; tu madre lo sabía, yo lo sé, y tú también.

—No creo que esté capacitada para hacerlo, no en este momento.

—¿Por qué no?

—¡Vamos, Cristian! No sé nada de cómo llevar un negocio. Necesito formarme muy bien para llevar a cabo ese sueño. —Una sonrisa sale de su boca y me dedica una mirada muy tierna—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Porque es la primera vez que te escucho decir «sueño». Las veces que hemos hablado del tema de la cocina siempre ha sido para acabar en el mismo punto: que eso había quedado atrás. Me alegra saber que ahora lo tienes presente.

—Puede que haya llegado el momento de hacer realidad algunas cosas.

—Me alegra oírte. Bueno, nena, me voy a marchar. Creo que los dos tenemos que descansar. Ha sido un día duro y es muy tarde. —Acaricio su hombro observándolo con intensidad.

—Quédate a dormir.

—¡Uy! Esto se está poniendo interesante. La chica del pelo rosa se está enamorando del chef *buenorro*. —Suelto una carcajada que retumba en el piso.

—¡Maldito Samuel!

—Nunca me habían puesto un mote como ese o por lo menos no lo había escuchado.

—Lo siento —comento apenada—. Tengo un amigo bastante bocazas.

—¿Por qué? A mí me encanta. Creo que a partir de ahora firmaré así.

—¡Qué idiota eres! ¿Duermes conmigo?

—¿Podría rechazar una propuesta como esa?

Se levanta del sofá y coge mi mano. Nos vamos a la habitación, donde nos llenamos de caricias, de besos y de esa palabra que tanto miedo me ha dado siempre: amor.

10. Viviendo el amor

Cristian

Lo confieso, estoy loco por esa mujer de pelo rosa. No solo me gusta su manera alocada de ser, me encanta su manera de decir las cosas; clara, sincera..., pero, además, me encanta su boca, sus besos..., cualquier parte de su cuerpo es un vicio para mí.

Nunca pensé que alguien pudiera desmontar mi mundo de esta manera, y mucho menos mi trabajo, sin embargo, Sara lo ha hecho.

Clara me dejó de una manera asquerosa, y en ese momento me prometí que no volvería a enamorarme, aunque, ¿quién soy yo para decidir eso?

Fui un idiota al pensar que ella había contado lo del restaurante. Cuando hablé con Rubén, me di cuenta de que había sido él quien había abierto la boca y, por supuesto, me enfadé muchísimo, aunque sé que no tenía derecho, al fin y al cabo, yo se lo conté a ella. No se me pasó por la cabeza que Rubén pudiera revelárselo a nadie, sin embargo, sí que desconfié de ella.

El domingo trato de compensarle mi error, me cojo la mañana libre y llevo a Sara a unos de los sitios que más me gustan; la casa en la que mis padres pasaban gran parte de su tiempo, la cual tiene las mejores vistas de Ibiza.

Llevarla allí significa muchas cosas, entre ellas que quiero que entienda que lo nuestro no es solo sexo ni una aventura; la necesito en mi vida.

Al llegar se sorprende. Lo analiza todo con la mirada, y me doy cuenta de que le encanta.

—¿Esta casa es tuya? —pregunta con entusiasmo.

—Era de mis padres, pero de vez en cuando me gusta venir aquí y disfrutar de ella. Guardo muy buenos recuerdos. —Sonrío por todo lo que significa esto para mí—. Es espectacular. Ven. —Cojo su mano y la llevo a la terraza, desde aquí las vistas son increíbles.

—Creo que ahora entiendo tu angustia cuando te vas de aquí.

—El mar, la playa, la arena, la brisa, este olor a salitre... siempre han formado parte de mi vida. De alguna manera, me siento vinculado a ella.

Sara se acerca a mí dándome un beso muy tierno en la mejilla.

—Eres un chico estupendo.

—¿De verdad lo crees? —pregunto con una sonrisa en los labios. Ella me mira con los ojos llenos de felicidad, con una luz que nunca había percibido en ellos.

—Por supuesto que sí. Cuando te vi la primera vez pensé que eras el típico chulo, creído. Sin embargo, solo me faltó un poco de tiempo para darme cuenta de que estaba equivocada. Eres muy noble. La manera que tienes de trabajar con la gente, lo delicado que eres, cómo nos aconsejas, nos ayudas... No creo que todos los chefs hagan eso con la gente que trabaja para ellos.

—Lamentablemente, no. Yo siempre he sido así. Por eso sigo metido en la cocina de Besos con Sal. No valgo para ser jefe, simplemente, soy uno más en la plantilla.

—Pero sí lo eres.

—Sí. Me encargo de muchas cosas y las decisiones siempre las tomamos entre los dos, aunque es Rubén el que tiene madera para eso. Lo mío siempre han sido y serán los fogones. Ven, voy a enseñarte algo. —Cojo su mano y la llevo hacia mi habitación. Su cara de sorpresa e ilusión

me hace sonreír. Se acerca a una de las fotos y me mira feliz.

—¡No puedo creer que conocieras al gran Paul Bocuse!

—Sí. Esta foto es de dos mil quince. Coincidimos en un evento. Fue un honor conocerlo.

—Eres muy afortunado. Cuando me enteré de su muerte, me dio mucha pena. *Nouvelle cuisine*^[2] —añade en un perfecto francés.

—«Platillos que deben enamorar a los cinco sentidos». —Ambos sonreímos. Es increíble compartir con alguien la pasión por la cocina—. ¡Dios mío! Tienes fotos con todos. También está Arzak.

—Veo que estás muy puesta en el tema.

—¡Por supuesto! Ese hombre tiene tres estrellas Michelin. Su nombre nunca ha dejado de aparecer en los listados de los mejores chefs del mundo. Ha sabido mantener la calidad de sus platos durante décadas. —Sonríe avergonzada—. ¡Qué tontería! ¡Como si tú no lo supieras! Lo siento, es que no tengo muchas oportunidades de hablar de cocina con nadie y, si lo hago, tampoco me entienden, como es el caso de Samuel.

—A mí me encanta que lo hagas y el entusiasmo con el que hablas de todo esto me fascina. Supongo que también habrás visto a Ferran Adrià, con él tengo un trato muy cercano, alguna vez se ha pasado por Besos con Sal. Puede que algún día te lo presente.

—¿¿Hablas en serio?? ¡No me vaciles con estas cosas, Cristian!

—Te lo digo completamente en serio, somos amigos. —Se acerca a mí y me abraza tan fuerte que por poco me deja sin respiración.

—¡Eres el hombre de mi vida! Cada día lo tengo más claro. —Escuchar eso me deja sin aliento y me pregunto si será verdad lo que acaba de decir.

¿Alguna vez habéis sentido miedo a sentir? Eso es exactamente lo que me está pasando a mí. Creo que somos capaces de darnos cuenta cuando alguien especial llega a nuestras vidas, y eso me ha sucedido con Sara.

Tuve un pasado tormentoso, pero, en este momento, lo que siento por ella me ha hecho darme cuenta de que puedo volver a enamorarme, mejor dicho, lo estoy. Ahora solo queda gestionar todo esto que siento y hablar con ella. ¿Cristian Lacosta planteándose de nuevo una relación? Miedo me dan mis pensamientos.

Traerla a la casa de mis padres se vuelve muy especial. No todo el mundo conoce este pequeño rincón y creo que, sin duda, ha salido encantada.

Los días con ella se vuelven especiales. Cada vez más juntos, cada vez más...

11. Sintiendo

Sara

Siempre supe que Ibiza era especial. Desde que estoy aquí soy feliz. He dejado de ser camarera para convertirme en una pinche de cocina. A pesar de que la mano de Cristian se recuperó muy rápido, no he vuelto a la sala. Supongo que entre ellos así lo han decidido.

Cada día aprendo mucho más de él. Sin duda, es un profesor genial. Me deja experimentar y creo que entre los dos formamos un buen equipo.

Nuestra relación fuera de la cocina es todavía más especial; ya no existen barreras entre nosotros, su casa ya no es un impedimento. Creo que ha perdido el miedo a sentir, supongo que ambos lo hemos hecho. No hemos hablado directamente de sentimientos, a veces las palabras no son necesarias cuando los gestos hablan por sí solos.

El verano y la locura han llegado a Ibiza. Eso de lo que tanto me hablaban cuando llegué, lo he descubierto por mí misma. Las noches son eternas. Los servicios muchos días duran hasta las cinco de la mañana, y algún que otro turno me toca doblar. Estoy destrozada, sí, pero feliz. Feliz porque estoy justo donde quiero estar y con quien quiero.

Samuel sigue siendo mi punto de cordura, sobre todo ahora que tengo muchas decisiones por tomar.

Han pasado varios meses desde que me enteré de la decisión de mi madre. Un mes después resolví que me apuntaría a una escuela de cocina. Busqué varias por Ibiza, aunque, siendo sincera, quiero hacerlo en una de las mejores y para ello tendría que trasladarme y no cerca precisamente. Presenté una solicitud para dos y, tras un par de meses de espera, he recibido respuesta. Una que quizá, ahora mismo, no sea la mejor. Me han admitido en Barcelona. Empezaría en septiembre, exactamente en quince días.

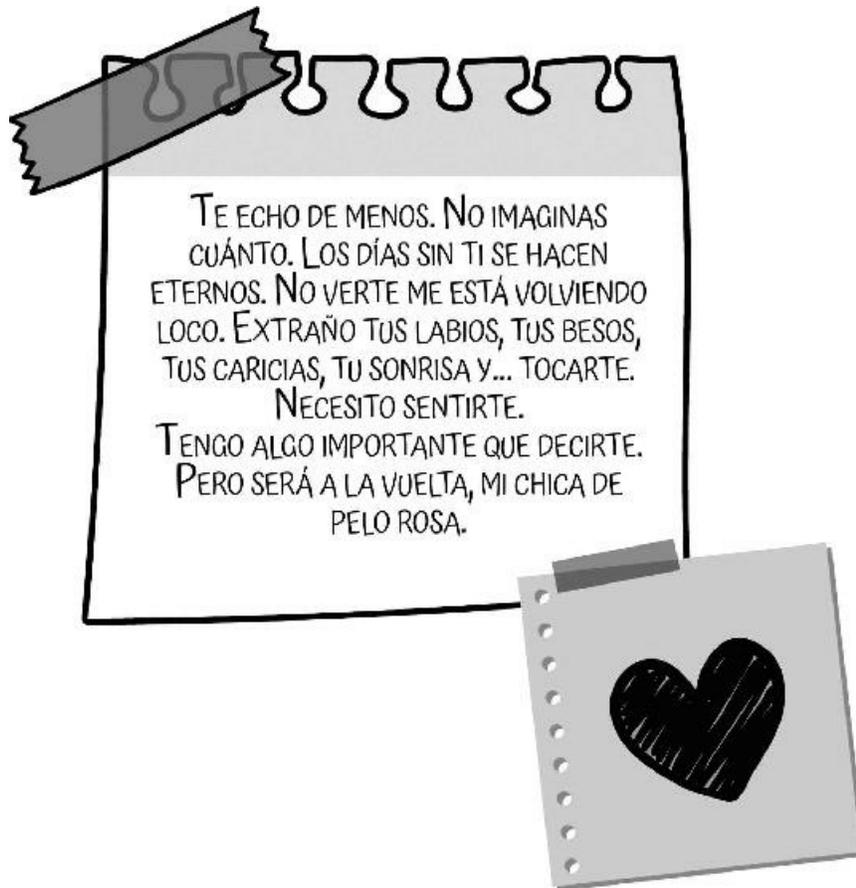
Llevo tres días pensando en cómo decírselo a Cristian. Cada vez que intento hablar con él me puede el miedo de perderlo y me callo. Sé que tengo que hacerlo, pero... he llegado a pensar que quizá no sea el momento para marcharme. No ahora que los dos estamos tan bien. Nunca he creído en las relaciones a distancia y un año es demasiado tiempo para estar separados. No podría estar viéndole solo algún fin de semana y más sabiendo que es el punto alto de trabajo de Besos con Sal. Mi cabeza está hecha un lío y mi corazón destrozado. No quiero irme de Ibiza. Siempre he pensado que mi sueño era formarme en una escuela como esa, sin embargo, ahora me he dado cuenta de que quiero estar aquí, en Besos con Sal, con él.

Hoy es jueves. Cristian se ha pasado toda la semana en Barcelona. Tan solo quedan unos días para que, por fin, Besos con Canela vea la luz. Me ha mandado fotos del local y solo puedo decir que es espectacular, aunque, en mi mente, sabía cómo era desde el día en que él me llevó allí.

Está ilusionado y contento, resulta hasta contagioso. Han sido unos meses muy duros para él y para Rubén. Sé lo mucho que le cuesta salir de la isla. Por eso mismo, he tratado de hablar con él todo el tiempo que he podido para no darle lugar a pensar. Ya hemos charlado sobre sus ataques de ansiedad, sin embargo, se niega a hablar con un profesional que lo ayude. Dice que ahora está mejor que nunca y que el estrés no podrá con él. Quiero confiar en que sea así, pero no se me olvida que yo también paso por eso y que, igual que uno se encuentra feliz, los problemas

vienen sin previo aviso.

Por la noche, saludo a Rubén al entrar, que parece perdido entre los papeles. Me cambio y me dirijo a la cocina. Al llegar a la barra, encuentro una nota con una flor.



TE ECHO DE MENOS. NO IMAGINAS
CUÁNTO. LOS DÍAS SIN TI SE HACEN
ETERNOS. NO VERTE ME ESTÁ VOLVIENDO
LOCO. EXTRAÑO TUS LABIOS, TUS BESOS,
TUS CARICIAS, TU SONRISA Y... TOCARTE.
NECESITO SENTIRTE.
TENGO ALGO IMPORTANTE QUE DECIRTE.
PERO SERÁ A LA VUELTA, MI CHICA DE
PELO ROSA.

Sonrío al leer la nota una y otra vez. Hay tanto sentimiento en un simple trozo de papel... El corazón se me acelera al recordarle. Él siempre ha sido muy detallista conmigo. Detrás de esa fachada de chico duro se encuentra el hombre más romántico del mundo, y yo qué voy a decir; estoy encantada. No hay nada mejor que volver a sentir.

Me acerco a la nevera para empezar a preparar las cosas y me encuentro una nota en la puerta.



¿En serio? ¿Vamos a jugar? Esto solo podía ser cosa de Cristian. Me pregunto dónde tengo que empezar mi búsqueda. Abro la nevera, puede que esta me dé alguna respuesta. Dentro hay otra nota.



Pienso en esa última frase. ¿Recordar? Cierro la nevera de golpe y sonrío como una idiota. Voy corriendo al armario donde creo que estará mi sorpresa. Y, ahí está, otra nota al lado de la canela.



¡Capullo! Vale, reconozco que me estoy divirtiendo mucho con el juego de búsqueda, sin embargo, necesito saber cuál es la sorpresa.

Cristian es muy delicado con la cocina y guarda un orden extremo, así que, decido ir donde se supone que están todos los postres que pueden conservarse a temperatura ambiente, cuando llego, me doy cuenta de que hay una caja blanca con un lazo enorme amarillo y una nota.

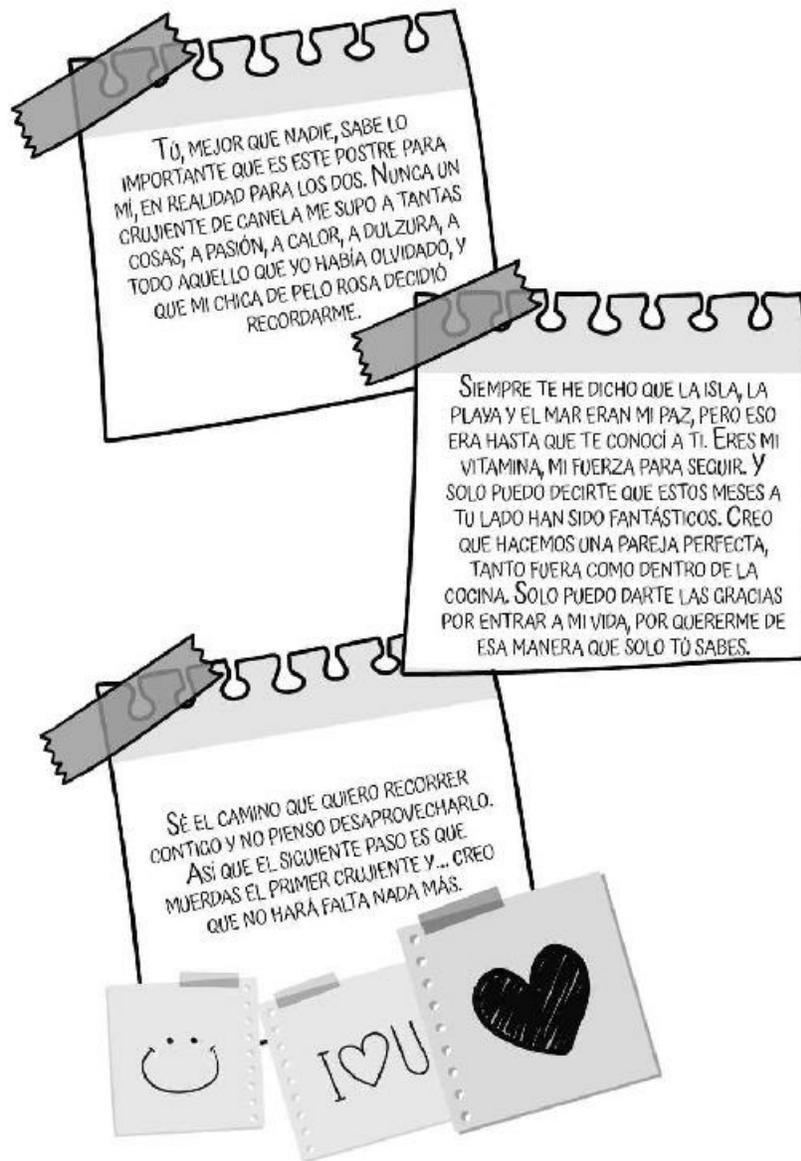


Sonríó nerviosa, me tiemblan las manos y no dejo de mirar el enorme lazo que la cubre. ¿Qué será? ¿Puedo confesar que estoy muerta de miedo por lo que pueda haber ahí dentro? Los minutos siguen pasando, incluso miro a todos los lados, por si hubiera alguien cerca. No aguanto más y abro la maldita caja.

Al hacerlo, un millón de sensaciones recorren mi cuerpo y lloro, sí, porque lo que para cualquiera puede ser un postre, para mí es el recuerdo más especial. Significa un comienzo, un volver a sentir y una nueva oportunidad. La caja está llena de crujiente de canela. Ese postre que no llegamos a terminar en su casa y que tantas veces después hemos hecho.

Para un chef los sabores siempre son especiales, pero para Cristian y para mí la canela es algo más. Es una explosión de sentimientos y es mucho amor.

Soy incapaz de explicar con palabras la felicidad que siento ahora mismo. Una nota de nuevo acompaña el postre.



Mis lágrimas salen sin cesar, el nudo en mi garganta parece que no termina de disiparse y mi corazón late a un ritmo vertiginoso.

Con las manos temblorosas cojo el primer crujiente de canela y me lo llevo a la boca. Ese sabor hace que los recuerdos vuelvan a mi mente, solo dura unos segundos, lo que tardo en abrir los ojos y ver que dentro hay un hilo. Me quedo impactada y tiro para saber qué es. Me llevo las manos a la boca y vuelvo a llorar, esta vez con mucha más fuerza. Sujeto mi cuerpo a la encimera y cojo con mis manos lo que prende del hilo. ¿Es un anillo de... compromiso? La piedra es de color marrón claro, imitando a la canela, y está enganchada por unas garras. Lo miro sin poder parar de llorar.

—¡Joder! ¿Es esto una proposición de matrimonio? ¿Por qué no está él aquí para explicarme todo esto? —grito sin control.

—Estoy aquí. Solo estaba esperando el momento adecuado para entrar y creo que ya ha llegado. —Oigo su voz detrás de mí. Me gira para ponerme frente a él, coge mi mano suavemente

agachándose al mismo tiempo y me pide que le dé el anillo. Por poco se me cae y es que me tiemblan hasta las pestañas. Me mira fijamente a los ojos con una amplia sonrisa y me dice:

»Desde que te vi supe que tú eras la mujer de mi vida. Puede que te parezca una locura, sin embargo, yo sé que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. No sé si las cosas saldrán siempre bien, pero te prometo que trataré de que así sea. Te quiero, Sara. ¿Quieres casarte con este chef que está locamente enamorado de ti?

Sus palabras están cargadas de amor y de sinceridad, y yo... siento lo mismo que él. Aunque puede que parezca una locura, quiero vivir esto con él.

—Por supuesto que sí. Quiero seguir siendo la mujer más feliz del mundo a tu lado. — Coloca el anillo en mi dedo, se levanta, y ambos nos fundimos en un abrazo. Uno que nos llena de paz, de amor y de respuestas que, hasta ahora, ninguno se había atrevido a dar.

Roza mis labios y los besa como solo él sabe hacerlo y, en medio de todo esto; aplausos, lloros, sonrisas y felicidad de toda la gente que nos quiere y que siempre ha formado parte de nosotros, de Besos con Sal. Rubén se acerca a abrazar a Cristian, y Samuel y Lucía corren a mis brazos.

Ahora mismo tengo todo lo que quiero. Al hombre que amo a mi lado, unos amigos que se han convertido en familia, un trabajo que me encanta, la felicidad de saber que las cosas con mi padre y mi hermano mejoran cada día. ¿Puedo pedir más? Por supuesto que no. Simplemente que esto no se acabe nunca.

12. Decisiones difíciles

Cristian

Han pasado diez días desde que le pedí matrimonio a Sara y solo puedo decir que me siento el hombre más afortunado del mundo.

Hemos decidido que nos casaremos en octubre y que será una boda íntima y muy especial, rodeados de la gente que nos quiere.

Todo el mundo pensó que era una locura, pero, aun así, sabemos que están felices por nosotros.

Sara y yo hemos decidido irnos a vivir juntos. Eso de estar de una casa para otra ya no tiene sentido. Ella no quiere que Samuel se quede solo, así que le buscaremos un compañero de piso para que no note tanto la ausencia de Sara.

Sin duda, la petición de matrimonio fue toda una sorpresa para ella. Gracias a Rubén todo salió genial. Él me ayudó para que ella no se diera cuenta de que había llegado de Barcelona.

Quedan tres días para la apertura de Besos con Canela y todos estamos con los nervios a flor de piel. Rubén y yo preparamos la inauguración. Hemos tratado el tema y queremos que todo el equipo esté con nosotros en ese gran día, por lo que hemos decidido que viajaremos todos hasta Barcelona. Ellos son parte de esto y ninguno puede faltar. Hoy lo anunciaremos, porque hasta último momento han creído que no íbamos a cerrar Besos con Sal para el evento.

Al contarles nuestra decisión todo son sonrisas. Preparamos el viaje y cuando nos damos cuenta estamos allí; nerviosos y ansiosos por saber si todo saldrá como esperamos.

Rubén se encuentra atacado; todos lo estamos. Por suerte, entre Lucía y yo logramos que se tranquilice.

La apertura es todo un éxito. La gente está encantada con el local, y eso nos hace muy felices. Después de unos meses tan duros, por fin vemos la luz, esa que tanto necesitábamos.

No puedo dejar de mirar a Sara, está radiante. Ha elegido un vestido largo de tirantes y en su pelo un semirrecogido. Sonrío. Mi chica del pelo rosa siempre preciosa. Vuelvo a mirarla, habla con Samuel mientras sostiene una copa de champán, y no puedo dejar de pensar en que pronto se convertirá en mi mujer. Lo estoy deseando.

—Todo ha salido mejor de lo esperado. —Rubén toca mi hombro y sonrío.

—Sí. La gente está entusiasmada. Creo que hemos hecho un buen trabajo. Ahora solo queda que las cosas sigan así.

—¿Cómo estás? ¿Nervioso por la boda?

—Acojonado, pero muy feliz. Es la mujer de mi vida, estoy seguro de ello.

—Me alegro mucho por ti. Sara te ha cambiado por completo.

—Lo sé. —Mi amigo me abraza con cariño. Sé perfectamente que se alegra por mí.

Charlamos un rato más, y Sara aparece a mi lado. Me besa tiernamente en los labios regalándome una de sus bonitas sonrisas.

—¿Cómo estás? Por tu sonrisa puedo intuir que muy feliz.

—Lo estoy. Las cosas han salido geniales y me siento tranquilo, por fin. ¿Y tú?

—Genial. Estoy muy feliz por ti, por Rubén. Sé lo mucho que os ha costado esto, y que por fin sea una realidad me encanta.

—Gracias, cariño. Ven, quiero presentarte a alguien.

Su cara es de sorpresa. No espera en absoluto lo que va a suceder en pocos minutos. Cojo su mano tirando de ella para que me siga a la terraza. Toco la espalda de la persona y se gira. En ese momento, puedo ver el gesto de Sara, y sé que está emocionada. Sus ojos están vidriosos y la mano le suda.

—¡Cristian! ¡Menudo estreno! Me alegro mucho de que por fin hayáis abierto en Barcelona. Os deseo mucho éxito —dice Ferran Adriá con una sonrisa y apretándome la mano.

—Gracias. Ha sido todo un reto, pero creo que ha salido muy bien. Quería presentarte a alguien. Ferran, esta es mi prometida, Sara. Una chef que dentro de poco ocupará un hueco entre nosotros. —Se acerca a ella, le da dos besos, y ella no es capaz de pronunciar nada más que un hola.

—¿Una nueva chef? ¡Vaya! Eso es genial. Si en algún momento necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedirlo.

Esas palabras son muy importantes para ella, lo veo en su mirada y en esa sonrisa que no ha desaparecido de su rostro. Para mí verlo es algo normal, sin embargo, para ella entiendo que es un sueño cumplido.

Por fin consigue relajarse, y los tres charlamos animadamente.

La noche acaba siendo perfecta. Sara y yo nos dirigimos al hotel, ella está pensativa, como en su mundo y me muero por saber qué le pasa por esa cabeza.

—Estás muy callada. ¿Ha sucedido algo? Estabas muy contenta con todo lo que estaba ocurriendo. ¿Te preocupa alguna cosa?

—Solo le daba vueltas a todo lo que ha pasado en el restaurante. Ha sido una noche llena de emociones. Nunca pensé que pudiera conocer a Ferran Adriá. No imaginas lo que supone para mí eso.

—Sí que lo sé. Lo he visto en tu cara esta noche. Nunca te había visto sonreír de esa manera tan... especial.

—Era uno de mis sueños. Y tú lo has cumplido. ¿Sabes lo que significa eso para mí?

—Sabía lo importante que era. Solo quiero que sepas que estas cosas seguirán pasando y que te ayudaré en todo lo que esté en mi mano. Quiero que te conviertas en la mejor chef del mundo. Vas a tener que currar mucho, pero lo vas a conseguir.

—Yo... necesito hablar contigo de algo que me preocupa, no quiero que te enfades.

—Dímelo. Sé que hay algo que te ronda la cabeza.

—Mira, Cristian. Estoy muy ilusionada con nuestra nueva vida juntos, con casarnos, trabajar codo con codo...

—Pero...

Ella está tensa. Mucho. Y yo comienzo a ponerme nervioso porque no sé el motivo de por qué está así. Necesito que me lo diga ya.

—Hay cosas para las que no estoy preparada todavía. No hemos hablado del tema formalmente, y siento que tengo que ser sincera contigo.

»Tener hijos en un futuro inmediato no entra en mis planes. —Su confesión me deja a cuadros. No era una cosa que yo me hubiera planteado. En realidad, sí, pero no a corto plazo. Sara me mira con timidez y hasta diría que apenada—. Quiero vivir muchas cosas todavía, tenemos que vivir los dos. No quiero decirte con esto que no quiera tenerlos. Sin embargo, no es un pensamiento que tenga en este momento. Sé que no hemos hablado de este tema o no de una manera tan clara. No...

La corto de inmediato. Lo está pasando mal y no hay necesidad. Vale, no esperaba algo así,

aunque pienso lo mismo que ella.

—Cariño, tenemos la suficiente confianza como para poder hablar de estos temas. No quiero que te angusties. Que vayamos a casarnos no quiere decir que tengamos que tener hijos, opino lo mismo que tú. Por supuesto que yo quiero formar una familia contigo, aunque no en un futuro inmediato. Nos quedan muchas cosas que hacer todavía. Yo también lo sé.

Me acerco a ella para abrazarla. Sus hombros dejan a un lado la tensión y suspira. Sé que necesitaba que yo le dijera estas palabras. Saboreo sus labios muy despacio, y ella se deja llevar. Deslizo los tirantes del vestido por sus hombros, dejando su cuerpo al descubierto y me deleito con la imagen. A pesar de que nos hemos visto desnudos millones de veces, el corazón sigue acelerándose cada vez que sucede. Cada caricia suya, cada beso, es igual de intenso que la primera vez. Tocarla, sin duda, es el mayor de los placeres.

Al regresar a Ibiza, las cosas se complican. Lo hacen para mí. Porque tengo que tomar una decisión que cambiará mi vida, y la de Sara, radicalmente.

Samuel aparece por Besos con Sal con semblante serio y me pide que tengamos una charla. Me tenso al momento pensando que le ha podido pasar algo a Sara. Lo invito a entrar al despacho y allí descubro que la felicidad se escapa entre mis dedos.

—Siento haber venido de esta manera, pero necesitaba hablar contigo. No puedo esperar más días —comenta Samuel visiblemente preocupado.

—Me estás asustando. ¿Le ha ocurrido algo a Sara?

—Sí, y no. Déjame que te explique las cosas. —Clavo mi mirada en él y escucho atentamente sus palabras. Está nervioso, se toca el pelo con frecuencia y mira para todos lados. Me hace pensar que no está seguro de lo que va a decir, sin embargo, dejo que lo haga.

»Mira, no pensaba decirte nada porque en realidad no es de mi incumbencia, sin embargo, nuestro viaje a Barcelona me ha hecho ver las cosas de otra manera. —Coge aire para continuar y eso me tensa. ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme?—. Tú sabes que Sara no ha tenido una vida fácil. Ha renunciado a sus sueños por hacer feliz siempre a los demás o porque creía que eso era lo correcto y, ahora, lo está haciendo de nuevo.

»Hace varios meses echó la solicitud de acceso en dos escuelas de cocina. Una en Madrid y otra en Barcelona —¿Cómo? ¿Y no me lo ha contado?—. Lo hizo muy ilusionada. Venir a la isla fue una dosis de energía para ella y, que tú le dieras hueco en tu cocina, fue un sueño. Quería seguir aprendiendo. Después de la carta de su madre, decidió que ese era su camino.

»Hace semanas que recibió la carta de la escuela de Barcelona. Contaban con ella para empezar el uno de septiembre, pero ella renunció a eso —continúa—. He tratado de hacerla entrar en razón, sin embargo, ha sido imposible. Es testaruda y cabezota. Sé que no lo acepta porque está contigo, porque le has pedido matrimonio y, sobre todo, porque ella no confía en las relaciones a distancia.

»Seguramente pienses que soy un cabrón diciéndote esto, aun así, lo hago por el bien de los dos —dice tras un suspiro—. Yo te aprecio, y sé que la quieres, por eso mismo también estoy seguro de que, si ella no cumple su sueño, dentro de unos años se arrepentirá. La oportunidad es ahora. Yo no creo que una relación se tenga que romper porque ella decida seguir adelante con su carrera profesional.

»No contártelo es una decisión personal, aun así, tenía que decírtelo. Tú la puedes entender mejor que nadie. Habla con ella, no sé, pensad en otras opciones que no sea tirar todo por la borda. Podéis casaros más adelante o yo qué sé... No quiero verla infeliz de nuevo, Cristian. Lleva muchos años luchando por algo que siempre se le trunca. Creo que este es su momento. —Las palabras de Samuel me caen como un jarro de agua fría. No por lo que llevan

detrás, también porque ella no ha confiado en mí para algo tan importante como esto. Se supone que la confianza es la base de una pareja, y parece que entre nosotros eso no existe. Esperaba que Sara viniera a contarme algo así y no Samuel. Entiendo la preocupación de él y, por supuesto, no estoy de acuerdo con la decisión que ella ha tomado.

»Lo siento, Cristian. De verdad que no quería que esto fuera así. El otro día, cuando la vi en la fiesta de Besos con Canela, ver cómo se defendía en ese ambiente y la ilusión con la que me hablaba de Ferran Adrià, me hizo darme cuenta de que ese es su sitio y que debe luchar por ello. Lamento que te hayas enterado por mí, pero solo quedan unos días para el día uno.

—No tienes que disculparte por nada. Eres su amigo. No te voy a negar que me ha sorprendido que no haya sido ella la que me lo cuente. En cierta parte, me siento defraudado. Creía que entre nosotros no había secretos, y ella se ha guardado el más importante —espeto.

»No te preocupes. Lo solucionaré, te lo prometo. Gracias por contármelo.

—No quiero causar problemas entre vosotros ni mucho menos que os separéis, sin embargo, creo que tenías que saberlo, tienes derecho.

—Gracias.

—Me marchó. Tengo algunas cosas que hacer. Si necesitas que hablemos, no dudes en llamarme. —Samuel se marcha de Besos con Sal, y yo me quedo con una sensación de vacío inmensa.

Me paso varias horas dándole vueltas a la cabeza. No sé cómo abordar el tema con Sara ni tampoco qué decirle. Por suerte, Rubén me pide que viaje un par de días a Barcelona, lo cual hago de inmediato, necesito invertir ese tiempo en pensar y en tomar la decisión más difícil de mi vida.

Le pongo un mensaje al llegar a Barcelona. Siendo sincero la he esquivado, he tenido tiempo de despedirme de ella, pero no he querido hacerlo o, mejor dicho, no he podido. Sé muy bien que no me hubiera contenido y creo que todo hubiera desencadenado en una fuerte discusión.

CRISTIAN: 📍

Hola. He tenido que venir a Barcelona con urgencia. Siento no haberte avisado. Apenas he tenido tiempo.

Miento como un capullo y me siento mal por ello. Claro que he tenido tiempo de avisarla, pero no lo he querido hacer. Necesitaba pensar en qué decirle.

Ella me contesta casi al momento.

MI CHICA DEL PELO ROSA: 📍

¿Por qué no me has avisado? A lo mejor te podía haber acompañado. ¿Ha ocurrido algo? Pareces preocupado.

CRISTIAN: 📍

Todo está bien. No te preocupes. Hablamos más tarde. Estoy liado. Un beso.

Sí, soy idiota. Tendría que estar como siempre con ella, pero es imposible. La cabeza no me deja reaccionar de otra manera, lo siento. He venido para pensar en lo mejor para los dos.

Las cosas por Besos con Canela van viento en popa. Los nuevos empleados funcionan bastante bien y la clientela aumenta por días.

Esa misma noche, cuando cierro, deambulo por la ciudad. Me gusta pasear de noche, ver las luces, contemplar el caminar de la gente, respirar y sentir ese aire que desde hace un par de días noto que me falta.

He tratado de concentrarme en otra cosa, pero ha sido imposible. La voz de Samuel retumba en mi cabeza y el miedo a que Sara se convierta en una infeliz por mi culpa se apodera de mí.

Cuando uno quiere con el alma, sabe que la felicidad de la persona que está a su lado está por encima de cualquier cosa.

Yo hace años cumplí mi sueño, y sé que Sara también tiene que hacerlo, aunque eso me parta en mil pedazos por dentro.

Dos días después regreso. Voy directo a casa, y allí está ella. Tumbada en la que durante meses ha sido nuestra cama. Ella luce radiante, aún dormida. Con su pelo revuelto, una de las piernas fuera de las sábanas y su culo asomando, provocando una sensación de placer en mí y una erección que, ahora mismo, no puedo permitir. He venido para aclarar las cosas y estar empalmado, desde luego, no es la mejor forma de explicarle que no estoy de acuerdo con su decisión.

Me acerco a ella, acaricio su pelo y pongo mis labios en su mejilla, regalándole un tierno beso. Huele tan dulce... Gruñe y coge mi mano arrastrándome hacia ella. Abre los ojos lentamente y, cuando me ve, sonrío.

—Buenos días. No te esperaba. ¿Qué hora es? —pregunta desperezándose.

—Las ocho y media. He regresado antes de lo previsto. ¿Qué tal todo por aquí? —añado mientras toco su pelo con cariño.

—Todo bien. Con mucho sueño. ¿Y por allí? ¿Funciona bien el restaurante?

—Sí. Eso parece. Hoy se marcha Rubén para allá. Tengo que ocuparme de abrir Besos con Sal. —Acaricia mi cara y clava su mirada en mí.

—¿No vamos a tener tiempo de estar juntos hoy? —Su tono de voz me parte el alma. Me gustaría meterme en la cama con ella, hacerle el amor y no salir de allí nunca. Sin embargo, la realidad es muy distinta. Mi gesto se endurece, Sara se incorpora de la cama y me mira desconcertada—. ¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en Barcelona? Me estás asustando.

—Tenemos que hablar, Sara.

—Dime qué pasa.

—¿Cuándo pensabas decirme lo de la escuela de Barcelona? —Su cara palidece de inmediato y la sonrisa se le borra.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...?

—Me hubiera gustado enterarme por ti, pero no ha sido así. Dime, Sara, ¿no confías en mí?

El dolor sale a través de mis palabras. Creía en ella, en que lo nuestro era especial. Sin embargo, me ha ocultado eso que es tan importante en su vida.

—¡No digas tonterías, Cristian! Claro que confío en ti. Es solo que no quería estropear lo nuestro. Además, no tiene ninguna importancia. No pienso irme a ninguna escuela. Cuando presenté los papeles, tú y yo no habíamos hablado de un futuro.

—¿Y qué, Sara? ¿Por qué no me lo contaste cuando lo hiciste? O, mejor dicho, cuando recibiste la respuesta. Se supone que soy tu pareja. La persona en la que confías. ¿Dónde quedo yo en tu vida?

—Estás sacando las cosas de quicio. No es tan relevante. No te lo conté porque no me pareció importante. Pensé que nunca me contestarían y, cuando lo han hecho, tampoco...

—¿Tampoco lo es? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Vas a tirar tu sueño por la borda por mí?

—¡Cristian! ¿Qué te pasa? Es una decisión mía. Por cierto, tendré una charla muy seria con Samuel. No tenía por qué contarte nada. Es algo que me correspondía a mí hacerlo.

—En eso estamos de acuerdo, pero, si no hubiera sido por él, yo nunca me hubiera enterado de nada.

Su cara se enfurece, aunque no más que la mía. Supongo que hay cosas que no podemos disimular. Ella está dolida porque Samuel me lo ha contado, y yo, porque no ha confiado en mí.

—Ya te lo he dicho. No me voy a ir. ¿Qué más da que te lo dijera? No entra en mis planes irme a esa escuela hoy por hoy.

Entonces me doy cuenta de que, por más que le diga, no voy a convencerla, así que solo me queda una solución, aunque me duela más a mí que a ella.

—¿Cómo vas a rechazar algo así? ¿Crees que puedes renunciar a todo solo por una persona? —añado enfadado.

—Por supuesto que sí. Tú no eres cualquier persona. Eres el hombre del que estoy enamorada y con el que voy a construir un futuro. ¿Qué piensas que voy a hacer? ¿Largarme y dejarte aquí? ¿O mantener una relación a distancia? Te aseguro que ninguna de esas opciones entra en mis planes.

—No puedes echar tu vida por la borda de esa manera. No voy a permitirlo.

—No es algo que esté en tus manos. Lo decidí hace mucho tiempo; no voy a irme. En este momento, mi prioridad es otra.

—¿Sí? ¿Y soy yo? ¡No digas tonterías, Sara, por favor! —Me toco el pelo y paseo por toda la habitación, de un lado para otro, tratando de que nuestras miradas no se crucen cuando añado esto—: Yo nunca dejaría de realizar mi sueño por ti —lo digo y me quema por dentro.

«Te quiero, Sara. Por eso estoy haciendo esto. Porque no quiero ser el culpable de que no cumplas tu sueño. No podría soportar que fueras infeliz por mí», pienso. Ella se queda paralizada ante mi comentario.

—¿Podrías repetir eso que has dicho?

—Que nunca dejaría de realizar mi sueño por ti.

—Bien. Ahora repítelo mirándome a los ojos, Cristian.

Me conoce demasiado bien. Hago de tripas corazón. Me acerco a ella clavando mi mirada en la suya, trago saliva y, con todo el dolor que siento, le digo:

—Sara. No lo hagas. Yo... —Cierro los ojos por un momento. «¡Vamos, Cristian! Puedes hacerlo. Debes hacerlo»—. Yo no dejaría mi sueño por ti.

—¡No puedes hablar en serio!

—¡Claro que sí! ¿Crees que renunciaría a la cocina por ti? No, Sara. Yo ya tengo todo lo que quiero, pero si te hubiera conocido antes de eso...

—¿Por qué haces todo esto? ¿Para que me vaya? No te va a servir de nada. Sé que no hay verdad en tus palabras. Tú me quieres, y yo lo sé.

—Quizá... sea un error lo de casarnos. Creo que me precipité.

Sus ojos se llenan de lágrimas y el gesto de su cara denota rabia y dolor. Ese mismo que siento yo al decirle eso a la persona que más amo. Ella comienza a llorar sin control, me acerco, confuso. Me siento un tremendo hijo de puta por hacerle esto.

—No me toques. No puedo creer que me digas ahora eso. ¿Por qué me dijiste que querías casarte conmigo?

—Creo que me pudo el momento —miento como un jodido cabrón.

¿Cómo puede pensar que no lo hice de corazón? ¡Joder, estoy enamorado de ella! Esto está resultando más difícil de lo que pensaba.

—Uno decide casarse con una persona porque la quiere, porque piensa en un futuro juntos... ¿Has cambiado de parecer?

—Supongo que sí. Puede que no te quiera tanto como pensaba. —Sé que esa última frase la termina de partir. Me empuja y comienza a chillarme.

—¡Eres un cretino! ¡Jamás tenía que haber confiado en ti! ¿Crees que puedes decirme eso después de tantos meses? ¡No te conozco, Cristian! —Me maldigo a mí mismo por hacerle tanto daño. Sin embargo, sé que es lo mejor para ella—. Bien. Entonces diré yo lo que tanto te cuesta pronunciar. Lo nuestro se ha terminado, para siempre, Cristian. Para siempre.

Me dedica una mirada llena de odio, se quita el anillo que le regalé, el cual me lanza a la cara, y se mete en el baño dando un portazo. Yo aprovecho para marcharme de allí, no creo que sea capaz de enfrentarme de nuevo a ella sin decirle que todo esto es una maldita mentira y que lo único que quiero es que sea feliz.

Deambulo por la calle durante horas, pensando en lo difícil que resulta hacerle creer a la persona que amas que eres el ser más despreciable de la tierra. Sí, lo soy. Sin embargo, Samuel tenía razón en algo; en Barcelona ella estaba feliz, en su ambiente. Casándose conmigo, solo conseguiría seguir en Besos con Sal. No porque no valga, sino porque ella no quiere separarse de mí. No pienso truncar su futuro de esa manera. Quiero que sea feliz y, si el precio que tengo que pagar para que eso suceda es separarme de ella, moriré en vida, pero sabiendo que estoy haciendo lo correcto.

13. Duele el corazón

Sara

No soy capaz de expresar con palabras el dolor que siento al recordar cada una de sus palabras. Duele, duele mucho.

Nunca imaginé que Cristian pudiera decirme algo así, que tirara por la borda nuestra relación y que dudara de casarse conmigo. ¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué cuando solo quedan unos meses para la boda?

Pensé que lo nuestro era especial, él mismo me lo ha dicho muchas veces. ¿Qué ha podido ocurrir para que cambie de opinión? ¿Es porque no le he contado lo de la escuela de cocina? ¿Porque cree que no confío en él? —Mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo y la presión en el pecho vuelve a apoderarse de mí.

Se ha marchado sin más, le ha dado igual el daño que pudiera causarme. Está claro que no le importo tanto como yo pensaba.

Me meto en la ducha y el agua que cae por mi cuerpo hace que me relaje, pero esto solo dura unos segundos. Los pocos en los que consigo sacar a Cristian de mi mente.

Cuando salgo, y regreso a la habitación, me doy cuenta de que está fría, helada sin él. Recordando cada momento vivido, cada caricia, cada beso, cada sonrisa, cada te quiero... Esos que ahora no significan nada, que se han desvanecido. Cojo mi maleta y guardo las cosas en ella. Lo hago sumida en la más profunda de las tristezas, porque sé que nunca más volveré a estar tumbada con él en esta cama, que no me hará cosquillas hasta que me quede sin fuerzas, que no me robará un beso antes de entrar en la ducha, que no me dirá lo enamorado que está de mí... Todo se acabó y solo me queda afrontarlo.

Cuando salgo de esa casa, la angustia se apodera de mí y no consigo dar ni un paso sin derrumbarme. Llamo a Samuel con las pocas fuerzas que me quedan y le pido que venga a por mí. En menos de diez minutos, mi amigo llega y, sin decir ni una sola palabra, me estrecha entre sus brazos. Algo que me reconforta. Nos montamos en su coche y no decimos ni una sola palabra en todo el camino. Cuando cruzo la puerta de la que hasta hace unos meses fue mi casa me derrumbo y lo hago porque entiendo que este ha dejado de ser mi sitio.

Me tumbo en el sillón, me derribo, y Samuel se acerca a mí. Me pone la cabeza en su hombro, acaricia mi pelo y me pide que me tranquilice. Algo que me parece imposible ahora mismo.

—Me siento culpable. Si yo no... Lo siento, Sa. No tenía ningún derecho a decirle nada.

—No, no lo tenías, Samuel. Has destrozado mi vida. Él... —Trago saliva y cojo aire—. Cristian me ha dejado. ¿Sabes lo que significa eso para mí?

—¿¡Qué!?! —grita Samuel—. ¿Cómo que te ha dejado? Eso no es posible. Yo...

—Cree que no confío en él y no es eso, Samuel, solo que no me parecía importante contárselo. ¿Por qué tuviste que hacerlo tú? ¿Por qué no me preguntaste si yo quería que él se enterara? No creo que pueda perdonarte.

Samuel no añade nada. Se queda serio y no vuelve a mirarme. Es lo mejor, ahora mismo no me apetece seguir hablando con él.

El día ha empezado mal, y la noche se convierte en una auténtica pesadilla.

Me maquillo y dibujo mi mejor sonrisa. Sin embargo, cuando llego a la cocina y veo a

Cristian, todo acaba.

Él clava su mirada en mí y me parte en dos porque no lo hace con desprecio, al revés, veo ese amor que me ha demostrado tantas veces y que no entiendo por qué ahora ha decidido que no va a dárme lo más. Me saluda con un «hola», parece que quiere decirme algo más, pero no lo hace.

Tengo que coger aire para que mis lágrimas no comiencen a salir.

Me doy la vuelta y me pongo a trabajar. Ambos lo hacemos en silencio. Nuestras miradas se cruzan de vez en cuando, se produce algún roce que hace que mi piel se erice y tengo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no lanzarme a sus brazos.

Dos horas más tarde, cuando las cosas se calman un poco, me mira.

—Siento que tengamos que estar así.

—Eres tú quien lo ha decidido —digo molesta. Él tuerce el gesto y sigue hablando.

—No era lo que yo quería, no así.

—Será mejor que salga a ver si me necesitan fuera. —Cristian coge mi brazo y tira de mí poniéndome de frente a él.

—No quiero esto, te lo juro. No soporto estar así.

—¿De verdad? Lo disimulas bastante bien.

Me alejo de él y salgo de la cocina. Me apoyo en la puerta, cierro los ojos y tomo aire. Sí, delante de él me hago la fuerte, pero la realidad es muy distinta.

Rubén me ve y se acerca con gesto preocupado.

—¿Estás bien, Sara?

—Sí. Solo he salido para ver cómo estaban las cosas por aquí.

—Ya está todo más calmado. ¿Va todo bien con Cristian? —Sé perfectamente que Rubén sabe lo que ha ocurrido entre nosotros. Sin embargo, contesto.

—No demasiado bien. —Los ojos se me llenan de lágrimas, me tiembla el labio superior y sé que en cualquier momento me pondré a llorar.

—¿Joder, Sara! Lo siento. Ven, vamos al despacho. —Me coge del brazo y entramos—. Siéntate. Estoy al corriente de lo que ha sucedido hoy. Solo puedo decirte que no lo entiendo. Me gustaría pensar que está asustado.

—No lo está, Rubén. Tiene muy clara la decisión que ha tomado.

—Y, tú, ¿cómo estás? Aunque supongo que sobra la pregunta.

—Rota. Yo sí estaba ilusionada por compartir mi vida con él, tenía planes, sueños. Él se ha encargado de destruirlos uno por uno. ¿De verdad tú eres capaz de entender por qué ha hecho esto?

—¿Quieres que te sea sincero?

—Por supuesto.

—Para Cristian la confianza es fundamental y, que no le hayas contado lo de la escuela, creo que lo ha matado por dentro. —«¿Sí? ¿Y no ha pensado en cómo estoy yo cuándo él ha tirado mi vida por la borda?», pienso—.

—Creo que hablando se podría solucionar. En cambio, él ha decidido que lo mejor es dejar nuestra relación. Entiendo que se sintiera mal, pero es que para mí no era importante. Yo tomé la decisión de no ir. No había nada que discutir.

—Cristian tiene un concepto muy diferente. Estoy seguro de que lo podéis arreglar.

Alguien llama a la puerta. Cristian entra y nos mira. Yo me seco las lágrimas con la mano poniéndome de pie.

—Gracias, Rubén. —Cristian no deja de observarme, y yo salgo como alma que lleva el diablo de esa oficina.

Regreso a la cocina. Minutos después, lo tengo a mi lado de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—Sí. —Toma aire. Me dedica una mirada y sigue trabajando.

Parecía que el ambiente se había calmado, nada más lejos de la realidad. Cuando estamos a punto de acabar, Rubén entra en la cocina con gesto serio y se dirige a Cristian.

—Hay alguien fuera que quiere verte. —Me giro y examino el gesto de Rubén, parece enfadado.

—¿Quién es? —pregunta Cristian.

—Es María. ¿Qué le digo?

—Que me espere. No me queda mucho.

Las piernas me tiemblan y tengo que hacer un esfuerzo por no desmayarme ahí mismo. «¿Quién es María? ¿Y por qué viene a buscarlo?», pienso. Mi cabreo aumenta por segundos. Rubén sale, y Cristian comienza a recoger.

—Puedes irte. Yo termino. No hagas esperar a tu... visita —digo cargada de rabia y celos.

Tiene la poca vergüenza de lanzarme una sonrisa burlona.

—Gracias —añade eso y se marcha el caradura.

Samuel me espera, aunque nuestra relación no es la mejor. Al salir, me encuentro con Cristian al lado de su moto y a una chica de pelo corto, bastante mona, junto a él. Se despide de nosotros, mis ojos desprenden hacia él toda la ira que albergo ahora mismo y, sin decir nada, sigo mi camino. Sí, uno que me aleja completamente de él.

Cuando caminamos, Samuel me pregunta:

—¿Estás bien?

—¿Tú que crees? Es una mierda ver a la persona que quieres al lado de otra mujer. Cuando creía que no podía sentir más dolor, me encuentro con esa imagen. ¿Cuándo acabará todo esto? ¿Por qué todo se ha vuelto tan difícil?

Lloro de nuevo, sí, porque es la única manera que tengo de soltar todo el dolor que llevo dentro. Samuel rodea mis hombros con sus brazos y me besa el pelo.

—Todo pasará, te lo prometo. Siento mucho que las cosas hayan sido así.

—No te preocupes. Supongo que tenía que pasar. —Trato de animarme, aunque la realidad es que siento que me muero.

Paso toda la noche en vela, llorando y recordando todo eso que me encantaría sacar de mi mente, pero, sobre todo, de mi corazón. Duele demasiado. Cuando me doy cuenta son las seis de la mañana, así que decido levantarme e irme a pasear. Aparezco en la cala donde todo comenzó. Me siento en la orilla, visualizando el vaivén de las olas, el viento es fuerte a pesar de estar casi a finales de agosto y la brisa provoca que se me erice la piel. Cierro los ojos y mi mente viaja hasta el día en que Cristian me trajo aquí por primera vez. Los dos en el agua, a tan solo unos milímetros y a punto de besarnos. Esa tensión que tardamos en calmar. El corazón se me acelera. Puedo notar su aroma y siento un ligero cosquilleo en mi cuello. Me doy la vuelta y puedo verle. Sentado a mi lado. Mirándome con los ojos llenos de sentimiento, incluso percibo cierto dolor. Lleva una camiseta corta que deja al descubierto ese tatuaje que tanto me gusta. Sus manos acarician mi cara suavemente y sus labios se acercan a los míos muy despacio. Los saborea con paciencia para segundos después devorarlos por completo.

Se separa de mí lentamente y pronuncia esas palabras que tanto estaba deseando escuchar:

—Te quiero.

Parece que las susurrara el viento porque, mientras lo oigo, él desaparece de mi visión y dudo de si en realidad ha estado a mi lado o ha sido una simple alucinación.

14. Volando

Sara

Solo me hacen falta dos días para darme cuenta de que la mejor opción es marcharme. Desde que vi a Cristian con esa mujer, no he parado de hacerme preguntas, de llorar su ausencia y de hacerme daño. He comprendido que, cuando amas a alguien de verdad y no puedes estar con él, la cercanía no es un buen amigo.

Solo hemos pasado dos noches trabajando juntos, pero han sido suficientes para tomar una decisión: dejo Ibiza. Me marcho a Barcelona a aprender, a cambiar de aires y a olvidarme de esta playa que tantos recuerdos ha dejado en mi interior.

Por la noche, cuando acabamos el servicio, les pido a Cristian y a Rubén que me acompañen al despacho porque necesito hablar con ellos. Ambos se miran extrañados. Sé que no esperan lo que les voy a decir.

Estoy nerviosa, no puedo negarlo. No es fácil hacer esto, aunque sé que es la única opción que me queda.

—Siento molestaros a estas horas. Lo que tengo que contaros es importante y lo cierto es que no puede esperar.

—Te escuchamos —dice Rubén. Cristian se apoya en la mesa y cruza los brazos esperando mi explicación.

—Lo primero, quiero daros las gracias porque vosotros me habéis ayudado a cumplir un sueño, he descubierto un nuevo mundo y, en definitiva, me ha cambiado la vida. Me habéis enseñado mucho de lo que sé en este momento.

»Quiero deciros que dejo Besos con Sal definitivamente. El día uno no estaré aquí. Sé que no os aviso con demasiado tiempo. Sin embargo, las cosas han sucedido así. —Miro a Cristian. No hay que ser muy listo para saber que es por él. Agacha la cabeza, aunque sigue escuchándome—. Me gustaría decir que volveré, pero no creo que eso suceda. Supongo que en algún momento lo haré, aunque será de visita. —La voz se me empieza a quebrar. ¿Cómo te despidas de dos personas a las que quieres tanto? Trato de continuar—. Solo me quedará un par de días más. Lamento avisar con tampoco tiempo, he decidido ir a la escuela de cocina que tantos quebraderos de cabeza ha traído a todo el mundo y tengo que estar allí antes del día uno. Espero que lo entendáis.

Cristian se toca los ojos, aunque sigue con la cabeza agachada y no pronuncia ni una sola palabra. Es Rubén quien decide hablar.

—Creo que no solo lo digo por mí, ha sido un gustazo trabajar contigo. Lo bien que te adaptaste a Besos con Sal, a los chicos, a nosotros, a la sala, a la cocina. Siempre has sido pura alegría para todos, y estoy seguro de que esto, sin ti, nunca será lo mismo. —El orgullo que noto en su voz me llena de una calidez y una fuerza que ahora mismo necesito—. Solo puedo desearte toda la suerte del mundo. Nos haces una putada largándote, pero entiendo que una persona como tú tiene que salir de aquí y triunfar. Es lo que mereces. Solo espero que seas muy feliz en este nuevo camino y que vengas alguna vez a vernos. Tú siempre serás parte de Besos con Sal, no lo dudes.

Rubén se acerca a mí y me abraza con todo el cariño que siempre me ha demostrado. Sé que no solo es mi jefe, también un gran amigo con el que podré contar cuando lo necesite. Dos

lágrimas asoman por mis mejillas. Lo miro y sonrío.

—Llorar no entraba en mis planes. —Él me acaricia la cara y también sonrío.

—Eres una tía cojonuda. Dentro y fuera de aquí. No cambies nunca, Sara.

—Tú tampoco. Confío en que algún día, si decides casarte, te acuerdes de mí y me invites.

—No dudes de ello. Lo haré. Tenlo por seguro.

—Gracias por todo.

—Bueno, os dejo solos —añade Rubén.

—No hace falta —dice Cristian. Se pone de pie y me mira fijamente—. Espero que te vaya muy bien en tu nueva vida. Te lo mereces. No creo que te conviertas en una gran chef, porque ya lo eres. Lo has sido siempre. Cuídate. Ojalá seas muy feliz. —Se acerca a mí, me abraza muy fuerte, suspira y se retira, dejando su aroma impregnado en mí.

—Bueno. Lo dicho, gracias a los dos —digo, al mismo tiempo que me seco las lágrimas—. Mañana me gustaría que todos tomáramos algo para despedirnos. Nos vemos mañana.

Salgo del despacho ante la atenta mirada de Cristian que, aunque me cuesta creerlo, denota tristeza. Sin embargo, su comportamiento me desconcierta. ¿Por qué no ha querido que nos quedemos solos? ¿A qué le teme? ¿Por qué se comporta de ese modo conmigo? ¡Dios mío! Hasta hace una semana nos estábamos comiendo a besos en este lugar y ahora solo somos dos desconocidos. ¿Dónde ha quedado nuestro amor? ¿Bajo tierra?

Salgo apenada, pero sabiendo que he hecho lo mejor.

Cristian

—Te juro que no te entiendo. ¡No, claro que no lo hago! ¿Se puede saber a qué viene ese comportamiento tuyo? —me reprocha Rubén.

—He conseguido lo que quería, aunque el resultado sea tener el corazón roto en mil pedazos.

—¿De qué estás hablando?

—Todo esto... He tenido que hacerle creer que no la quería para que se marchara a esa maldita escuela —suelto—. Si no lo hacía iba a tirar sus sueños por la borda. Ambos sabemos el talento que tiene, no puede quedarse aquí, tú también lo sabes. La conozco muy bien, y nunca se hubiera ido; es más, cuando le llegó la respuesta ni siquiera dudó, supo que quería quedarse a mi lado, y no podía permitirlo.

—¡Joder, Cristian! ¿Qué has hecho? ¿Te imaginas cómo lo está pasando esa chica? ¿Sabes cómo llora por tu culpa? ¿Por ti?

—¿Sabes cómo me siento yo? ¡Como un maldito cabrón! Sí, me duele el alma y es un dolor que sé que nunca sanará. La he perdido. Sin embargo, sé que he hecho lo mejor para ella.

Doy vueltas por el despacho, desesperado, con el corazón en un puño, a punto de salir corriendo a por la mujer que amo y decirle que voy a luchar por ella y que, si tengo que ahogarme en una ciudad e irme con ella, lo haré, pero ¿sabes qué? ¡Que no puedo! Que me falta el maldito aire cada vez que me separo de esta isla, que lo he pensado y lo he intentado, sin embargo, sé que no lo conseguiré nunca. Y solo la haré infeliz viendo cómo el pobre imbécil de su novio se ahoga en una maldita ciudad que puede con él. No puedo matar sus sueños de esa manera. —Lloro preso de la rabia y del dolor que llevo aguantando todos estos días. La respiración se me acelera y el corazón comienza a latir con fuerza y sé que entro en el bucle de nuevo. Rubén pone su mano en mi hombro y me mira preocupado.

—¿Estás bien? Por favor, siéntate. Tranquilo, ¿vale?

Se acerca al armario y me tiende un poco de agua. Las manos me tiemblan y el vaso cae al suelo. Yo comienzo a sentir mareo, y Rubén me pide que lo mire.

—Escucha. Voy a llamar a un médico. Tú no estás bien. —No le digo que no. En realidad, no puedo. Lo hace y, en cuanto cuelga, trata de tranquilizarme.

—Todo va a estar bien, te lo prometo. —Pone su chaqueta encima de mis hombros. No he parado de temblar, aunque el mareo ha ido desapareciendo. La sensación de ahogo sigue ahí, pero trato de mantenerla a raya.

Quince minutos después entra el médico, me examina y pronuncia la maldita palabra.

—Ha tenido un ataque de ansiedad. Sería bueno que lo vigilara su médico y que le contara las veces que le sucede, para que él mismo pueda ponerle un tratamiento. Por mi parte, solo puedo pedirle que se relaje todo lo que pueda y que trate de descansar. Le he dado una pastilla que lo mantendrá calmado, pero no puede conducir y sería bueno que durante unas horas no estuviera solo. ¿De acuerdo?

—Gracias, doctor. —Rubén le tiende la mano y este se marcha—. Vamos. Te llevaré a casa.

—No...

—¡No seas tan cabezón! Voy a quedarme contigo. Soy tu amigo, y me necesitas. Lamento no haberme dado cuenta de esto último antes.

Me coge del hombro y me lleva. No tengo nada que reprocharle. Hasta ahora, la única que se había enterado de mi problema había sido Sara y, aunque lo hemos hablado en alguna ocasión, siempre he pensado que no necesito ayuda, quizás estaba equivocado.

No me acuerdo de la hora a la que llegamos a casa. Solo de quedarme profundamente dormido. Al fin, siento que descanso, supongo que gracias a las pastillas, lo necesito desde hace demasiado tiempo. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Sara

A las cuatro y media de la mañana recibo un mensaje. Es Rubén y sus palabras me asustan.

RUBÉN:

Lamento la hora. ¿Crees que podemos hablar un rato?

Le llamo de inmediato ya que me deja preocupada.

—¿Qué pasa Rubén? ¿Ha sucedido algo? —Sobra decir que en lo primero que pienso es en que haya ocurrido algo con Cristian.

—No te asustes. No quería llamarte a estas horas, es que esto no puede esperar.

—¡Habla, Rubén! Me estás poniendo muy nerviosa.

—Vale. Lo que te voy a decir no va a sonar muy bien, pero quiero que sepas que ya está todo controlado. ¿De acuerdo? —¿De verdad cree que porque me diga eso voy a tranquilizarme? Estoy alterada. Las manos han comenzado a temblarme y, lo siento, en este momento solo pienso en lo peor—. Cristian ha sufrido un ataque de ansiedad. No he podido hablar mucho con él porque le han dado una pastilla y enseguida se ha quedado dormido, cosa que agradezco porque estaba demasiado nervioso. Está bien, Sara. No te preocupes. Solo quiero saber si tú sabías que le sucedían estas cosas, porque yo no tenía ni idea.

La palabra «ansiedad» retumba en mi cabeza. Sé muy bien lo que significa eso. Viene a mi mente el día en que Cristian se puso tan mal por teléfono. Los problemas en Besos con Canela le estaban superando, y recuerdo muy bien lo que le sucedió. Siento dolor al recordarlo y al

imaginar que ha pasado de nuevo por eso, y yo no estaba ahí para poder calmarlo.

—Rubén, yo... sí, sabía que le pasaba. Por suerte, solo he vivido un episodio de ese tipo, aunque sé que le ha ocurrido más de una vez. Incluso estando conmigo, aunque siempre ha sabido disimularlo muy bien. ¿Él está bien ahora? Necesito verlo, Rubén, por favor —añado muy alterada. Quiero comprobar por mí misma que está bien, abrazarlo...

—Sara, no te preocupes, te prometo que está bien. Se ha quedado tranquilo y ahora descansa. Creo que lo necesita. Si de verdad estuviera mal, te lo diría, me conoces de sobra. Solo quería que lo supieras, y saber si tú sabes el motivo de todo esto. Pensé que era por lo que había sucedido entre vosotros, pero si me dices que ha pasado antes...

—El motivo no lo sé, Rubén. Muchas veces he tratado de que hable con alguien, y nunca ha querido. Solo sé que se siente perdido cuando no está en la isla y que cada vez le resulta más complicado. Supongo que hay algo mucho más importante detrás. Quizá tu puedas descubrirlo. ¡Joder, Rubén! Yo...

—Escúchame bien, no es tu culpa. Mira, es tarde y no quiero hablar ciertas cosas por teléfono. ¿Podemos vernos mañana? Tú y yo solos. Creo que hay cosas que te interesa saber.

—Claro que es culpa mía. La maldita escuela de cocina ha traído todo esto. No tenía que haberse enterado, ni siquiera tenía que haber echado esas malditas solicitudes. ¿Podemos vernos mañana? Prométeme que si pasa algo me llamarás.

—Por supuesto que lo haré. No te preocupes. De verdad, él está mejor. Yo me voy a quedar toda la noche aquí, a su lado.

—Gracias... por todo.

—Descansa. Te prometo que mañana estarás mejor. —Cuelgo e intento creer en las palabras de Rubén.

Doy miles de vueltas en la cama pensando en Cristian, en qué le pasará por su mente. Yo sé muy bien lo que ocurre cuando te inunda un ataque de ese tipo y no quiero que él se sienta así de nuevo. Solo pensar que puede ser por mi culpa, me aterra.

No sé cuándo me quedo dormida, pero, desde luego, mi sueño no es nada reparador.

15. Verdades

Cristian

Me despierto con un terrible dolor de cabeza. Busco mi teléfono en la mesilla, pero no lo veo. Me incorporo y me doy cuenta de que no me acuerdo de cómo llegué hasta la cama, entonces lo recuerdo: Rubén. Voy a la cocina, allí está, con un café en la mano y la mirada perdida en el periódico.

—Buenos días —digo.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Has descansado?

—Lo cierto es que sí. Supongo que lo necesitaba. Yo... —Antes de que siga hablando, Rubén me interrumpe.

—¡Para el carro! Vamos a tener tiempo de hablar, primero tómate un café. Lo vas a necesitar. —Asiento. Sé lo que toca después de eso; una larga e intensa charla. Trato de alargarlo. Sin embargo, mi amigo es más listo que yo—. Bien. Quiero que empieces a contarme todo desde el principio. Y la excusa de que no te pasa nada, lo siento, pero no te la compro. Lo que ocurrió ayer fue suficientemente grave como para saber que no te encuentras bien. Así que te escucho...

Rubén siempre ha sido uno de mis mejores amigos. Montar Besos con Sal con él no fue casualidad. Él siempre ha estado a mi lado, me ayudó mucho con la muerte de mi padre y... está cuando lo necesito, aunque tengo que reconocer que no le cuento nada de mis sentimientos ni mis temores, mucho menos de mis ataques de ansiedad.

—No es nada. Me ha pasado alguna vez, cuando estoy muy estresado o tengo muchos problemas. Supongo que es mi forma de exteriorizar lo que siento. No lo sé.

—¿Cuánto hace que te pasa esto?

—Puede que un par de años, no lo sé.

—Cristian, creo que deberías de hablar con alguien. Puede que todo esto sea por la muerte de tu padre. ¿No lo has pensado?

—No he querido hacerlo. Mira, Rubén, te agradezco que te preocupes por mí, pero no quiero ir a ver a nadie. Lo siento. Lamento lo que ocurrió ayer, que tuvieras que presenciarme, ayudarme, quedarte conmigo aquí...

—¿Qué tonterías estás diciendo? Somos amigos. Estoy, y estaré siempre, a tu lado. ¿Lo entiendes? —Parece enfadado. No, en realidad, lo está. Y yo conmigo mismo por no poder contarle toda la verdad de lo que me sucede.

—No quiero hablar del tema.

—Bien, lo respeto, en ese caso hablemos de Sara. ¿Cuándo piensas decirle la verdad? ¿Piensas dejar que se vaya con el corazón roto?

—¿Y qué sugieres? ¿Que sea sincero con ella y se quede? ¡No pienso hacer eso!

—¿Por qué eres tan cabezón? ¿Has visto cómo estás? Hace años que te conozco, Cristian, y he pasado contigo momentos duros, incluso lo de Clara se queda en un segundo plano comparado con esto. Estás enamorado de ella sin remedio, y la vas a dejar ir solo porque crees que eso es lo mejor para ella. ¿De verdad? ¡Piensa las cosas, joder!

—Olvidalo, ¿de acuerdo? Ya he tomado una decisión y la llevaré a cabo. Por favor, entiéndeme.

—Ella también es mi amiga.

—Por eso mismo entenderás que tiene que irse. Yo no soy nadie para atarla.

—¡Eres muy pesado con el tema! Deja que ella decida. Si quiere quedarse contigo, ¿no has pensado que puede ser porque te quiere? —Su pregunta me hace pensar. Sí, claro que sé que me quiere, pero... ¡No, no, no! No pienso dejar que Rubén me torture con el tema—. No voy a insistir. Sin embargo, lo que sí quiero es que hables con un profesional sobre lo que te pasa. Lo necesitas. Eso que te pasó ayer te puede volver a ocurrir en cualquier momento, estar solo y no controlarlo. Por favor. El médico dijo que necesitas medicación. Puede que eso te ayude. —Supongo que tiene razón. No quiero contarle a nadie lo que me sucede, en realidad, tampoco sé por qué me pasa. ¿Debería hablar con un profesional? Puede que sí.

—Está bien. Iré al médico.

—Me alegra escuchar eso. Ahora tengo que irme. Huelo a mono y tengo que abrir Besos con Sal. Quiero que te quedes en casa descansando, ¿de acuerdo?

—Rubén, estoy bien. Puedo trabajar.

—Eso prefiero que te lo diga el médico, así que hoy te quedas en casa.

—Vale. Parece que no me queda otra opción.

—Te llamaré más tarde. Si necesitas algo...

—¡Vete ya, pesado! Rubén... —le llamo antes de que se marche—. Gracias. —Le sonrío.

—Para eso estamos los amigos.

En los momentos malos es cuando te das cuenta de las personas que tienes a tu lado, aunque con Rubén nunca me ha hecho falta. Él es, y siempre será, incondicional.

Sara

En cuanto me despierto llamo a Rubén, necesito saber cómo está Cristian y, cuando me cuenta que se ha levantado mucho más tranquilo, me siento mejor. Tal como hablamos el día anterior, me pide vernos en una media hora en una cafetería cercana al restaurante.

Me ducho y salgo. Mientras ando pienso en que será eso de lo que tiene que hablarme Rubén. Estoy inquieta, no puedo negarlo. Desde que me lo dijo anoche no he podido pensar en otra cosa.

Cuando llego, me siento en la terraza, me enciendo un cigarro y espero.

—Hola, Sara. —Rubén me toca el hombro con cariño y se sienta a mi lado.

—Hola. ¿Cómo está todo? ¿Y Cristian?

—Todo bien, de verdad. Se ha levantado mucho mejor. Le he pedido que se quede en casa hoy, tiene que descansar.

—Creo que es lo mejor. Rubén, me tienes muy preocupada. Quiero saber qué es lo que tienes que contarme. Me tienes muy nerviosa.

—Es importante lo que te voy a decir. Por eso quería que fuera en persona.

Comienzo a mover la pierna. Sí, estoy atacada. No me gustan estas cosas. Conozco muy bien a Rubén y también sus gestos. Sé que lo que tiene que contar es muy importante.

—Cristian te quiere.

—Ya. —Me río. No se me ocurre otra cosa al oír esa frase.

—¿No me crees?

—No. Si lo hiciera... —Rubén no me deja acabar la frase.

—Quiere que te vayas a la escuela de cocina, por eso te ha dicho todo eso. Cristian te quiere, más de lo que te imaginas, Sara. —No entiendo por qué Rubén me dice esto ahora. ¿Qué

tiene que ver la escuela?

—¿Puedes explicarte mejor?

—¡Joder, Sara! Que no quiere que te conformes con trabajar en Besos con Sal. Cree que eso no te hará feliz y que será por su culpa. Por eso ha liado toda esta historia.

Cierro los ojos y doy un sorbo de agua. Trato de procesar todo lo que me acaba de contar, aunque no es fácil.

—¿Y por qué no me ha preguntado? Yo quiero estar con él, Rubén. La escuela de cocina no es importante para mí. ¿Es tan difícil de entender?

—Para él sí. Ayer me confesó que le gustaría irse contigo, pero que le supera. Que se ahoga en las ciudades, que necesita estar en la isla y que, al final, te haría infeliz sin querer. Yo no sabía el infierno por el que estaba pasando. Creo que tiene un gran problema y que es importante que lo hable con un profesional. —Me entristezco al recordar que él me dijo la necesidad que tenía de la isla, lo que le costaba salir a otro sitio y que cada vez se le hacía más complicado.

—Lo sé, pero...

—No, Sara. Él está acojonado. No quiere que por su culpa pierdas la oportunidad de tu vida.

—Estas cosas hay que hablarlas, no tomar una decisión así. ¡Ha cancelado nuestra boda, Rubén! ¡Ha roto con lo nuestro! ¿Crees que había necesidad de eso?

—Al principio pensé como tú y luego lo entendí. Si él hubiera hablado contigo para intentar convencerte de que te fueras a la escuela, igualmente te hubieras quedado. Tú jamás te hubieras marchado. —Rubén levanta la ceja y me mira esperando una respuesta. Tiene razón. Aunque Cristian me hubiera dicho eso, yo tampoco me hubiera marchado. Esa es la realidad—. ¿Ves? No te hubieras ido. Y él lo sabe.

—¿Y la solución era mentirme?

—No. Sin embargo, Cristian es así. Prefiere morirse de dolor a que alguien sea infeliz por su culpa.

—¿Y lo de la chica? ¿También es un invento? —Rubén se ríe. ¡Claro que lo es! ¡Maldito!

—¡Sara, por favor! ¿No lo conoces? ¿Crees que se iba a olvidar de ti tan rápido? No lo conoces en absoluto.

—¿Y qué pretendes que haga después de saber todo esto? —Rubén se pone serio. En realidad, yo también lo hago. Tengo una ligera idea de lo que va a decirme.

—Que te marches, Sara. Eso es lo que él quiere y, en realidad, yo también creo que es lo mejor. Tienes que formarte. Tienes madera para la cocina y no puedes perder la oportunidad. Cristian va a seguir aquí, lo sabes.

—¿Y si me marchó y se olvida de mí?

—¿De verdad eres capaz de pensar eso? No va a suceder. Me encargaré de ello.

—No quiero irme.

—¿Cómo que no? ¿Sabes lo importante que es esa escuela? Mucha gente mataría por entrar allí.

—Lo sé y seguramente hace unos meses no lo hubiera dudado, pero ahora...

—Escúchame. Llevo muchos años trabajando de esto, sé cómo funcionan las cosas. Estoy seguro de que tienes todos los ingredientes para triunfar. Hasta creo que podrías montar tu propio restaurante. —Esa afirmación de Rubén me provoca una sonrisa—. Tengo una proposición para ti.

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunto curiosa.

—¿Te gustaría trabajar como jefa de cocina en Besos con Canela? Puedes compaginarlo con la escuela.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí. Necesitamos a alguien de confianza, y tú eres la mejor.

—Es una trampa para que me vaya, ¿verdad? —Rubén me dedica una sonrisa burlona y añade:

—No, Sara. Solo quiero que no desaproveches una oportunidad como esta. Solo tú puedes tomar la decisión. La isla no se va a mover de aquí ni Cristian ni Samuel... Todos te vamos a estar esperando.

—¿Lo cuidarás? —le pregunto con gesto apenado. Solo de pensar que voy a estar tanto tiempo sin verlo me produce un profundo dolor.

—¡Claro que sí! —Un nudo se instala en mi garganta, creo que es tan evidente que Rubén se acerca a mí y me abraza—. Va a estar bien, te lo prometo. Habla con él antes de irte. No le digas que hemos hablado, pero trata de que se quede todo solucionado.

—Lo haré. Gracias por todo, Rubén. —Nos despedimos, y yo aprovecho para ir a casa de Cristian. Cuanto antes tengamos esa conversación, mejor.

Al llegar a su casa, él sale a abrirme. Va sin camiseta, es inevitable fijar mi vista en sus abdominales, sus caderas, su...

—Así todo resulta más complicado —comento en alto. Él me mira desconcertado y mis mejillas se sonrojan.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido. Supongo que a la última persona a la que esperaba aquí era a mí.

—¿Podemos hablar?

—Pasa —me indica en un tono algo seco—. Siento el desorden, no...

—Tranquilo, no pasa nada.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No. Gracias.

Me coloco en el sofá. Muevo las piernas. Estoy nerviosa. He practicado lo que iba a decirle durante todo el camino, pero, una vez aquí, me he quedado en blanco.

—¿Por qué has venido? —¿En serio? ¿Va a ser siempre así de borde?

—Quería saber cómo estabas, además de hablar contigo.

—Te lo ha contado Rubén, ¿verdad? —Asiento con la cabeza. Parece que le molesta—. Estoy bien, Sara, no te preocupes —añade en un tono más relajado. Algo que agradezco. No soporto tanta tensión entre nosotros.

—¿Y cómo hago eso? —Acaricio su cara suavemente, y él cierra los ojos. Apoya su mano en la mía. Así pasamos varios segundos hasta que me decido a hablar—. Voy a marcharme. Os haré caso a todos, sin embargo, necesito saber algo. —Cristian clava su mirada en mí algo desconcertado.

—¿Qué quieres saber?

—Si me quieres. —Sé que mis palabras van directas a su corazón y, sin que abra la boca, sé perfectamente la respuesta. Suspira y se toca el pelo inquieto. Cojo su barbilla y lo obligo a mirarme de nuevo—. Dímelo. Solo quiero saber eso. Te prometo que sea cual sea la respuesta, no cambiaré mi decisión de irme. —El silencio se apodera de nosotros por unos segundos, hasta que él contesta.

—Te quiero, Sara. Más de lo que te imaginas. Yo...

—No hace falta que digas nada más. Con esto me vale.

—Lamento todo lo que te he dicho estos días.

—Habla de eso. Solo quiero irme sabiendo que las cosas entre nosotros están bien.

Ya sé que no estamos juntos, no obstante, tú sabes lo que siento. —Él me acurruca entre sus brazos, y me siento feliz. Necesitaba esto. Quería que estuviéramos así, cerca—. Cristian, nunca he creído en las relaciones a distancia, aun así, contigo estoy dispuesta a hacer un esfuerzo. No quiero perderte. Sé que un año es mucho tiempo para una pareja, pero...

—Te esperaría toda la vida si hiciera falta. Siento haber sido tan duro contigo. Lo que te dije del matrimonio... no era verdad, Sara. Claro que quiero casarme contigo. Mi pensamiento no ha cambiado. Solo quería que te fueras a esa escuela y pudieras cumplir tu sueño. Sé lo que significa para ti eso y también para tu madre. No puedes dejarlo escapar. Besos con Sal se queda pequeño para alguien tan grande como tú. —Sus palabras me emocionan. Significan mucho para mí después de todo lo que ha pasado entre nosotros—. Diviértete, pásatelo bien, conoce gente, entra, sal, vive todo lo que tengas que vivir y, si después de eso decides que quieres seguir conmigo, yo estaré esperándote. Juro que lo haré.

—No hay nadie que pueda entrar en mi vida, solo quiero que lo tengas claro. Mi corazón es tuyo desde hace mucho tiempo. —Me abraza fuerte de nuevo, como si quisiera meterme dentro de él, en algún rincón de su cuerpo para que nunca pueda irme—. Un año es... —No me deja terminar la frase.

—Un año se pasa volado, Sara. Cuando menos lo esperes estarás aquí de nuevo o quizá decidas irte a otro lugar.

—Siempre estaré donde tu estés. —Me acerco a sus labios. Le doy un beso, comedido, porque parece que es lo que pide el momento. Nos separamos, y él acaricia mi pelo con cariño—. Tengo que irme.

—¿Cuándo te marchas a Barcelona?

—Mañana.

—Supongo que esto es una despedida.

—Nunca me han gustado.

—A mí tampoco, aunque estoy seguro de que volverás.

—Yo también lo estoy. Solo hay algo que me preocupa.

—¿Y qué es?

—Que te olvides de mí —añado a media voz. Él me sonrío y acaricia mi mejilla.

—Eso no va a suceder nunca, mi chica de pelo rosa, nunca.

Nos fundimos en un abrazo que me hace recordar el primer día que lo conocí, nuestra cala, la canela, la sal, el mar y cada una de las sensaciones que he podido experimentar gracias a él, a esta isla que tanto me ha dado. Nos separamos.

—Esta noche saldremos a tomar algo para despedirme de los chicos. ¿Vendrás?

—Creo que es mejor que no. Si sigo viéndote, corro el riesgo de pedirte que te quedes a mi lado y eso no sería justo. —Sus palabras hacen huella en mi alma.

—Cristian, yo... estoy enamorada de ti. Por favor, no lo olvides. —Él me sonrío.

Salgo de su casa con la esperanza de que él se dé la vuelta y me pida que no me vaya, pero eso no sucede. Por más que lo deseo, él no sale detrás de mí como en las películas románticas y eso no quiere decir que nuestro amor no sea verdadero, solo que yo tengo que volar. Y he comprendido que no puedo llevar siempre a alguien de la mano. Ahora solo soy yo. Es el momento de pensar en mí, de caminar sola de una vez por todas.

16. Despedida

Sara

Lo último que quiero es irme a Barcelona enfadada con Samuel. Él siempre ha sido una parte importante en mi vida, igual que yo en la suya. Y lo cierto es que no siento eso, por mucho que quiera no puedo. No me gusta lo que ha hecho, pero no es suficiente para dejarle de hablar, porque sé que lo ha hecho pensando en mi bien.

Desde que discutimos, él se ha quitado de mi ángulo de visión. Me conoce perfectamente y sabe que es mejor dejarme espacio, y yo se lo agradezco.

Cuando termino de hacer la maleta, me acerco a su habitación, toco la puerta y pido permiso para entrar. Me siento a su lado en la cama.

—No me apetece irme tanto tiempo enfadada con mi mejor amigo. —Le dedico una tierna sonrisa. Él también lo hace, muy relajado.

—Yo tampoco. Sabes lo importante que eres para mí. Quería dejarte tu espacio, sé que lo necesitabas. Siento lo que ha pasado, no tenía ningún derecho a contarle nada. Sin embargo, pensé que estabas perdiendo la oportunidad de tu vida. Creía que estaba haciendo lo correcto, perdóname.

—Sigo disgustada, pero al final las cosas pasan por algo. Quizá lo mejor sea irme.

—¿Has hablado con Cristian?

—Sí. Nos hemos despedido. Creo que se olvidará de mí, la verdad.

—No lo creo. Ese hombre está loco por ti, quiere que vivas tu sueño, nada más.

—No quiero hablar del tema más. La decisión está tomada.

—Me gustaría acompañarte al aeropuerto —me pide mi amigo.

—No, Sa. Prefiero que no. Sería mucho más complicado. Odio las despedidas y sé que tú también. —Mi amigo me abraza muy fuerte, reconfortándome, y dándome un poco de aliento en estos momentos tan complicados. Una despedida a nuestra manera, no podía ser de otra forma.

Al día siguiente, y sentada en un avión, tengo la sensación de que estoy huyendo de nuevo de las personas que quiero, porque son las que me provocan dolor. Es inevitable que mi mente vuelva al pasado.

Pensaba que Ibiza sería el sitio definitivo, donde continuaría con mi vida. Sin embargo, voy camino de Barcelona, a cumplir un sueño que había dejado de serlo porque mi vida era ya perfecta.

Suena la canción de Sebastián Yatra, *Cristina*, en mis auriculares y me permito llorar, porque lo necesito, porque el dolor que siento tiene que salir de alguna manera, porque he dejado al amor de mi vida en una isla que me ha dado todo lo que necesitaba, porque mi cuerpo está montado en ese avión, pero mi corazón siempre estará en Ibiza.

Cuando llegó a la que será mi nueva casa, siento una sensación de vacío, de esas que se apoderan de tu cuerpo y te producen una gran tristeza.

Al abrir la puerta, me doy cuenta de que aquí no está Samuel, que no escucharé su risa por toda la casa y que tampoco nos sentaremos en el sofá a contarnos nuestras historias o que no nos quedaremos dormidos en la misma habitación.

Me planteo una y mil veces si esta es la decisión correcta, si de verdad dejar Ibiza era la

mejor opción.

Y, mientras las horas pasan, trato de hacerme a la ciudad y a mi nueva vida.

Dos días después, llego a la puerta de la academia. Me siento nerviosa. No sé lo que me voy a encontrar y eso me inquieta mucho.

Al final, descubro que mis compañeros son gente como yo, con un sueño por cumplir, ilusionados y llenos de miedo, y enseguida hacemos piña. La primera clase me parece espectacular, sin embargo, cada vez que el profesor nos explica algo, tengo la sensación de que Cristian aparecerá detrás de mí y me dará las indicaciones de cómo emplatar, de la temperatura ideal de la salsa o de lo que se debe hacer cuando se termina de preparar un postre. Supongo que son cosas que nunca voy a poder olvidar. Él fue el primero que me enseñó y gracias a él mi nivel en la cocina es mucho mayor.

Es difícil encontrarte con alguien que comparta tu pasión, y que además te quiera de la manera en que nosotros lo hacemos, mejor dicho, lo hacíamos.

Trato de sacarle de mi mente, por lo menos las horas en las que estoy en la academia.

Salgo muy contenta de mi primera clase y lo primero que hago es llamar a Samuel. Él parece triste por teléfono, aunque trata de disimularlo. Le pregunto por cómo van las cosas por allí y me explica que todo sigue igual. Le cuento cómo me ha ido el día, y quedamos en hablar por la noche cuando él salga de Besos con Sal.

Yo también tengo turno de noche en el restaurante, en Besos con Canela. Al llegar allí, me encuentro con una grata sorpresa. Rubén me recibe.

—¡No lo puedo creer! ¿Qué haces aquí?

—Alguien tenía que ocuparse de esto, y Cristian..., bueno, ha preferido quedarse en la isla. Ya sabes cómo es. —Asiento triste.

No voy a negar que me hubiera gustado encontrarme con él. Sin embargo, me alegro de que Rubén esté aquí.

—¿Cuándo has venido?

—Esta mañana cogí el vuelo. ¿Qué tal ha ido tu primer día?

—¡Genial! Ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

—Te irá bien, ya lo verás. Solo necesitas un poco de tiempo para adaptarte. —Me quedo seria. La sonrisa desaparece de mi cara, y Rubén parece preocupado.

—¿Ha pasado algo?

—Me siento demasiado sola aquí. Me he acostumbrado a vivir con Samuel y después con Cristian. Saber que por la noches ninguno de los dos estará conmigo... —«No quiero llorar, no quiero llorar», me repito interiormente. Rubén se acerca a mí.

—Escucha, Sara. No estás sola. Yo voy a pasar mucho tiempo en Barcelona, y puedes contar conmigo para lo que quieras. Si necesitas que me quede contigo... Yo estoy buscando casa porque al final me voy a dejar mucho más dinero en un hotel y ahora mismo Besos con Canela necesita mucha atención.

—¿Me estás proponiendo que vivamos juntos?

—Bueno, es una opción. Tú no te sentirás tan sola, y yo tampoco. Además, yo no estaré siempre porque tengo que bajar a Ibiza. ¿Te parece buen plan?

—¡Me parece genial!

—¡Pues hecho! ¿Qué tal es la casa en la que estás?

—Desastrosa —contesto con una sonrisa.

—Entonces tenemos que buscar algo mejor, donde ambos estemos cómodos. Un conocido me ha dado varios contactos para ir a visitar apartamentos. ¿Te apetece acompañarme mañana?

—¡Claro!

Rubén me alborota el pelo, un gesto que me hace recordar a Cristian. Me sonrío, y yo doy las gracias por tenerle. Es mi jefe, pero también un buen amigo.

Al día siguiente vemos todos los apartamentos y por fin nos decidimos por uno. Está totalmente amueblado y tiene dos habitaciones, justo lo que estamos buscando.

En menos de una semana estamos instalados. Rubén se pasa las mañanas durmiendo y haciendo gestiones, y yo en la escuela. Comemos y después nos vamos juntos a trabajar. Cuando salimos volvemos a casa y nos quedamos dormidos a las tantas. Él escucha todas mis penas y me cuenta anécdotas con Cristian. También me habla de cómo le van las cosas con Lucía. Y me habla de algo que me entenece: de la madre de Cristian. Lo hace con un cariño inmenso. Dice que siempre la sintió como su segunda madre y que cuando comenzó con su enfermedad lo pasó francamente mal. Va a verla cada vez que puede, aunque en ocasiones, ella ni siquiera sabe quién es él. Me cuenta cómo era Cristian de adolescente y lo importante que se ha vuelto en el mundo de la cocina.

Esas son nuestras conversaciones, de amigos que se confían secretos, que hablan sin miedo. Los que están para escucharte, llorar contigo si hace falta y darte consejos. Así es Rubén. Es cierto que echo de menos a Samuel, pero él me lo está poniendo muy fácil.

En las noches sigo llorando su ausencia, recordando nuestra cala, la brisa del mar, su sonrisa, nuestros besos, mi isla.

Echo de menos una llamada, un mensaje, algo que me haga entender que tengo que regresar a su lado, que los meses que hemos pasado juntos no han sido algo que olvidar. Necesito que este dolor se vaya y que vuelva él, que venga y me diga que está dispuesto a intentarlo, que quiere una vida a mi lado. Quiero despertarme una mañana y verlo junto a mí, pidiéndome que lo abrace, que no lo suelte jamás. Necesito que transforme mis lágrimas en sonrisas. Que los días dejen de ser tan largos porque él no está.

Quiero saber si de verdad tomé la decisión adecuada, si de verdad merece la pena cumplir un sueño, cuando todo lo demás se ha destruido.

Necesito la receta para olvidarlo, esa que llevo semanas buscando y no consigo.

17. Lo que pudo ser y no fue

Sara

15 de octubre

Podría decir que es un día cualquiera, pero no, es un día de mierda. De esos que te encantaría borrar del calendario o, quizá, sería suficiente con despertarme al día siguiente.

Hoy me hubiera convertido en la mujer de Cristian Lacosta si las cosas hubieran seguido su curso. Sin embargo, la vida tenía otros planes para mí.

Le he pedido el día libre a Rubén porque necesitaba estar sola y llorar mis penas, y me ha dicho que era imposible. Yo solo quiero inflarme a palomitas de colores, ver películas románticas, de esas en las que los protagonistas acaban juntos y enamorados, y llorar hasta que no me queden lágrimas. Algo que no puedo hacer porque mi jefe no quiere contribuir a que mi día sea un poco mejor.

Hoy solo tengo un par de clases en la escuela y, en cuanto salgo, como algo y voy directa al restaurante. Al entrar, siento el olor a canela. Saludo a mis compañeros, me cambio y me dirijo a la cocina. Cuando voy a abrir la nevera me encuentro una nota, sonrío. ¡No puedo creerlo! ¡Esto ya lo he vivido!

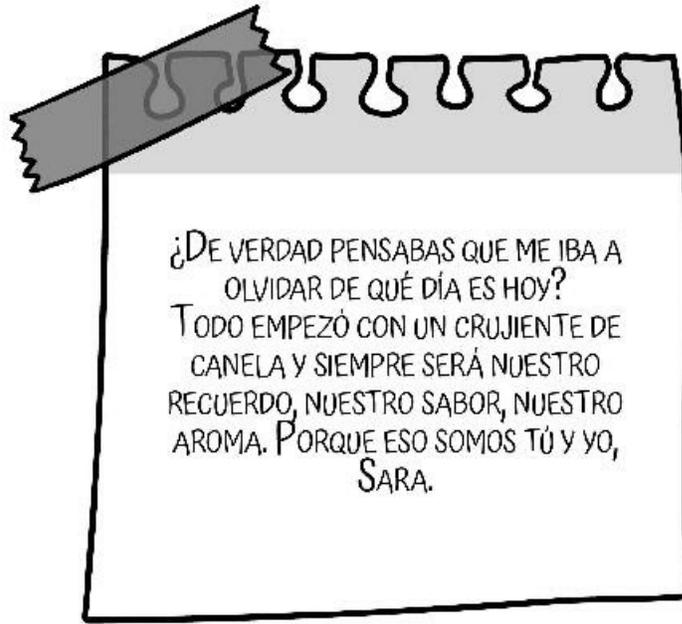


Sonríó como una idiota. Este hombre tiene ese poder sobre mí. Abro la nevera y veo otra nota.



Me voy directa a ella. Me quedo de frente y tardo unos segundos en coger valor para destaparla. Todo esto me remueve demasiadas cosas.

Al hacerlo, veo de nuevo los crujientes de canela. Y una nota. ¡Cómo no!



¿DE VERDAD PENSABAS QUE ME IBA A
OLVIDAR DE QUÉ DÍA ES HOY?
TODO EMPEZÓ CON UN CRUJIENTE DE
CANELA Y SIEMPRE SERÁ NUESTRO
RECUERDO, NUESTRO SABOR, NUESTRO
AROMA. PORQUE ESO SOMOS TÚ Y YO,
SARA.



—¿Qué? ¿Y no termina la nota? ¡No puedo creerlo! —grito enfadada.

—Eres muy impaciente para todo. Quería hacerte la pregunta yo personalmente.

»¿Qué tal te viene casarte conmigo el quince de octubre del próximo año, chica del pelo rosa? —Es la voz de Cristian justo detrás de mí. Me doy la vuelta y lo veo con un crujiente de canela en la mano y una sonrisa burlona dedicada a mí, sin duda. Corro a sus brazos. Me emociono y no solo lo hago por sus palabras, también porque esté aquí, porque se diera cuenta de que este día para mí era importante, por querer estar a mi lado y por seguir recordándome lo feliz que me siento cuando él está cerca—. No me has contestado —me replica.

—Lo siento.

—Puede que sea culpa mía. —Me pide que sujete el crujiente de canela, saca una cajita rosa de su bolsillo y se arrodilla. Yo me llevo las manos a la boca, mientras las lágrimas caen por mi rostro. Esta vez lo hacen de felicidad.

Al abrir la caja, veo mi anillo. El que me regaló la primera vez y que después yo le devolví cuando me dijo que no quería casarse conmigo.

—Ahora sí. ¿Quieres casarte conmigo? Por favor, no me lo devuelvas otra vez —me pide con una media sonrisa.

—¡Claro que sí, mi amor! Te quiero. —Me tiro a sus brazos, y ambos caemos al suelo entre llantos y risas. Cubriéndonos de besos y cariño. Todo lo que nos ha faltado en este mes que no nos hemos visto.

Nunca pensé que me pidieran matrimonio dos veces y mucho menos que fuera la misma

persona. Cristian es así; imprevisible, encantador, paciente, bueno, atractivo, amoroso... Podría seguir hasta mañana, pero mejor que no.

Para mí el regalo más importante no es el anillo, es su presencia, el saber que un recuerdo es igual de importante para mí que para él y que, a pesar de todo, seguiremos juntos. Cumpliendo sueños, viviendo la vida, uno al lado del otro, porque eso es lo que nos hace felices.

Cristian

Un año después

La vida nunca me lo ha puesto fácil. Sin embargo, siempre he tratado de salir airoso de los problemas.

Hace un año me enfrentaba a uno de los más difíciles: separarme de Sara. Al principio, nos veíamos mínimo una o dos veces al mes. Conforme fue pasando el tiempo, era imposible mantener el ritmo. Ella tenía mucho que estudiar, ambos estábamos trabajando... Una verdadera locura.

Ahora puedo reconocer que tuve miedo, mucho, de perderla y de que lo nuestro se quedara en un amor de unos meses. Las relaciones a distancia pocas veces funcionan y, por desgracia, la nuestra no iba a ser menos.

Después de seis meses, los dos estábamos agobiados, con los mismos pensamientos, las mismas ganas de vernos y las mismas dificultades: la distancia y el tiempo. Nos queríamos, sí, pero necesitábamos sentir nuestra piel en contacto, nuestros besos... Ninguno se atrevía a dar el paso, quizás por miedo, aunque ambos sabíamos que era lo mejor. Estar con otra persona no entraba en la cabeza de ninguno. Sin embargo, el prometernos que nos veríamos y no cumplirlo semanas después estaba acabando con nosotros.

No podíamos seguir así, nos estábamos haciendo demasiado daño. Uno que dolía en lo más profundo del corazón.

Al final lo hablamos y decidimos que lo mejor para los dos es que dejáramos de llamarnos tan seguido y que dejáramos la relación apartada por un tiempo. Si de verdad nos queríamos, superaríamos esos meses separados y saldríamos reforzados de todo aquello. Parece absurdo porque ninguno quería estar con otra persona, ni podía dejar de pensar en el otro, pero fue como un respiro.

Yo hacía unos meses que había empezado una terapia, a la que, por cierto, me llevó Rubén, lo cual tengo que agradecerle. Al principio era reacio a contar mis problemas. Sin embargo, más tarde descubrí que era lo que necesitaba.

Mi ansiedad iba disminuyendo, aunque el tema de Sara me tenía muy fastidiado. Mi terapeuta me enseñó técnicas para poder controlar los ataques y algunas pautas para que no sucedieran. Cosa que hasta ahora no había conseguido. Cuando pasa, ocurre y ya está, a mí por lo menos no me daba tiempo a reaccionar como me explicaba mi médico. Aun así, me sentía mucho mejor.

Rubén fue una pieza clave en ello. Siempre me escuchaba cuando estaba muy jodido con lo de Sara, me mandaba a supervisar las cosas por allí, me daba consejos y contaba conmigo los meses que quedaban para que todo volviera a la normalidad.

Hoy es cuatro de septiembre y aquí estoy, sentado en la que siempre ha sido mi cama, recordando todos los momentos que he vivido aquí, con mi madre, con mi padre, con ella, con la gente que más he amado.

Hoy la brisa acaricia mi pelo. Apenas está amaneciendo y el agua parece estar enfurecida. Quizá el mar sepa que hemos llegado al final, que ya ha pasado un año desde que ella se marchó definitivamente y que ahora, de nuevo, toca buscar respuestas que hace meses dejamos en el aire.

Sara

Un año. Ese es el tiempo que ha pasado desde que me marché de aquí, de la que ahora considero mi isla. Y aquí estoy, sentada en la arena, con una chaqueta porque parece que ya refresca. El mar está alterado, tanto o igual que yo por mi regreso.

Han pasado muchas cosas desde que me marché. Y ahora solo puedo pensar en verlo y en tener esa conversación pendiente.

Esta vez no habrá secretos ni mentiras. Esta vez le contaré mis planes y la decisión que he tomado que sin duda espero que sea la correcta.

Después de llamar a Samuel y decirle que estoy de vuelta, voy a la que un día fue mi casa. Él fue a verme hace seis meses, pasó sus vacaciones conmigo, nos inflamamos a palomitas de colores, series de Netflix y a contarnos nuestras penas amorosas. Como en los viejos tiempos.

Cuando vuelvo a verlo, su abrazo me llena de felicidad. Lo peor de estar lejos es la ausencia de las personas que quieres, la tristeza que sientes por no tenerlos cerca.

Este año ha estado plagado de cambios, de cosas nuevas, pero también de inseguridades. Esas que siempre aparecen en el peor momento. He dudado de mí misma en muchas ocasiones. Sin embargo, siempre había alguien que me recordaba que hay que seguir esforzándose.

Mi experiencia en la escuela ha sido fantástica. No solo he aprendido muchas cosas, también he perfeccionado algunas que sabía y he conocido a gente maravillosa. He asistido a fiestas con grandes chefs y, por supuesto, he estado en Besos con Canela. Sin embargo, siempre me ha faltado algo allí: él.

Cada vez que perfeccionaba un plato o que aprendía una nueva receta, le imaginaba detrás de mí, susurrándome al oído cómo hacerlo, sintiendo su cercanía...

Estos meses he derramado muchas lágrimas, he escrito mensajes que nunca he enviado y he marcado su número para colgar antes de que diera señal, he tenido la necesidad de salir corriendo detrás de él y dejarlo todo. Sin embargo, le hice una promesa a Rubén, una que ya he cumplido.

Ahora mi vida está llena de incertidumbre por no saber lo que ocurrirá. Tengo muchas cosas que colocar en mi vida, pero, sin duda, la primera es Cristian.

Al mediodía llego a Besos con Sal. Antes de entrar observo a Rubén y a Cristian, que hablan y se ríen cerca de la barra. Abro la puerta y me pongo frente a ellos. Rubén pega un grito y se acerca a mí, me coge en brazos y da vueltas conmigo.

—¡Suéltame, por favor! ¡Estás loco! —digo entre risas.

—No te esperaba. ¿Por qué no has dicho que venías? Podíamos haber ido a buscarte. ¡Estás... preciosa! Como siempre. Barcelona te sienta genial.

—¡Hace menos de quince días que nos vimos, exagerado! Quería que fuera una sorpresa. Ayer fue el último día en la escuela y necesitaba volver, veros de nuevo.

Mi mirada va directa a Cristian, que todavía no ha reaccionado al verme. Rubén se separa de mí, y es cuando él se acerca. Fija su mirada en mí y, por fin, sonrío. Acaricia mi cara lentamente, provocando que se erice mi piel.

—Te he echado de menos, mi chef *buenorro* —digo con una sonrisa burlona.

—Yo también, mi chica del pelo rosa.

Me estrecha entre sus brazos y, después de meses, vuelvo a respirar su aroma, a sentir su

calor. La felicidad ha vuelto a mí con tan solo verlo. Me encantaría estar abrazados durante horas, pero tenemos que separarnos.

—¡Vete con ella, anda! —añade Rubén guiñándole un ojo.

—¿Seguro?

—Sí. Sobreviviremos sin ti, no te preocupes. Cuida de ella.

—Gracias.

Cristian coge sus cosas, agarra mi mano y me lleva fuera de Besos con Sal. Nos dirigimos a su moto. En cuestión de segundos estoy pegada a sus caderas, sintiéndolo de nuevo y pensando en lo mucho que he echado de menos su cuerpo. Los recuerdos vuelven a mi mente de ese primer día que me torturó con su acercamiento. Aun sin que pudiera mirarme, las mejillas me quemaban.

Volvemos al lugar donde todo empezó; nuestra historia, nuestro amor, nosotros.

Allí nos desnudamos con la mirada. Sin embargo, aunque las ganas nos pueden, sabemos que antes de eso tenemos una conversación pendiente.

—¿Cómo te han ido estos meses?

—¡Genial! He aprendido muchísimo, he perfeccionado nuevas técnicas, he conocido a gente maravillosa... —Sé que esa última frase le hace pensar y lo saco de dudas rápidamente—. No he estado con nadie, Cristian, aunque tú y yo no estuviéramos juntos, para mí seguimos siendo uno. Te he echado de menos cada día, cada momento y me he dado cuenta de algo muy importante. —Él me mira muy atento, esperando a que siga hablando.

—¿Y de qué te has dado cuenta?

—De que no puedo vivir alejada de ti. Ha sido una auténtica pesadilla. Es cierto que ha sido fantástico estar allí, pero sin ti..., sin tus consejos, sin que tú me enseñaras... nada ha sido lo mismo.

Me acerco a él y apoyo mi cabeza en su pecho. Me estrecha entre sus brazos, y yo cierro los ojos, imaginando que este momento se vuelve eterno, que nada vuelve a separarnos y que la vida, por fin, nos deja ser felices. Me besa el pelo y gira mi barbilla para que nuestras miradas vuelvan a encontrarse.

—Eres muy especial para mí. ¿Lo sabes? No te dije que lo dejáramos porque no te quisiera o porque estuviera cansado, sino porque quería que en Barcelona pudieras ser tú, sin preocupaciones, sin pensar en nuestra distancia y en la promesa de vernos sin poder cumplirla. No quería eso.

—Lo sé. Y no imaginas las veces que he pensado en coger un maldito avión y presentarme aquí, abrazarte y pedirte que nunca te fueras de mi lado. Eso era lo que necesitaba. He necesitado tantas veces que me dijeras que me echabas de menos, Cristian. He llorado tanto al pensar que podrías olvidarme en otros brazos, que esta cala ya no sería nuestra, que la canela dejaría de tener significado, que alguien más se perdería en los tatuajes de tu cuerpo, que el rosa dejaría de ser nuestro color favorito... Esto es demasiado intenso. Siempre lo ha sido.

—¿Cómo has podido pensar que me podía olvidar de ti? ¿En qué cabeza cabe eso, nena? Solo quería que vivieras y que si de verdad volvías era porque me querías y no porque te hubieras acostumbrado a tu vida aquí. Ha sido muy duro estar sin ti. Doy gracias por haber tenido a Lola y a Rubén cerca. Sin ellos no sé qué hubiera pasado. —Levanto una ceja y no puedo evitar preguntar.

—¿Lola? ¿Y quién es esa?

—Mi terapeuta. Le prometí a Rubén que iría a verla y lo cierto es que me ha ido muy bien.

—¿Has superado la ansiedad?

—Digamos que ya soy capaz de controlarla. Ella me ha enseñado, pero, además, me ha

hecho comprender que el problema de todo eso era yo mismo. El no contar nunca lo que me sucedía, el no exteriorizar lo que sentí con la muerte de mi padre, con la enfermedad de mi madre... A veces hay que desahogarse, vaciarse por dentro, porque ese es el primer paso para estar bien.

—No imaginas cuánto me alegro de que por fin hayas conseguido solucionarlo.

—No quise ver que tenía un problema. Sin embargo, con tu marcha, me di cuenta de que había cosas que tenía que cambiar y así lo hice. Desde que mi padre murió, mi vida se descontroló. No hablaba con nadie de su ausencia, de la tristeza que me producía estar sin él. Ahora, puedo contarle sin que me duela. Pero, dime algo. ¿Has venido para quedarte? —Suspiro y me pongo algo seria. Vale, llegó el momento de contar verdades. La última vez casi lo pierdo por no decir las cosas, pero, esta vez, no sucederá.

—Tengo que contarte algo. —Él se tensa, la cara se le desencaja, y yo no quiero esperar más para explicárselo. Directa y sin rodeos.

—Me han ofrecido ir a trabajar a Londres y, antes de que puedas decir nada, te diré que no pienso aceptar. Mi sitio está aquí, en esta isla, contigo, en Besos con Sal y...

—¿Y? —Creo que voy a matarlo con tanto esperar.

—Y en Ragazza Rosa. —Su cara es de asombro. No entiende ni una palabra de lo que le estoy diciendo—. Ragazza Rosa es mi restaurante, ese que tendrás que ayudarme a montar.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que vas a abrir un restaurante aquí, en Ibiza?

—Sí. Confío en que no te moleste. Me gustaría que... —Me cuesta mucho pedirle esto. Sé que es demasiado.

—¡Habla, Sara, por favor!

—Quiero que formes parte de él. Tú me enseñaste. Gracias a ti sé muchas cosas que antes no. Quiero algo nuestro, de los dos. Sé que tienes mucho trabajo en Besos con Sal, que siempre fue tu sueño. Sin embargo, me gustaría que ambos formáramos algo nuestro, que nuestros hijos crezcan rodeados de cacerolas, cubiertos, sal, canela, pero, sobre todo, de muchos besos. Esos que tanta falta me han hecho durante estos cuatro meses, cinco días y... —Miro mi reloj—. Ocho horas y nueve minutos. —Él esboza una sonrisa.

—¿Qué? —pregunta, incrédulo.

—Ese es el tiempo que llevo sin verte y sin que me beses. Nuestro último beso fue cuando viniste a Barcelona a quedarte unos días en Besos con Canela. Habíamos prometido guardar las distancias. Sin embargo, nos besamos.

—¡Eres increíble! ¡Es imposible no quererte! Me pregunto cómo he podido pasar tanto tiempo sin ti.

—Siempre tuve la esperanza de que vinieras a por mí.

—Lo hubiera hecho si no fuera porque Rubén me tenía cogido por lo huevos. Me hizo prometer que te dejaría terminar.

—Rubén... —Suspiro riendo.

Cristian se acerca a mí lentamente, besándome con suavidad, con mimo, acariciando mis mejillas y bajando por mi cuello. Me pego mucho más a él, enredo mi lengua con la suya y me deshago de su camiseta aceleradamente, caemos en la arena, y me pongo encima de él, desabrochando su pantalón, ansiosa porque esté dentro de mí. Saco mi camiseta por el cuello y lleno de besos todo su torso. Él engancha mi cadera y, con su erección a punto de explotar, aparta mis bragas y se introduce dentro de mí, sin esperas. Las ganas nos pueden a los dos. Las embestidas no son lentas y suben de intensidad, al igual que nuestros besos y gemidos. El deseo que sentimos nos hace perder el poco control que nos queda y acabamos exhaustos minutos

después.

Estamos abrazados y tumbados en la arena, amándonos en nuestra cala, con la brisa del mar susurrándonos al oído.

—Parece que ya tenemos un recuerdo más —dice con guasa.

—Sí. Parece que vamos a seguir guardando muchos más.

—Te amo, *la mia Ragazza dai capelli rosa*^[3] —añade en un italiano perfecto.

—Y yo. Lo haré siempre. Amor, creo que ha llegado el momento. —Se queda desconcertado con mis palabras.

—¿El momento de qué?

—De casarnos. —Se incorpora, me mira con los ojos llorosos y me sonrío.

—Estaba deseando oír eso, mi vida.

Epílogo

Sara

Nunca pensé que los sueños pudieran hacerse realidad tan rápido.

Hoy, quince de octubre, estoy a punto de casarme con el hombre que cambió mi vida y mi mundo para siempre. Él hizo todo lo posible para que cumpliera mi sueño. Ahora soy propietaria de un local que abriremos el próximo año. Gracias a Rubén, a Cristian y a Samuel todo está siendo mucho más fácil. Quiero ir despacio, saboreando cada momento. Rubén me ha prohibido llevarme a nadie de su personal, aunque compartiremos chef. En realidad, nos reímos mucho con el tema.

Las cosas con mi familia han mejorado muchísimo. Mi padre y mi hermano viajan a menudo para verme, eso hace que yo pueda continuar con mi vida.

Cristian ha seguido en terapia y, al final, me convenció para que yo también fuera. Todo un acierto. Siempre supe que la muerte de mi madre fue algo que me marcó, pero nunca quise entender que ese era el origen de todo lo que me sucedía. Ahora, cuando paso por una situación de estrés, consigo controlarla. Me ha costado mucho. Sin embargo, con la ayuda de Cristian y de Samuel, puedo decir que lo llevo genial. Ambos han sabido entenderme. Samuel, porque ha tenido que lidiar con eso desde el principio y aprender a relajarme, y Cristian, porque él ha sentido lo mismo durante mucho tiempo.

Gracias a la terapeuta descubrí que todo estaba vinculado a mi madre. No había superado su pérdida, me había acostumbrado a que, cuando las cosas se ponían feas, era mi forma de defenderme, ya que no podía sacar todo lo que llevaba dentro. Solo tenía que exteriorizarlo, nada más.

Me ha costado años entender que mi madre se ha ido y que no volverá, pero que estaba orgullosa de mí, que me quería y me apoyaba en todo lo que yo tenía en mente, mis sueños.

Gracias a ella, he hecho realidad uno de ellos; poder montar un restaurante en el que seré la chef y tendré la oportunidad de enseñar a la gente, aunque parece que no seré la única que haga eso. Sonríe. Samuel entra en la habitación y se queda parado en la puerta observándome sin decir ni una sola palabra.

—¿No piensas decir nada? —le digo enfadada.

—¡Estás espectacular! Mira que fui contigo el día de la prueba, aun así, lo de hoy... Me están entrando ganas de casarme a mí, te lo prometo. —Se acerca y me abraza con cariño—. Estoy muy orgulloso de ti, ¿lo sabes? Me alegro tanto de verte tan feliz. Sabía que la vida tenía que recompensarte por todo lo malo que te había dado. Espero y deseo que seas muy feliz al lado del chef *buenorro*. Al final te has quedado con el mejor. —Le doy un codazo.

—¡Sa!, siempre estás con lo mismo.

—Perdona. No vengas de digna. Te he oído gritar en más de una ocasión y no era de dolor, amiga. —Me llevo las manos a los ojos.

—¡Nunca cambiarás!

—¡Ni quiero, cariño! Estoy bien como estoy.

—¿Has visto a Cristian? —pregunto, preocupada.

—¿Crees que te va a dejar plantada?

—No... Pero... ¡Ay! Estoy muy nerviosa. —Samuel coge mis manos y me mira fijamente a los ojos.

—Cristian está muy seguro de que quiere casarse contigo. Al igual que lo estás tú. Eráis dos almas perdidas que se han encontrado en el lugar y momento perfecto. Él fue la calma en un momento difícil de tu vida. Y tú, de alguna manera, también. Vais a ser muy felices. Estoy seguro de eso. —Las palabras de mi amigo me hacen llorar.

Aunque parece un loco, él siempre ha sido mi punto de cordura. La persona a la que siempre acudo, ya sea para pedir consejo o para acurrucarme entre sus brazos mientras las tempestades pasan.

Él, como yo, no ha tenido mucha suerte en el amor. Creo que echaré de menos nuestras charlas en el sofá, inflándonos a palomitas de colores, viendo películas de las que nos sabemos los diálogos mejor que los actores y criticando al personal masculino. Sin duda, él siempre será mi punto de calma. Le debo mucho. Sin embargo, jamás me ha pedido nada. Supongo que de eso se trata la amistad. De estar siempre, incondicionalmente.

Mi padre entra en la habitación con los ojos llorosos, al igual que mi hermano, me abrazan con fuerza. Creo que, sin decirlo, los tres echamos en falta a mi madre en este día tan especial, aunque no lo mencionamos.

—Llegó la hora —añade Samuel con una sonrisa.

Él y mi hermano salen primero, y mi padre me cede su brazo para que me agarre. Aprieta mi mano con fuerza y salimos. Nos montamos en el coche. Mi padre trata de darme conversación, pero yo solo pienso en Cristian y en que no se haya arrepentido de casarse.

Cuando llegamos. Puedo verle a lo lejos. Al lado está su madre y, sentados, nuestros amigos. Es una boda íntima porque así lo quisimos. Y el lugar..., la sala en la que todo comenzó entre nosotros. Un lugar al que siempre volvíamos los dos, uno especial para ambos y que quedará para siempre en nuestra memoria.

Los minutos hasta que estamos uno junto a otro se hacen interminables, Cuando llego me dedica una sonrisa y un tierno beso en la mejilla. Su madre sonrío. Sé que él ha sufrido, y sigue haciéndolo, con su enfermedad, pero que ella esté a su lado le hace muy feliz, y a mí también.

Casi no puedo pronunciar palabra de lo emocionada que estoy. Sin embargo, Cristian sí lo hace.

—Quiero daros las gracias a todos por estar aquí. Me siento muy afortunado por compartir con vosotros un momento tan especial como este.

»Los que estáis aquí sabéis cómo ha sido mi vida antes de conocer a esta preciosa mujer y, ahora que la tengo delante, quiero decirte que te quiero. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Sabía que habías entrado en mi vida como un huracán y que lo habías hecho para quedarte. Gracias por hacerlo. Por demostrarme que las segundas oportunidades existen y que todo merece la pena si el amor está de por medio.

»No lo hemos tenido fácil, pero confío en que ahora ha llegado nuestro momento. Eres la mujer de mi vida. Compartimos sueños, profesión y, pronto, una familia. Siempre estaré para ti. Pase lo que pase. Te adoro y siempre lo haré, cariño.

Sus palabras me hacen llorar y su beso me calma. Nos ponemos los anillos y por fin suenan las palabras mágicas. Ya somos marido y mujer.

Nos abrazamos y nos prometemos que, pase lo que pase, siempre confiaremos el uno en el otro.

Después de multitud de besos y abrazos, bailamos en la playa, descalzos, con las olas de testigo, la brisa y el amor que inunda nuestros cuerpos.

—Cristian, hijo, Cristian. —La voz de su madre se oye de cerca. Nos damos la vuelta y la vemos frente a nosotros.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Hijo, no encuentro a tu padre. ¿Lo has visto? —Puedo ver cómo Cristian coge aire y se le cambia la cara. Le acaricio el hombro y me acerco a su madre lentamente.

—Ven, vamos a dar un paseo.

—¡Ay, Sara, cariño! Estás preciosa. —Mi padre nos ve y la saca a bailar. Se la ve feliz, se ríe, habla, y en la cara de Cristian asoma una pequeña sonrisa.

—Ella es feliz, en su mundo, pero lo es, cariño. Sé que es duro, aun así, tienes que tratar de entenderla.

—Lo sé, pero cada vez se hace más complicado. Siento...

—¡Ni lo digas! Hoy es un día para estar feliz. Todos los están. ¿Qué pasa con mi marido? Cuidaremos de ella, te lo prometo.

Le guiño un ojo a Samuel que se acerca a nosotros y me da la llave. La pongo en la mano de Cristian.

—¿Y esto qué es? —pregunta, incrédulo.

—Los sueños están para cumplirlos. Eso es lo que tú me has enseñado. Ahora te toca a ti hacer realidad uno de ellos.

—No entiendo nada.

—Esta es la llave que abre la puerta de tu academia de cocina. En la que enseñarás a los alumnos todo lo que sabes y harás de ellos grandes chefs.

—¿Qué? ¡No puede ser verdad!

—Claro que lo es. Es tu sueño y tienes que cumplirlo.

—Pero... tú...

—Yo he tenido mucha ayuda estos meses para que fuera una realidad. —Me coge en volandas y sonrío sin parar. Yo no puedo parar de reír.

—Te adoro. Te juro que lo hago. No creo que sea posible quererte más. Gracias. ¿Sabes lo que significa esto para mí?

—Sí. Es lo que siempre has querido y ahora lo tienes. Tú me ayudaste a cumplir el mío, ahora soy yo la que te lo devuelve.

—Gracias. —Está entusiasmado y feliz. No se esperaba algo así—. Gracias por ser así.

—Gracias a ti por hacer mis sueños realidad, por traerme a esta casa en la que siempre me siento tan feliz. Te quiero y dudo de que algún día deje de hacerlo.

—Quizás, cuando todos se marchen... —dice en tono juguetón.

—¿Los echamos ya? —Reímos a carcajadas.

—¡Eres imposible! Pero te quiero.

—Siempre seré tu canela.

—Siempre serás mi canela, cariño. —Enreda sus manos entre las mías y me besa con dulzura. Dejando un sabor en mi boca que siempre formará parte de nosotros: canela.

Fin

Agradecimientos

Siempre había querido escribir sobre un cocinero y, sin duda, ha sido toda una experiencia. He tenido que investigar sobre este mundo que, por cierto, tengo que decir que me encanta. Ha sido un reto para mí, pero me lo he pasado genial escribiendo sobre todo esto, así que espero que esta historia os guste tanto como a mí.

Quiero darle las gracias a todas las personas que me siguen día a día, a las que deciden leerme sin conocerme y a las que lo hacen siempre incondicionalmente. Gracias.

A Raquel Antúnez, como siempre, por tratar mis libros como si fueran suyos, por entenderme, incluso cuando no sé ni lo que escribo. Gracias por hacer que las correcciones sean una aventura llena de risas. Eres puro amor.

Gracias a mi familia, que sigue acompañándome en este camino. Algunos se han unido hace poco. Gracias por el apoyo.

Muchos de los que escribimos lo hacemos por pasión y creo que eso también sucede con la cocina. Gracias a los que ponen pasión cada día en todo lo que hacen para que el resto podamos disfrutar de esa magia.

Biografía



Nací en Madrid en 1990. Soy un alma inquieta que no puede parar de hacer cosas. Comparto mis estudios de Lengua y Literatura con Pedagogía, aunque mi tiempo es para mi familia, saco tiempo para trabajar, escribir y leer.

Romántica sin remedio, comencé a escribir siendo muy pequeña, pero no fue hasta el 2014 que publiqué mi primera novela. Desde entonces, no he parado de crear historias. Desde 2017 formo parte del sello editorial Selecta. Con ellos publiqué un libro que guardo y recuerdo siempre con mucho cariño. *Destino imprevisible*.

No paro de escribir. Tengo mis cajones llenos de historias y mi mente no para de crear. Es mi válvula de escape. No imagino mi vida sin escribir.

[1] Uniforme de cocinero que consiste en una especie de chaqueta fabricada en cien por cien algodón, preparada para aislar a los chefs y cocineros de las altas temperaturas de los hornos, así como de posibles salpicaduras de líquidos calientes.

[2] La *nouvelle cuisine* fue un movimiento donde lo más importante era la cocina y la presentación de la comida en el plato. Este nuevo estilo, que fue una nueva creación a partir de la *cuisine classique* francesa, se basó en platos más livianos y delicados, sin salsas pesadas ni vegetales cocidos en exceso, y le dio una gran importancia a la presentación de las comidas. Este estilo nació en Francia en 1970 con los estudiantes de Fernand Point, especialmente los hermanos Jean y Pierre Troisgros, Paul Bocuse y Michel Guérard. El término *nouvelle cuisine* fue inventado por los críticos gastronómicos Henri Gault y Christian Milleau. La *nouvelle cuisine* se hizo popular a finales de los setenta y en los ochenta.

[3] Mi chica del pelo rosa